

# ANATOMÍA DE UNA MENTE CRIMINAL



PATRICIA RODRÍGUEZ REYES

**ANATOMÍA DE UNA MENTE  
CRIMINAL**

**POR: Patricia Rodríguez Reyes**

**M**artina se había entrenado a sí misma para abrir los ojos en medio de la noche y escribir lo primero que le viniera a la mente en un diario de sueños, y aunque la mayoría parecían frases memorables, al plasmarlas en el papel, se convertían en una mera alucinación que carecía de interés. Todo había comenzado como un ejercicio para las clases de psicología de la universidad, con la intención de comprobar la teoría de que el cerebro resuelve dudas durante la fase de vigilia y aclara el estado mental del paciente, pero rápidamente se había transformado en un hábito compulsivo que la ayudaba a justificar las interminables noches de insomnio del que sufría. Esa tarde,

Martina se fue a la cama temprano, ahora que era soltera, no limitaba las actividades en su almohada a dormir y tener sexo, su colchón se había convertido en su comedor, su estudio y su guardarropa, así que le pareció el lugar más cómodo para leer un reporte de Medicina Legal, que tenía pendiente. Era una mujer rutinaria y ordenada, y su minuciosidad y formalidad rozaban casi en la obsesión. Martina se metió bajo las cobijas y acomodó las carpetas a su costado derecho, así su cama fuera doble, dormía en ella como si fuera sencilla, aferrada a la esperanza de volver a compartirla con alguien.

*Mujer caucásica de 22 años con lesiones en el rostro, fractura mandibular, rotura de tabique, perforación con objeto corto punzante en el área abdominal baja y dislocación del brazo derecho. Embarazo positivo, estupefaciente positivo y VIH positivo. A la residencia llega la policía en*

*horas de la madrugada por llamada de una vecina que escucha gritos; se encuentra a la víctima en el baño con la puerta cerrada. El esposo, varón de 30 años, es hallado durmiendo en la habitación marital con arma blanca en las manos, sangre en el rostro, y alto estado de alcohóramiento. Presenta lesiones superficiales en pómulo derecho y rasguños en el cuello. La mujer es trasladada al hospital. El hombre queda bajo custodia policía y se declara inocente. La víctima no presenta cargos.*

Típico, -pensó-, el amor en los tiempos de la cólera y el frenesí de la modernidad. Su experiencia le decía que no se trataba de que ahora se denunciara más que antes, sino que en realidad, la violencia había aumentado y se había normalizado junto al romanticismo criminal, como una forma de amar.

Martina con frecuencia recibía este tipo de casos en su consultorio en Medicina Legal, un instituto de servicios forenses, que proveía a la justicia con material probatorio para sustentar investigaciones, y en donde a partir de un pequeño grupo de pacientes, ahora tenía una larga lista de hombres a la espera de una explicación que los sacara de su miseria. Ella misma había salido a tiempo de una relación abusiva con una pareja, quien tras un arranque de celos, la había empuñado contra una pared, por lo que podía identificarse

con la compulsión que estas relaciones violentas generaban, la manipulación de la víctima y la adicción al sexo de reconciliación. Calculó que el tratamiento de la mujer del expediente tomaría dos años, pero el del hombre, la vida entera. Martina era sicóloga forense, especialista en descifrar las motivaciones de asesinos, violadores y demás escoria de la sociedad, y desde hacía cinco años, se dedicaba sólo a tratar victimarios, con la convicción férrea de que alguien tenía que hacerse cargo de lo que todos ignoraban o el mundo se quedaría reparando víctimas para siempre.

Martina leyó el informe de los peritos forenses, luego el de la policía y cuando llegaba a los testimonios de los involucrados, notó que los ojos se le cerraban y el cansancio le ganaba la partida a la curiosidad de saber cuál era la versión de la pareja, su parte favorita. Le fascinaba escuchar los dos puntos de vista y la forma en que los involucrados favorecían sus acciones para justificarse y manipular la realidad, hasta deformarla en una fábula sin veracidad que calmaba sus culpas. Martina tenía un olfato agudo para descartar la mentira, y pocas veces se dejaba conquistar por la emotividad y las justificaciones de los testimonios de las partes; lo que la hacía una sicóloga excelente. Se quitó las gafas, sobó el puente de su nariz, apretó los párpados, y tras unos segundos de relajación, apartó las carpetas para abrirse paso hasta la almohada y se acomodó en los brazos de Morfeo como una niña; no le temía a la introspección, y aunque vivía perseguida por los recuerdos de otras personas,

no recelaba irse sola a dormir después de leer sobre eventos violentos y asesinatos. Soñó con su padre, o por lo menos con un hombre joven a quien en su imaginación llamaba padre, tenía unos 30 años, era atractivo, con pelo castaño abundante, tez blanca, sombra de barba con reflejos rubios, cejas pobladas, nariz entallada, sonrisa ordenada, labios rojos y ojos azules oscuros de mirada inofensiva. El hombre la sostenía de la mano en la cima de un acantilado desde dónde se podía ver las aguas grisáceas del mar y sentir el viento helado en el rostro. Veinte metros los separaban de la arena, pero Martina no temía a las alturas y disfrutaba la sensación de vacío en su estómago, era de las pocas cosas que le recordaban que detrás de toda su fachada de mujer exitosa, no era más que un ser humano insignificante en un vasto mundo atiborrado de gente. Le gustaban los acantilados, para ella eran como grandes bocados de tierra, en los que se unían la montaña y el mar, quienes sin llegar a un acuerdo, terminaron en un pelea violenta en la que la tierra perdió una mascada y el mar sacrificó su fluidez. En su sueño, su padre no decía nada, pero la escuchaba recitar un poema en silencio, ausente, resignado y nostálgico.

*Una vez sonrió un silencioso valle  
donde nadie habitaba;  
se habían ido las guerras,  
confiando a las estrellas de suaves ojos*

*cada noche, desde sus azules torres,  
la vigilancia sobre las flores,  
en medio de las cuales todo el día  
la roja luz del sol descansaba perezosa.  
Ahora cada visitante confesará  
la inquietud del triste valle.  
Nada es allá inmóvil,  
nada salvo el aire que cavila  
sobre la mágica soledad.*

Era una poesía de Edgar Allan Poe, que había aprendido de niña durante su paso por un internado de monjas. Su padre tenía la mirada clavada en el infinito y parecía rumiar las palabras de Martina, como queriendo compartirlas con alguien más. Al terminar, volteó a verla, le acarició el rostro con su mano tibia, y tras dejar ese agradable sentimiento de protección que sienten las mujeres frías al tacto tibio de los hombres, le soltó la mano y saltó al vacío del acantilado. Martina despertó de un tajo antes de verlo tocar el suelo, su corazón latía aceleradamente y lo primero que pensó fue en llamar a su padre, pero eran las cuatro de la mañana y lo que le diría, no tenía ningún sentido. Tomó un sorbo de agua del vaso que la contemplaba desde la mesa de noche, y tratando de desconectar sus emociones a punta de lógica, tomó su

libreta de anotaciones y la abrió. Hacía frío y sus dedos temblaban al sacarlos del calor de su manta, pero al tomar la pluma, su pulso se tranquilizó para anotar una frase que escapaba de sus manos. Al terminar, respiró profundamente, como habiendo descargado un cargamento de emociones en esas pequeñas letras, liberó el diario en la mesa y se fue a dormir domando sus pensamientos.

A la mañana siguiente, Martina abrió los ojos un segundo antes de que sonara el despertador, y con esfuerzo se levantó al borde de la cama. Miró sus pies que alcanzaban el suelo en puntitas, y lo primero que notó, era que necesitaba hacerse un pedicure. Irguió su espalda y descansó su cabeza sobre el hombro izquierdo buscando un poco de alivio para el dolor de cuello, con el que desde hacía años había aprendido a convivir; alcanzó con los dedos de su pie derecho un par de chanclas color hueso y se levantó. Mientras se bañaba recordó el sueño y cayó en cuenta de que el hombre que jugaba el rol de padre, era un desconocido. Abrió el agua fría para darse un chapuzón que la concentró en la realidad y salió de la ducha envuelta en una toalla de algodón egipcio con la que desempañó su reflejo en el espejo de la pared. Ahí estaba ella, con 28 años, un par de arrugas en la frente que no correspondían a su edad sino a su oficio, y las imperfecciones dejadas por el acné de la adolescencia. No se consideraba hermosa, ya había desistido de la carrera de serlo y con el tiempo había aprendido a resignarse a su apariencia. Era blanca

como los labios de los muertos, tenía los ojos negros como el cielo en la noche, los dientes parejos y hoyuelos en las mejillas. Se aplicó protector solar, un poco de base, ordenó su pelo en una coleta y se dirigió al vestier. La oferta de ropa no era atractiva, la mayoría de sus prendas eran grises y blancas, y debía darle la razón a su madre cuando le decía que tenía que dejar de vestirse como azafata. Se colocó un pantalón aburrido, que pareció fundirse con la decoración, y una camisa de algodón, sirvió el café, dejó la taza en la mesita [de noche](#), y mientras se colocó los tacones, hizo una lista mental de las actividades del día y del reporte de casos que le daría a su jefe en la junta semanal del viernes. Miró el reloj, tenía cinco minutos de sobra, suficientes para curiosear su libretita de frases nocturnas. Siempre le sorprendía cómo las tonterías que escribía, podían imponer tanta indisciplina a su vida cotidiana, pero no se imaginaba sin ellas, eran la única forma segura que disfrutaba para interpretar el desconcierto y el caos que los pacientes llevaban a su consultorio. Abrió la hoja [de la noche](#) anterior, y fue entonces que leyó la frase que perturbaría su vida desde ese momento: *jacabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!*

.....

# **Manifiesto del Buen Varón**

**Por Luciano Carmona**

## **Introducción**

*Quiero que pienses en el amor en los tiempos modernos, ese sentimiento que brota como una maleza entre las grietas del asfalto a pesar del inevitable odio que insiste en enterrarlo y eliminarlo de la faz de la tierra. Tal vez te parezca un acto natural, pero deberías dejar de darlo por sentado, porque un día, si seguimos así, acabará, y entonces te darás cuenta de que no hiciste nada para salvarlo y que tu imperiosa necesidad de manosearlo acabó por matarlo. Deja de comportarte como uno más del rebaño y piensa en lo preciado que es el amor y la angustia que genera perderlo. Te prometo que no es una estupidez, y si te fijas bien, encontrarás al amor como un objeto digno de contemplación y estudio. La satisfacción de una relación en pareja es el motor de tu vida, la razón por la cual te levantas todos los días, el motivo de tu alegría y las ganas de respirar. Un simple sentimiento que te puede hacer atravesar el mundo o quedarte inmóvil, construir un castillo o destruir un bosque, todo por un recuerdo, una sonrisa, un nombre. Sólo basta con conocer a la persona indicada en el momento correcto, esa capaz de encender nuestras más profundas pasiones y secuestrar nuestra atención. El amor es tan grande, que ni siquiera necesitamos que sea correspondido*

*para dar la vida por él, la sola idea de tenerlo en nuestras manos es suficiente para cometer el acto más descabellado; no se necesitan respuestas, ni pausas, ni pruebas, ni decoración, todo el mundo entiende que en nombre del amor, se justifica la muerte.*

-----

**E**n la oficina, sentada frente a su escritorio metálico, cubierto por papeles llenándose de polvo, Martina pensaba en la frase de su diario estremeciéndose de modo involuntario y sintiendo una extraña mezcla de mareo y calor. Los muros a su alrededor, tapizados por recortes de periódicos de los casos más amarillistas que había tratado, ambientaban ese sentimiento de turbación que tenía en su cabeza. Hubiera querido olvidar las palabras pero no lo lograba, quería saber qué significaba ese mensaje y cómo acabaría con su dignidad, ¿acaso era una advertencia de suicidio o una forma inconsciente para clamar por ayuda? Observó en los periódicos de las paredes el nombre de sus pacientes, intentando atarse a la realidad y aplaudirse a sí misma los triunfos

que había obtenido; siempre que una emoción la embargaba, trataba de opacarla con su ego. Leyó uno de los más recientes: “Payaso diabólico mata a su esposa a puñaladas y con un cuchillo le traza una sonrisa macabra en el rostro” La historia estaba tan mal contada que parecía un chiste, no existía ningún arma corto punzante en la escena del crimen y la causa de la muerte era la asfixia, lo que durante el forcejeo corrió el labial de la víctima, dibujándole una sonrisa. Los periodistas sólo destacaban el lado sanguinario del agresor, y en su afán por vender, lo convertían en un monstruo, pasando por alto que todos los victimarios eran simples seres humanos, producto del caldo de cultivo social que validaba su comportamiento. Para el público era más fácil

endemiar al victimario y santificar a la víctima, dividir a las mujeres entre vírgenes y vampiros, ángeles y putas, y a los hombres entre buenos y malos, príncipes y monstruos, que lidiar con la idea de que en todos existía un victimario y una víctima listos para florecer.

El reloj de la pared, sobre la biblioteca de libros de sicología forense, marcaba las 8:30 de la mañana, Martina no estaba segura de cuánto tiempo llevaba con la mirada clavada en el teclado de su computador, en el que tenía abierto el archivo judicial de su paciente de esa mañana. Desde lejos, cualquiera la hubiera confundido con una trabajadora aplicada, pero en realidad, lo único que hacía, era repetirse a sí misma la frase que había escrito en su vigilia: *¡acabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!* No entendía cómo algo así había sucedido, la mayoría de las veces, escribía frases filosóficas urbanas de su yo protagonista, buscando compactar la vida en palabras para sentirse en control: *“todo se reduce una vez más, a una cuestión sentimental”*, *“todos los lugares se vuelven solitarios alguna vez”*, *“no hay peor soledad que la de esperar a que te encuentren”*. Abrumada; se puso de pie, sintiendo un ligero estremecimiento como si la

habitación se hubiera enfriado de repente, recorrió la oficina, en la que había un escritorio metálico de sobra para otro sicólogo forense que por recorte de personal, ya no existía, y sin hallar ninguna pista, colocó sus manos sobre la mesa y se recostó derrotada, la única respuesta lógica que se le ocurría era el estrés laboral, tal vez había trabajado demasiado, permitiendo que las historias de sus pacientes llegaran a su mente, a sus sueños y a sus frases nocturnas. La llegada de Débora, la trabajadora social de Medicina Legal, la sacó de sus cavilaciones.

-Llegó tu nuevo paciente, Martina. Al parecer, por fin tenemos uno puntual, - bromeó ante la inevitable realidad de que la mayoría de pacientes faltaba a sus sesiones iniciales, y no era sino hasta que una orden judicial los amenazaba con alargar sus condenas, que asistían a la terapia.

Martina le agradeció y se movió bruscamente, botando una torre de archivos sin resolver que se apilaba sobre la mesa y que se resistía a tirar, aunque las víctimas después de recuperarse de sus heridas y creerse las promesas de amor de sus verdugos retiraran los cargos, guardaba la esperanza de que algún día cambiaran de opinión, y ella pudiera continuar con su trabajo en la consulta. Débora, una joven moderna, detallista, lesbiana y libertaria, notó su inusual torpeza y le preguntó si estaba bien, para ella, cualquier problema femenino era culpa de un hombre y siempre estaba dispuesta a ayudarla a

liberarse del imperialismo masculino, como lo llamaba. Por un segundo, Martina sintió la tentación de contarle lo que la tenía tan distraída, pero tras ver caer un dominó de conclusiones, se censuró a sí misma, ¿qué le diría?, ¿que una frase que había escrito a media noche, la tenía aterrorizada? No quería sonar ridícula, o peor aún, alterada, un año atrás había sufrido un episodio sicótico por estrés laboral y había terminado internada en una clínica psiquiátrica por una semana, como si su trabajo, por el que había ido ocho años a la universidad, le hubiera ocasionado un trauma. No podía darse el lujo de sonar desequilibrada ante Débora y terminar en la mira de recursos humanos, asistiendo a terapia psicológica dos veces por semana y con el riesgo de perder lo único que le daba razón a su existencia: rehabilitar victimarios. Martina negó con una sonrisa, levantó las carpetas del suelo y se dirigió con su maletín al consultorio, un pequeño cubículo con una mesa y dos asientos intencionalmente incómodos, como parte de las tácticas de la terapia para reducir al mínimo la comodidad de los pacientes y obligarlos a hablar. Antes de abrir la puerta del consultorio, Martina se tomó un segundo para comprobar su apariencia, respirar profundo, atar sus emociones y neutralizar sus pensamientos. Había aprendido mucho en esos cinco años de trabajo entre asesinos, violadores y psicópatas, sabía distinguir entre un testimonio verdadero y uno falso y no dejarse convencer por las justificaciones convincentes de la mente de un hombre violento, pero aún así, conocer a un

nuevo paciente, siempre le generaba ansiedad. Cerró los ojos, despejó su mente de cualquier preocupación personal y abrió la puerta; hubiera esperado que el hombre se pusiera de pie, como lo hacían todos al conocerla, en una expresión de súplica e inocencia, pero el nuevo paciente, simplemente se quedó allí, pasmado, como si no la hubiera escuchado entrar. Martina lo saludó formalmente, se dirigió a la ventana, abrió la persiana y volviendo sobre sus pasos, se sentó frente al hombre, a quién aún de frente, no podía verle la cara. Llevaba una gorra azul que cubría su rostro clavado en el suelo, sus codos descansaban sobre las rodillas y sus manos pulcras entrelazaban los dedos. Acercó un poco la silla haciendo chillar el metal contra la baldosa y emitiendo un ruido agudo desagradable con la intención de llamar su atención, pero aún así, el hombre no se movió. Martina abrió el maletín en el que llevaba un cuaderno y una grabadora y la puso sobre la pequeña mesa.

-Soy la doctora Martina Stevenson, sicóloga forense, especialista en reintegración social - dijo parsimoniosa y repetitiva- Mi trabajo es proveerle todas las herramientas necesarias para su inclusión exitosa en la sociedad. Como funcionaria del departamento de investigación de Medicina Legal, estoy en la obligación de referir cualquier información que encuentre valiosa para la resolución de su caso o para prevenir el daño a un tercero o a usted mismo. Nuestras sesiones serán grabadas y seré yo quién determine y aconseje a la justicia, a cuántas citas deberá presentarse. Cualquier duda que tenga antes de

comenzar, me la puede preguntar, y si tiene alguna queja o sugerencia sobre mi trabajo, debe hablar con la trabajadora social asignada a su caso, ¿le queda claro, señor..., señor...?

En ese momento, Martina cayó en cuenta de que no sabía nada del paciente que tenía en frente, el tiempo que debía dedicar a la lectura de su expediente, lo había gastado en elucubraciones sobre la frase en su libreta. Abrió su maleta con apuro, buscando el archivo que descansaba en su computador y se dio cuenta de que conocía de su paciente, lo mismo que él de ella: un cliché. Era tiempo de improvisar y echar mano a su experiencia, dominaba las técnicas estándar de entrevistas a los pacientes, sólo debía tratar de establecer un diálogo, empezar con lo poco que podía saber al leer su lenguaje corporal y su apariencia, presentar los hechos que conocía, y partir desde allí, prepararía un caso más sólido en su siguiente visita y nadie se enteraría de su ligereza profesional. Martina suspiró determinada a enfrentarse a una inusual situación en la que nunca se había puesto a sí misma.

- Señor... -Repitió Martina, incómoda y necesitada.

Ante lo cual el hombre finalmente levantó la cabeza, permitiendo que su gorra le despejara el rostro. Al verlo, Martina titubeó por un segundo, asimilando la totalidad de su figura con una sola mirada, sus ojos actuaron como una cámara

y se sintió suspendida en el aire, lo incomprensible desataba en ella fantasías. Su frecuencia cardiaca se disparó y su respiración agitada hizo evidente su terror, como si acabara de ver el peor de sus miedos saliendo despacio de la niebla y volviéndose nítido. El hombre que estaba sentado frente a ella, era el mismo hombre que representaba a su padre en el sueño.

- Mi nombre, Doctora Stevenson, es Luciano Carmona, -dijo él sin parpadear.

.....

## **Manifiesto del Buen Varón**

### **Introducción**

*En tu mundo irreal, donde justificas todo lo que haces con tu voluntad, no te has dado cuenta de que nada pasa de manera fortuita, detrás de cada complacencia, cada desvelo, cada recompensa, hay una mujer manipulando tu existencia, ocultando sus verdaderas intenciones y accionando los hilos del poder. Para ti todo fluye naturalmente y no notas que en lugar de vivir, estás reaccionando, dejándote llevar por tu entorno y cumpliendo con la vida que te toca; pero no es tu culpa, la sociedad te hizo así, el matriarcado femenino te programó desde niño para obedecer, tu madre te alimentó, te bañó, te cuidó y te amó, haciéndote dependiente de ella, de sus cuidados y de su contemplación. Creciste siendo una oveja, en un rebaño dirigido por féminas que nos guían ciegamente al precipicio del desamor. Tu vida se resume en levantarte, producir dinero y proveer a tu pareja, porque sin ella eres vulnerable y no vales nada. Las mujeres quieren que obedezcas, que no cuestiones, que actúes como una pieza de engranaje perfecto en la maquinaria que ellas controlan; ansían que rindas tu hombría y tu autonomía para proveerlas y cumplir sus caprichos, porque al final del día, tú no eres más que su esclavo, y el precio de estar entre sus piernas, es tu dignidad. Pero ha llegado la hora de retomar el cetro y recuperar el*

*equilibrio, la única forma de ser libre, es ser un rebelde. Ellas tratarán de aplastarte como una cucaracha catalogándote de machista, utilizarán todas las tácticas femeninas y teatrales que han practicado durante años en su rol de víctimas; te harán sentir culpable, sin valor y censurado, porque en tiempos de tanto engaño, quien dice la verdad, será rotulado como un demente para deslegitimizar sus quejas válidas en contra de la sociedad, pero esta vez, no estarás solo, recuperaremos nuestra dignidad juntos y volvamos a vivir como seres humanos.*

-----

**M**artina inspiró hondo buscando una explicación, así fuera grotesca, pero el aire mismo pareció marearla y tuvo que aferrarse a sus rodillas para no perder el equilibrio y actuar con normalidad, nunca antes había roto la relación rígida y formal con un paciente, y no creía que ese fuera un buen momento para comenzar. Tenía dos opciones: ponerse de pie y salir a tomar aire o enfrentar el hecho de que se había puesto en posición de inferioridad frente al hombre que ahora la miraba sin parpadear. La regla número uno de un buen terapeuta, era jamás mezclar sus emociones personales con las del paciente, y ella acababa de hacerlo. Estaba segura de que Luciano podía sentir la mezcla de sorpresa y miedo que ahora la recorría, no precisamente por empatía, sino

porque la idea de una mujer en posición de víctima, animaba sus pasiones violentas. Luciano Carmona era un nombre que para ella no significaba nada, pero que aún así, le parecía tan familiar como su aspecto. Entre tantos pacientes y testimonios, era imposible no perder la identidad de cada uno de ellos, y aunque se arrepentía de aceptarlo, la mayoría para ella eran el mismo.

Martina se tomó un segundo para empapar de saliva su boca seca hasta que su paladar volvió a palpar y recuperó su voz, después de todo, vivía en un mundo donde las amenazas y las promesas falsas eran corrientes, así que ya estaba acostumbrada a divagar entre las atrocidades que escuchaba a diario.

Comenzó por explicarle que sus sesiones durarían una hora, que se realizarían

una vez por semana y que el progreso dependería de sus ganas de avanzar. Le enumeró su experiencia como investigadora forense, perfiladora y sicóloga, en una forma sutil de esclarecerle que aunque lo intentara, no la engañaría tan fácil. Luciano esbozó lo que pareció una sonrisa de placer, que tras un breve parpadear, desapareció, había encontrado un adversario digno para jugar una partida de intuición y sicología. Martina anotó ese gesto en su bloc de notas y el tic de la pierna izquierda de Carmona, que llevaba el conteo de los segundos que pasaban.

*Leve sonrisa sardónica al reconocer mi debilidad.*

*Movimiento repetitivo y compulsivo de miembro inferior izquierdo.*

Empezó por preguntarle cómo había sido el día de hoy, la rutina que siguió antes de llegar a la consulta y el contenido de su desayuno, a lo que el hombre

respondió con detalle, con tal detalle que hizo notar de inmediato su habilidad con las palabras y su atención a las acciones, lo que coincidía perfectamente con el perfil de los hombres abusadores, quienes frecuentemente eran encantadores, inteligentes y carismáticos.

*Nivel escolaridad alto.*

*Actividades guionadas; indicios de premeditación.*

Luciano continuó con sus cuidadosas respuestas y sus movimientos pausados, frenando cualquier atisbo de los comportamientos que incomodaban a las mujeres. Eran muchos, según él, la mujer moderna vivía en una constante búsqueda de excusas para ponerse en el lugar de víctima y criticar cualquier pensamiento sinceramente masculino. Martina no pudo evitar moverse incómoda en su silla, notando el calor que desprendían sus palabras, como el fuego de una estufa de leña que le acariciaba la frente y las mejillas, hasta hacerla sudar. Por un segundo, se encontró a sí misma distraída del relato de su paciente y sumergida en apreciaciones sobre lo apuesto que era y lo ordinario que se veía sentado al otro lado de la mesa, - inclusive un sádico sicópata puede tener grandes cualidades, y un príncipe azul, resultar un asesino encantador-, pensó. Con la voz del hombre como ambiente de fondo y sus palabras ininteligibles que reverberaban incongruentes, Martina lo comparó con el padre de sus sueños, el parecido era innegable, pero

empezaba a dudar de que en realidad hubiera soñado con él, a lo mejor sólo se parecía un poco, y su mente al verlo, había completado los espacios vacíos de un recuerdo onírico, que con el paso de las horas del día se volvía más efímero. El hombre terminó y Martina hizo un apunte en su libreta; le gustaba considerarse una experta en voces, en la inflexión, en el tono, en la elección de las palabras y en el ritmo, todas señales de lo que se ocultaba tras ellas.

*Rabia y frustración ocultas tras un pensamiento ordenado y coherente.*

Si hubiera sido correctamente profesional esa mañana, este habría sido el momento de preguntarle por su relación con la víctima, pero no sabía nada sobre él. Podía haber golpeado, violado o torturado a un familiar, a un colega de trabajo, a un hombre o a una mujer. Un silencio incómodo delató la falta de preparación de Martina, y de nuevo el esbozo de sonrisa de Luciano reapareció, pero esta vez no caducó en un parpadear.

-Sabe doctora, me la imaginaba muy diferente. Pensé que era una mujer mayor, obesa y descuidada, -dijo Luciano, tarascando como un tiburón el silencio incómodo de la habitación.

Martina reconoció la primer táctica de cualquier hombre culpable: la simpatía, y dejando el bloc de notas a un lado, se inclinó hacia él, humedeció sus labios secos con la lengua y respondió:

-La apariencia externa es una gran arma de camuflaje, sobretodo para aquellos que tienen algo que esconder.

Luciano entendió que sus clichés de seducción poco le servirían en el consultorio, tendría que ser más creativo, lo cual cautivó de inmediato su atención.

-Todos tenemos algo que esconder, doctora, pero no todos lo logramos... En especial las mujeres que no quieren ser mujeres.

-¿A que te refieres con mujeres que no quieren ser mujeres?, -contestó interesada Martina.

-A las mujeres que intentan ser hombres y olvidan sus funciones. No lavan, no cocinan, no cuidan a sus maridos, y al contrario, se embisten en una carrera irracional por succionar la virilidad de sus parejas, censurándonos por observar con gusto a otras mujeres, y llevándonos, con sus justificaciones de pacotilla, a comportarnos como mujeres.

-Te diste cuenta de que comenzaste hablando en tercera persona y terminaste haciéndolo en primera, ¿es ese tu caso?, ¿te sientes víctima de la liberación femenina?

Luciano dejó de sonreír, al tiempo que exhaló por la nariz y se abatió contra el espaldar de la incómoda silla que parecía no molestarle en lo absoluto. Su esplendoroso vocabulario pareció enlodarse, y de un hombre con suficientes opiniones, se transformó en alguien callado y misterioso. Martina no pudo evitar una mueca de superioridad, había tocado un punto sensible, y aunque no supiera nada de su historial, acababa de humanizarlo y alejarlo del cliché de monstruo despiadado; el primer paso para una terapia exitosa. Un par de golpes a la puerta interrumpieron su conversación, Martina se puso de pie para abrir, pero antes de alcanzar la manija, el detective Lucas Zubizarreta, un moreno alto y fornido, entró rápidamente con dos policías como escoltas. Martina se molestó con su intromisión, pero sabía por experiencia, que perdía el tiempo pidiéndole que respetara su consulta. El detective informó brevemente la situación, tenía una orden de captura del paciente por asesinato, su esposa acababa de fallecer. Martina entendió dos cosas, la primera que había juzgado a la ligera a su paciente, y la segunda, que por su lenguaje corporal, se enfrentaba a un sicópata, pues la noticia parecía estremecerla más a ella que a él. Luciano no parpadeó con las palabras del detective y permitió de manera pacífica que lo esposaran. Martina intentó que Lucas le permitiera terminar la sesión, pero el despliegue de testosterona de la habitación era desbordante. Los policías empujaron innecesariamente al detenido en una forma de anticipar la mala vida que le esperaba en la cárcel; pero antes de

irse, Luciano tuvo tiempo de mirar de arriba abajo a Martina y despedirse:

-Nos vemos pronto, doctora, en consulta... O en sus sueños.

Zubizarreta lo empujó violentamente y lo sacó del consultorio, interpretando su comentario como una falta de respeto morbosa hacia la doctora. Cuando Luciano desapareció de su vista, Martina se sintió arrancada de un trance hipnótico y recobró el aliento, tratando de contener la detonante afirmación de su paciente, ¿por qué había mencionado sus sueños?, ¿quién era ese hombre que conocía sus más íntimos secretos?.

-----

## Manifiesto del Buen Varón

### Introducción

*Tú te dices a ti mismo que eres quién lleva el control, que las mujeres te obedecen, que nunca te fingen, que te desean, que están contigo por el tiempo que tú decides, pero, ¿qué harías sin una mujer en tu vida?, ¿qué pasaría si te volvieras invisible para todas?: enloquecerías, porque el mundo se ha creado para que no puedas estar sin ellas. Hace 30 años, las mujeres se dedicaban al hogar y cada hombre tenía al menos una para compartir su vida, hoy, tres de cada cinco matrimonios fracasan y sólo una de ellas se queda en casa cumpliendo con su labor. La civilización como la conocemos se está cayendo en pedazos; la liberación femenina trae atraso y desesperanza, niños que se crían sin padres, madres tan ocupadas en ganar un sueldo miserable, que abandonan a sus maridos provocando infidelidades y violencia; hogares disfuncionales, mujeres ausentes que fallan en dar amor y llenan de desgracias y traumas a todos a su alrededor. Vivimos en el terror del rechazo femenino, del abandono y de sus burlas, cuando lo único que queremos es protegerlas, cuidarlas, y amarlas, su confusión y sus deseos abyectos, están dañando el mundo que conocemos, hundiéndonos en un espirar de frustraciones que termina por descargar la hombría por el drenaje. Todo gira en torno a sus necesidades, no a las*

*nuestras; ellas te llaman, tú saltas, ellas te piden, tu respondes, así que  
pregúntate nuevamente, ¿quién está realmente en control?, ¿ellas o tú?*

-----

Escondida en su oficina, Martina se llevó la mano a la frente como si estuviera con fiebre y se sorprendió al no encontrar sudor en ella. Un sentimiento que no recordaba pareció dominarla, había pasado más de una década desde la última vez que se había asustado y ya ni siquiera se reconocía a sí misma rendida ante ese sentimiento, lo suyo era el exceso de emotividad y la pasión desenfrenada, pero jamás la pausa que ocasionaba el terror. Martina se preguntó como Luciano podía saber su secreto, ella no había comentado su sueño con nadie y mucho menos el parecido físico entre el padre del acantilado y su paciente. Negó con fuerza tratando de zarandearse cualquier idea mística sobre el comentario, estaba atrapada en una serie de hechos que

carecían por completo de perspectiva y que debía hacer encajar en una simple coincidencia. Eso tenía que ser, -se aseguró-, un comentario insignificante y banal que llegaba a su vida en un mal momento. Una parte de ella le decía con vehemencia que no le prestara atención a lo que acababa de pasar, que se negara a participar en ese juego ilógico, pero tras intentar calcular, valorar y examinar los hechos, le pareció que todos los acontecimientos eran borrosos e indescifrables, confusos y escurridizos. Sacudió la cabeza como si así pudiera lograr que sus emociones adquirieran alguna definición; toda su formación y experiencia le sugerían que lo más razonable era no hacer nada, después de todo, era trabajo de un sicólogo guardar silencio y no contestar al

comportamiento provocador y escandaloso de un paciente. Había tardado mucho construyendo muros a su alrededor y la desafiaba la idea de que existiera una persona lo suficientemente inteligente para treparlos, así que decidió olvidarlo, pero no pudo, sus pensamientos afloraron y un sabor seco y ácido en su boca, tan desagradable como la aceleración de su corazón, la zarandeó. Miró su mano derecha temblando como si interpretara una partitura en piano y la sacudió con fuerza hasta que pudo domarla, era otro de los vicios que tenía desde niña, como comerse las uñas cuando sus sentimientos la sobrepasaban. Odiaba ese hábito, le parecía vergonzoso y la conectaba con ese aspecto infantil que detestaba hacer público, pero no pudo evitarlo. Llamó

a Débora, le pidió un café y una caja de cerillos para encender una vela, se dejó caer en el espaldar de su silla, dedicó unos segundos a intentar sosegar sus rápidos latidos y esperó con paciencia hasta notar que recuperaba su ritmo habitual. Era muy consciente de su soledad en ese momento y detestó la vulnerabilidad que esto le provocaba, así que sin más opción, abrió el expediente del paciente, y comenzó a leer:

*Hombre blanco de 30 años con nivel socioeconómico alto y ex funcionario gubernamental. Según historia clínica, presenta un problema de adicción al alcohol. Tiene antecedentes penales por golpear a una mujer que lo denunció en el trabajo por acoso sexual, y estaba en su residencia cumpliendo una condena de casa por cárcel, cuando apuñaló a su esposa 4 veces. En la residencia también se encontró una menor de 5 años, degollada.*

Martina se levanto y rodeó la mesa dos veces, como un perro que husmea un olor inusual y quiere salir corriendo. Su voz interior le insistía en restarle

importancia y hacer caso omiso a cualquier interés en la fantasía sin base real que empezaba a elucubrar, pero no pudo y volvió a sentarse, hambrienta de escudriñar los detalles de la vida de Luciano Carmona.

-Que algo te incomode, no significa que debas ignorarlo, -se dijo a sí misma.

El reporte del caso aseguraba que la pequeña había sido atacada un par de horas antes que la madre, lo que apuntaba a un acto de violencia psicológica para hacer pagar a su mujer por sus frustraciones personales, obligándola a ver la muerte de su propia hija. Ya se imaginaba que por la apariencia atractiva y la carrera política de Luciano, los tabloides prestarían especial atención a su caso y lo apodarían el asesino encantador, o el gigoló de la muerte. Si volvía a verlo en su consulta, tendría que averiguar más sobre su infancia, establecer los detalles de su vida, chequearlos y volverlos a verificar; ningún hombre despierta un día convertido en un asesino, como tampoco despierta un día para encontrar que ya no lo es. Martina sacó de su maletín los apuntes que había hecho durante la sesión y aunque no quiso saltar a una rápida conclusión, todo le apuntó a pensar que estaba frente un sicópata que había sido confundido con un sicótico, quien a lo mejor podría ser bipolar o esquizofrénico. La doctora se reprendió a sí misma por no haber leído su archivo antes de la consulta; seguía sin explicarse por qué el rostro le había resultado tan familiar y sus palabras tan íntimas; a lo mejor, este era uno de

esos casos en el que los pensamientos se volvían recuerdos y aquel hombre no era el de sus sueños, y sus palabras eran simples sonidos. La entrada abrupta del detective Lucas Zubizarreta perturbó su concentración, sacándola de su ensimismamiento.

-¿Podemos hablar?, -le dijo.

Como si pudiera negarse, -pensó Martina-, con él, podemos hablar significaba que venía a decirle algo que llevaba tiempo rumiando y que le diría lo quisiera o no. Martina apagó la vela de un soplo para terminar con el rudimentario espacio de concentración que había creado, levantó sus cejas y le dio su permiso para empezar a hablar. El detective parecía preocupado por ella, por exponerse a hablar con asesinos en el espacio privado de un consultorio; creía férreamente, que si él no hubiera llegado a tiempo, el detenido la hubiera agredido.

-¿Entonces así te ves a ti mismo?, -replicó Martina-, ¿como mi protector?

Lucas recibió el cinismo de la pregunta de Martina con estoicismo, y en lugar de darle valor respondiéndole, continuó hablando.

-Vine hasta aquí a pedirte disculpas por la manera en que interrumpí tu

consulta, sé lo importante que es para ti.

Se conocían bien, hacía un par de años habían tenido un amorío, que terminó cuando Martina se enteró de que él era casado y lo dejó, no por moralismo, sino por el temor a las mujeres despechadas, y su fobia a los problemas.

- Gracias pero no es necesario, ya estoy acostumbrada.

El detective rodeó la mesa y se acercó a ella, invadiendo su espacio vital, en una forma no verbal de hablarle directo a su intimidad.

-He visto el mal puro, Martina. Estos hombres con los que tú te obsesionas con rehabilitar, no son seres humanos, son monstruos.

-Basta, Lucas, por favor, -respondió Martina, con acertado cansancio de que todo el mundo la viera en desventaja por el simple hecho de ser mujer- tú puedes ver el mundo de la manera que quieras, pero ya sabes que para mí, eso no tiene sentido. Los hombres como Carmona son muy humanos y fáciles de entender. Él no es un monstruo, es sólo un hombre.

-Yo soy un hombre, -contestó Zubizarreta, alterado y avergonzado de que lo comparara con un asesino- y no soy para nada como él.

-No, no lo eres, pero aún así, cuando terminé nuestra relación, te apareciste en

mi casa sin ser invitado y me atacaste en estado de ebriedad, -le recordó con serenidad Martina.

-¡Yo no te atacué!... Yo sólo estaba...- intentó defenderse Zubizarreta, buscando las palabras para explicarse y distanciar sus impulsos de los de los pacientes de Martina- Yo sólo quería...

-¿Qué querías, Lucas?

-No lo sé.

-¿Follarme?, ¿comerme?

-Jamás usaría esas palabras contigo, -replicó Zubizarreta, mientras bajaba la mirada.

-¿Y cómo más llamarías a lo que intentaste? Te dije “no”, no una, ni dos veces, sino varias veces, “no”, de manera clara y contundente, pero tú me ignoraste y seguiste adelante, y si yo no te hubiera golpeado, tú no te habrías detenido.

Los recuerdos de esa noche atravesaron la memoria de Zubizarreta, quien tras haber bebido una botella de tequila, había llegado a la casa de Martina dispuesto a hacerla suya, a saciar el hambre voraz que ella provocaba en él, a revivir ese momento maravilloso en el que un hombre ve por primera vez el

cuerpo de una mujer desnuda, y que ahora era negado por un matrimonio que estaba dispuesto a dejar por ella. No recordaba todo con claridad, pero podía verse a él mismo hablando con Martina, proponiéndole que volvieran, y ante su negativa, obligándola a besarlo.

-No es lo mismo -contestó Zubizarreta, aferrándose a la excusa de estar enamorado.

-No, no lo es, pero así y todo, cruzaste la línea, como lo haría cualquiera de mis pacientes.

-¡Mató a su esposa y a su hija!, -endilgó descontrolado el detective-, estuvo con ellas durante horas antes de llamar a la policía, tomó un baño, arregló la casa y limpió las salpicaduras de sangre.

-Lo que lo convierte en un hombre compulsivo, como el resto de nosotros. Hay quienes se obsesionan con tener una pareja perfecta o con mejorar su apariencia y harían cualquier cosa por lograrlo. Luciano merece una oportunidad de tratamiento, nadie la necesita más que él. Desde la perspectiva psicodinámica, inclusive la violencia más demencial tiene sentido en la mente de quién lo perpetua; mi trabajo es entender su significado y aprender de este, para evitar más violencia.

El detective bajó su cabeza y la tomó de la mano, aún con el obvio recuerdo de lo que había pasado algún día entre los dos. Al apreciar el roce de su piel y el calor en su mano, Martina se sintió tentada a contarle sobre lo que ahora consideraba una experiencia sobrenatural, pero sabía que no la entendería y confundiría su curiosidad con otro ataque de ansiedad como el del año anterior. Débora entró y anunció la llegada de otro paciente, disipando el breve momento de intimidad que se había formado entre la sicóloga y el detective. Zubizarreta siguió su camino y Martina volvió a su trabajo con la esperanza de encontrar un momento de reconocimiento en el que algún victimario indicara un progreso para sentir algo de alivio, pero en lugar de eso, sólo escuchó las quejas de los pacientes sobre sus madres; madres crueles, sexualmente provocativas y desconsideradas, que aún muertas, vivían en la mente de sus hijos obsesionándolos con una satisfacción que nunca pudieron darles, y que en resumidas cuentas, eran a quienes ellos golpeaban en otras mujeres. Lamentó no haberse dedicado a la cirugía y así poder evaluar el progreso de sus pacientes por el pitido de una máquina, pero en su campo, las mediciones eran mucho más subjetivas, y la curación, una extensa gama de absolutos ocultos.

Esa tarde, Martina volvió a casa camuflándose tras la fachada genérica de una trabajadora más, en un intento irreal por olvidar lo que había pasado. Era dos mujeres, la científica que se enfrentaba todos los días con la base psicológica

de la existencia, que entrevistaba a asesinos, escuchaba sus quejas y veía a los ojos la maldad; y la ama de casa que llegaba a lavar sus sábanas con suavizante, a encender velas de olor dulce y a limpiar su colección de pequeños angelitos de porcelana. Abrió la puerta de la entrada y el ruido retumbo en sus oídos relleno el silencio vacío de su morada, cerró la puerta detrás de ella y atrancó una silla contra el picaporte, a modo de un anticuado refuerzo para darle seguridad. Caminó un par de pasos hacia el interior y sintió un calor abrazante, aunque el aire acondicionado zumbaba afanoso. Una luz tenue que entró por la ventana proyectó unas extrañas sombras en los rincones de la sala, que tal vez siempre habían estado allí, pero que hasta ahora ella notaba. Oyó el sonido intermitente de la nevera, y más allá, los ruidos enmascarados de la calle, pero aparte de eso, solo un silencio agobiante. Notó que la ventana estaba abierta, y de pronto tuvo la sensación de que cuando salió en la mañana, la había cerrado. Ansiosa, trató de recordar sus pasos exactos antes de irse, se vio vistiéndose, leyendo el diario de sueños, dándole una mirada a su cartera para comprobar que llevaba las llaves, y saliendo a la calle, como lo hacía todos los días, pero no recordó la ventana. Martina permaneció inmóvil, incapaz de recrear en su memoria ese simple acto cotidiano, inspiró profundo, pensando que era descuido, y tras unos minutos, se dirigió a su cuarto, donde la oscuridad pareció burlarse de ella. Una parte de su cuerpo quiso salir corriendo hacia la puerta y huir, pero

reconocer el pánico, la obligó a conservar la calma - aquí adentro no hay nadie, -se dijo-, y como si quisiera subrayar la mentira, preguntó en voz alta:

-Hola, ¿hay alguien ahí?

El sonido de esa única frase pronunciada en aquel reducido espacio, la tensó, se sintió haciendo el ridículo y se vio a sí misma como una niña asustada de las sombras. Por un segundo, permitió que sus ojos se acostumbraran a la penumbra sin dejar de escuchar atentamente, intentando captar cualquier ruido revelador para comprobar que no estaba sola, y luego avanzó con las manos extendidas adelante, igual que un ciego, hacia la pared, palpó el interruptor y encendió la luz, llenándose de seguridad y control. No había nadie, o por lo menos, no lo veía. En la mitad de un suspiro de calma, sonó su celular y de nuevo se aterrorizó como si escuchara un grito.

-¿Hola?, -contestó Martina con la voz agitada.

Pero no hubo respuesta y la comunicación se cortó. Martina sostuvo el teléfono en la mano y angustiada se apoyó en la superficie de la cama como si acabara de llegar de correr una maratón y necesitara recobrar el aliento. El teléfono volvió a sonar, pero esta vez, Martina contestó severa:

-¡No es gracioso!

-Qué no es gracioso, mi amor, -respondió una dulce voz al otro lado de la línea.

Era su madre que llamaba a saludar. Martina suspiró profundo y se tranquilizó, como si esa voz le asegurara que todo estaba bien. Quería saber si vendría el fin de semana a comer, pero Martina no lo haría; para ella era suficiente ver a sus padres una vez al mes. Con su madre al teléfono, recorrió el resto de su casa hasta cerciorarse de que estaba sola, cerró la ventana y abrió la alacena para preparar algo de comer; su madre le dijo que la visitara pronto, y sin más excusas para alargar la conversación, colgó habiendo amansado su miedo irracional. Antes de acostarse, Martina se colocó una mascarilla, se ató el pelo con una balaca de tela, se vistió con una pijama cómoda y se metió a la cama aferrándose a la protección de sus cobijas. Actuó como si nada estuviera pasando, con el ánimo de que así fuera; intentó ver un par de capítulos de una serie de televisión, hasta que no pudo soportar más la mirada que el diario le clavaba en la nuca y se dio la vuelta para tomarlo entre sus manos. Buscó entre las páginas y cuando llegó a la última, releyó el mensaje: *¡acabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!* Por un instante, sintió ganas de botarla y comprar una nueva, de arrancar la hoja y olvidarla por

completo, esas palabras no tenían sentido, quería gritar de frustración, no podía más, era hora de desechar su creencia de que el cerebro dormido podía hacer conexiones más rápidas que el cerebro despierto, y cambiar su rutina de las frases por la meditación o tal vez la hipnopedía, pero cuando estaba a punto de tirar el diario a la basura, al borde de la furia, notó algo extraño que le erizó la piel: la caligrafía de la frase, no era suya.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Introducción

*Empezamos estando a cargo, pero en nombre del amor a las mujeres, cedimos tantas libertades, que terminamos convirtiéndonos en sus esclavos. Los hombres estamos siendo reducidos a donantes de esperma, somos una pieza más de la utopía amazónica. Ellas pueden hacer lo que quieran, comportarse de manera provocativa, insultar nuestra inteligencia, humillar nuestro honor y victimizarse sin ser juzgadas, mientras que los intentos masculinos por salvar la humanidad, se convierten en actos machistas y violentos, que ponen en duda nuestra autoridad. Terminamos cediendo a la obediencia y a la terapia para domar nuestra hombría, mientras las mujeres nos convierten en ratas obedientes a su sexualidad, a sus caprichos y a su manipulación, distrayéndonos con un poco de queso, del laberinto en el que nos capturan. Competimos en una carrera frenética por dinero y estatus, sólo para ser mejores proveedores, llenamos nuestras mentes de Prozac, para olvidar cualquier atisbo de deseo de libertad, y todo para que ellas puedan ser peores madres y esposas fallidas. Si no te ajustas, terminarás en un manicomio, o peor, en prisión por violencia contra tu esposa, como si ella no te hubiera llevado a explotar. Los hombres somos víctimas de nuestro deseo y de nuestro carácter, es parte de nuestro género, y ellas lo saben y lo*

*usan en nuestra contra. La única alternativa que nos queda para dejar de cargar la jaula a nuestras espaldas, ¡es recobrar nuestra hombría a la fuerza!*

-----

**M**artina llevaba años trabajando en Medicina Legal, así que no le costó mucho cobrarle el favor a uno de los funcionarios forenses, quien en el pasado, le pidió pasar por alto su adicción al juego para no perder el empleo. Quería asegurarse de que la caligrafía de la última frase no fuera suya, con la esperanza de que sí lo fuera. El funcionario aceptó ayudarla, pero para ello, tendría que quedarse con la libreta. Martina lo pensó por largo un segundo, era un diario íntimo que no estaba escrito para ser divulgado, desprenderse de él, sería una forma de abrir la puerta de sus intimidades más secretas, en esas páginas descansaban sus vulnerabilidades más grandes, sus fantasías eróticas, sus deseos más oscuros, la mujer impertinente, incomprendida y enojada que

arremetía contra el mundo de los hombres, aceptando su derrota al saberse menos a pesar de sus intentos de igualdad. El funcionario notó su recelo y le dijo que era la única forma de analizarlo, tenía que cotejar la letra de la última frase con sus escritos anteriores. Martina se tomó la cabeza y caminó de un lado para otro como una leona enjaulada, ¿qué tan importante era esto para ella?, ¿lo suficiente para exponer sus vergüenzas?. El hombre extendió la mano y tocó la tapa del pequeño libro, en un intento de decidir por ella, pero Martina se sintió manoseada y no pudo soportar la idea de ser expuesta, no quería ser parte de la infame mezcla entre exhibicionismo y voyerismo de la vida moderna. El hombre levantó los hombros impotente, sino aceptaba

confiar en él, no podría ayudarla.

Camino a su oficina, con el diario bajo el brazo, Martina se preguntó si ese sería el instante en el que todo cambiaría y se abriría la caja donde se guardaba lo peor del mundo; presentía que apuntarse a esa batalla la llevaría al extremo, porque venía de su interior, donde el impacto de una pesadilla, era más grande que el de un puñetazo. ¿Quién podría haber escrito esa frase en su diario?, no creía que alguien quisiera matarla, ¿o sí?, ¿acaso Luciano Carmona era el autor?, imposible. Martina pasó la semana entera entre pacientes, reuniones y llamadas de sus padres, pero se sintió ausente, no lograba concentrarse por completo en sus actividades y parecía que esa idea obsesiva de sentirse en peligro, era tan irreal como real. Por momentos desechaba las ganas de pensar en ello, pero luego, se cegaba maniáticamente con entender las razones de lo que pasaba. Finalmente, el destino decidió por ella y por orden de su jefe, debió presentar un concepto judicial sobre el caso de Carmona. Martina aceptó de inmediato, con una urgencia agobiada; no se consideraba calificada para hacer las veces de policía, pero de cierto modo, durante cinco años, había sido una especie de detective, la diferencia sólo radicaba en la naturaleza de la investigación y las técnicas que utilizaba en su consultorio. Martina saltó al computador y se sentó a redactar el informe, como si hubiera esperado toda la semana para hacerlo, para decir lo que

pensaba sobre ese hombre. No pudo evitar sentir algo de arrogancia al saber que querían su opinión, después de todo, era como otros profesionales del gremio que pensaban que su rinconcito del mundo se había beneficiado del conocimiento y la aceptación de su existencia. Mientras escribía, Martina relejó el reporte policial:

*Hombre blanco de 30 años, es él quien realiza la llamada a la policía y se entrega voluntariamente para ser esposado. Se encuentra en aparente estado de shock. Es hallado con el pelo mojado, ropa limpia y sin rastros de sangre en su cuerpo. Sus vestiduras ensangrentadas no son encontradas en la casa, ni en sus alrededores. La primera víctima, una mujer de 22 años, es hallada bocabajo en el suelo de la cocina en estado agónico a punto de ahogarse en un charco de sangre que rodea su silueta. La segunda, una menor de 5 años, es localizada en su cama bajo las cobijas con el cuello degollado.*

Martina no pudo dejar de leer entre líneas y notar que el estado de shock al que se refería quién hubiera redactado el informe, no era más que una forma de explicarse a sí mismo, cómo un hombre podía estar tan tranquilo y sereno después de lo que había hecho. Todo el mundo ha pensando, de una u otra manera, en matar a alguien, -pensó- pero se limita de hacerlo porque cree que enloquecería. Le llamó la atención, que al parecer, ninguna de sus víctimas se

había defendido, pero podía entenderlo, el instinto femenino más común frente a una amenaza, era paralizarse. Si la mujer no luchó, ni gritó, era porque estaba muerta del susto o porque temía por su vida, y en tal estado de miedo, bien puede haber actuado dócil o fácil de someter. Nunca lo sabrían, la mujer había muerto y Luciano jamás diría la verdad o sería imposible determinar cuándo la decía. Según el informe del forense, había una diferencia de media hora entre cada puñalada, es decir que la mujer sufrió las heridas por un periodo de 2 horas sin desangrarse, lo que hablaba de los conocimientos anatómicos de Luciano y su necesidad de intimidad; nada es más íntimo que tener un cuerpo inconsciente a tu merced.

*Al ser interrogado, el sospechoso confiesa haber atacado a su esposa con un cuchillo de cocina que tomó de la gaveta superior de la alacena, lugar en el que guardaban todos los objetos corto punzantes de la casa, por la seguridad de la menor. Según su declaración, la apuñaló primero por la espalda, luego en la axila derecha, en el pecho, y por último, en la pierna. Al terminar, tomó un baño, se cambió de ropa, estuvo un rato contemplando su hija, limpió la escena del crimen, se deshizo de la ropa y llamó a la policía.*

*Trascripción de la llamada a emergencias:*

*-911, ¿cuál es su emergencia?*

*-Mi esposa. Está en el piso ensangrentada y no quiere morirse.*

*-¿A qué se refiere con que no quiere morirse?, señor. ¿Le hizo daño?*

*-Sí, intenté matarla, pero sigue con vida. Mi hija está muerta.*

*-Por favor quédese dónde está, una patrulla va en camino. ¿Puede darme su nombre?*

*Fin de la llamada.*

Martina subrayó con interés la falta de remordimiento; era corriente que en las horas después de los eventos violentos, los victimarios manifestaran grandes avalanchas de arrepentimiento, que aunque en la mayoría de los casos trascendía como penitencia, en algunos desaparecía tras el maquillaje de la justificación. Pero el caso de Luciano era diferente, por el reporte, no podía entreverse ese sentimiento, ni la vergüenza o la autoflagelación del hombre violento. ¿Sería alguien así capaz de amar?, -se preguntó-, ¿alguna vez habría amado a su esposa y a su hija?. Martina anotó esa conclusión en el informe y prosiguió con el análisis hecho por Zubizarreta a la escena del crimen.

*Vivienda familiar lujosa en quinto piso con ascensor y conserje. Vista al mar, y estilo sofisticado.*

Martina sonrió, pensando en qué podía considerar Zubizarreta como algo sofisticado, era un hombre de gustos básicos que se sorprendía al ver a un

hombre bebiendo cerveza en un vaso o comiendo vegetales en el almuerzo.

*Tres habitaciones y estudio. Nada parece estar fuera de su lugar, y de no ser por el charco de sangre alrededor del cuerpo de la víctima número uno, no existiría rastro alguno de que se haya dado una pelea en el domicilio.*

Después de leerlo todo, a Martina la desconcertó el exceso de orden del lugar, era claro que Luciano había practicado el crimen una y otra vez en la cabeza, sin dejar nada al azar, con la premeditación de un escritor con ansias de hacerse memorable. Era poco probable que el crimen se hubiera perpetuado en otro lugar, el rastreador que llevaba en su tobillo por tener la casa por cárcel, no indicaba que hubiera salido. Le pareció confuso el control de los detalles y la personalidad del detenido, que fuera un político acusado de abuso sexual, lo consideró un cliché propio de los hombres con poder; pero lo que veía en la escena, la hacían suponer que ese no era su primer intento de asesinato. A lo mejor su actitud era tan calmada porque se sentía saciado, acababa de alimentarse de las emociones que le provocaban la muerte de su mujer y su hija. Tenía rasgos de un sádico y estaba interesado en el pánico ciego y el terror abyecto. Supuso que sentía un dolor agudo al hacer lo que hizo como cualquier ser humano, sólo que en su caso, obtenía un gran placer al sentir ese dolor.

Martina dejó la carpeta a un lado de la mesa preguntándose cuánto tiempo tardaría en formarse un asesino, ¿veinte?, ¿treinta años?, no lo sabía, pero tendría que averiguarlo. Se quitó las gafas que usaba, no porque en realidad las necesitara, sino porque le daban cierto aire de intelectualidad y respeto, y por un momento, el lugar le pareció demasiado silencioso, y el sonido de su lapicero en el papel le resultó agudo, como un zumbido, se encontraba frente a una disyuntiva, en la que debía decidirse por definir a Carmona como un sociópata producto de su entorno social o un psicópata con predisposición genética para matar.

Se puso de pie y se asomó a la ventana desde la que se veía un parque lleno de niños; por un instante quiso haber escogido la vida familiar y evitarse la incertidumbre, criar hijos y contenerse en la seguridad de un marido, en lugar de tener que lidiar con la pregunta que retumbaba silenciosamente en su habitación: ¿era Luciano Carmona un asesino serial en potencia?

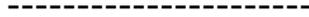
.....

## **Manifiesto del Buen Varón**

### **Introducción**

*Las ideas atraen la atención, pero es la violencia lo que empieza la revolución. Debemos aprovechar cada segundo de descuido para recuperar nuestro lugar en el mundo y así devolver a la humanidad la esperanza de que sus hijos crecerán en hogares convencionales llenos del amor, sino lo hacemos, las mujeres perderán por completo el poco respeto que nos tienen, y llegará un momento, en que no acepten nuestras ideas. Nos enfrentamos al segundo antes del Armagedón, es ahora o nunca; las mujeres están dando el salto social hacia la liberación, pero aún no han terminado, si actuamos ahora, podremos devolver las cosas a su normalidad, cuando funcionaban, como en la época de nuestros abuelos. El feminismo es un chiste que intenta cubrir el libertinaje sexual, las mujeres dicen odiar el machismo, pero aprecian a los hombres románticos que les pagan las cuentas y las llenan de regalos, utilizan el machismo y el feminismo a su conveniencia, demostrando su incapacidad para liderar la sociedad. Debemos castigar su indecisión, enfocar sus propósitos y domesticar su histeria para salvarlas, es nuestro rol como hombres, ellas están perdidas sin nosotros y hoy nos necesitan más que nunca. Operemos en nombre del amor y propaguemos la única idea que puede salvar el mundo y recomponer el orden: la*

*superioridad masculina.*



Frente a un tablero de acrílico que sostenía dos marcadores sin tinta, se llevó a cabo la reunión de expertos que darían el concepto psicológico de Luciano Carmona para el juez. Tres de ellos eran hombres y uno solo, mujer. Al entrar Martina, los caballeros ya estaban allí, no era que ella hubiera llegado tarde, sino que ellos se habían citado media hora antes para hablar de otro caso. La doctora saludó brevemente, y sin sonreír, frenando cualquier atisbo de feminidad que la pusiera en desventaja, se sentó en el único puesto libre a la cabecera de la mesa, atrayendo un exceso de atención no deseada, y sin más opción, hizo lo que las mujeres acostumbran hacer con las miradas que no quieren de los hombres: ignorarlas. A su derecha se encontraba Jairo Gama, su

jefe, y el detective Lucas Zubizarreta, y a su izquierda, un desconocido de treinta y tantos años, algo obeso y calvo, con un traje de ejecutivo que desentonaba con la moda del lugar, estaba demasiado bien vestido para trabajar en Medicina Legal, y la ropa que llevaba era tan ostentosa y cara, que sólo verlo, resultaba incómodo. Martina aclaró la garganta y sonrió, en una manera diplomática de hacer que los hombres dejaran de hablar de las piernas de la secretaria nueva y entraran en materia; abrió su portafolio y desplegó una carpeta con apuntes subrayados y el informe impreso con sus apreciaciones sobre Luciano Carmona.

-...Bueno, invité a la doctora Martina para que nos presentara el caso de Luciano Carmona, “el Kent asesino”, como lo llama la prensa, -dijo Gama, dando inicio a la reunión- al parecer, el acusado goza de gran popularidad en

los medios por su aspecto, su pasado en la política y su posición adinerada, por lo que “los de arriba” no quieren que este caso desvíe la atención de los periodistas ahora que se acercan las elecciones de alcalde, así que la fiscalía llamó y solicitó un informe expedito para resolver el caso.

Martina se sorprendió con la afirmación de Gama, nunca pensó que la política infiriera en la violencia intrafamiliar, pero al parecer, era cierto y ella no era más que una ingenua electoral que desconocía los motores tras la impunidad. Después de todo, -pensó-, era esa manipulación del poder, lo que hacía que los políticos abusaran de su posición, transformando sus violaciones, en parte obligatoria del ejercicio profesional.

-Luciano Carmona, -prosiguió Gama-, es un hombre blanco de 30 años, acusado de apuñalar a su esposa con arma blanca.

-Y prontamente será acusado de la muerte de su hija, a la cual degolló -recordó Martina.

Los otros hombres guardaron un segundo de silencio, no por las víctimas, sino por ellos mismos y la vergüenza que sentían cuando los actos de sus congéneres, sobrepasaban, lo que en su opinión, podían merecerse las mujeres. Gama le dio la palabra a Zubizarreta, quien continuó con un breve

informe policial que no aportó ningún dato nuevo, y finalmente, fue el turno de Martina. La ola de miradas se centró en ella, y tras un chapuzón de silencio, empezó a hablar para ganarse la atención de su público, con la única arma que una mujer de su belleza solapada y falta de curvas podía tener: la inteligencia.

-Buenos días y gracias por invitarme a compartir mi opinión profesional, aunque de una vez, tengo que advertir que mi contacto con el paciente ha sido muy breve, así que poco puedo decirles de mis conclusiones sobre la consulta.

Martina hizo una corta pausa que los demás interpretaron como el final de su explicación, y la carta blanca que buscaban para resolver el caso rápidamente y ganar el respaldo político de “los de arriba”, pero para su desgracia, la doctora continuó.

-Pero revisando los reportes de Medicina Legal y de la policía, he podido llegar a un par de conclusiones que me parece pertinente que revisemos.

Martina se puso de pie con un taco de post-it y llenó el tablero con ellos, sabía que nadie leía los reportes, así que acostumbraba a presentar sus casos como exposiciones colegiales.

-En mi experiencia, los antecedentes violentos, son la mejor predicción de la violencia futura, así que leyendo con detalle los informes que he tenido a mi

alcance, me gustaría presentarles una teoría, que no satisfará a “los de arriba”, pero sí a “los de abajo”, -intentó bromear Martina infructuosamente.

-¿A qué te refieres?, -cuestionó Gama, intrigado pero a la vez prevenido, muy prevenido; tenía órdenes específicas de los altos mandos y no quería problemas.

-Me refiero a que creo que estamos tratando con un asesino serial en potencia.

Los tres hombres se movieron en su sillas, como conteniendo un comentario abyecto; Gama respiró profundo, consideraba a Martina su mejor alumna y se sentía orgulloso de su trabajo, pero en este momento, su pericia en el oficio, lo ponía en jaque.

-Es una acusación muy delicada, Martina... Y algo descabellada, considerando que sólo hay dos víctimas adjuntas el mismo día y en el mismo lugar.

-Lo sé, y si me permiten, me gustaría explicarles con más detalle,- dijo Martina pegando un post-it en el tablero- para comenzar, existe un cargo anterior por violencia física hacia una mujer que lo denunció por acoso sexual.

El desconocido de la mesa, la ninguneó con un gesto irreverente que Martina

notó, pero como si no lo hubiera hecho, ella continuó, consciente de que la mejor forma de callar la duda era la acción.

-Por otro lado, durante el acercamiento que tuve con el detenido, pude notar que dedica una gran atención a los detalles, lo que sustentado con la forma en que presentó la escena a la policía, apunta hacia premeditación.

Mientras hablaba, notó que el hombre desconocido tomaba nota de sus palabras, lo que la puso nerviosa, prefería la mirada distraída de los hombres en su escote, que la evaluación detallada en una libreta. Por un segundo, pudo sentir lo que experimentaba un paciente en su consulta al verla tomar notas.

-Según el informe de Zubizarreta, -prosiguió Martina-, la escena del crimen parecía intacta y todas las cosas estaban en su lugar, lo que habla de un deleite morboso por el control del entorno, sugiriendo que más allá del sadismo y el fetichismo, practica el autoerotismo con los detalles.

El hombre anónimo dejó escapar una sonrisa de burla, y ante el silencio general que notó su reacción, pidió disculpas con un gesto y permitió que Martina continuara.

-Y finalmente, el hecho de que entre puñalada y puñalada haya pasado media hora, me sugiere un victimario sádico, con la capacidad de disfrutar de manera

placentera infringir daño a otros, lo que concuerda con el perfil psicológico de un hombre que no ha actuado una sola vez y que no se detendrá.

De nuevo el hombre interrumpió con su risa de burla, pero esta vez más ruidosa, por lo que Martina no pudo evitar preguntarle.

-Qué encuentra tan gracioso, señor... señor...

-Doctor Emanuel Habif, psicólogo forense de la Universidad de Londres, - contestó el hombre sosteniendo una sonrisa en su rostro, como si él fuera la prueba de un esteticismo elevado.

Martina se sorprendió, ni en un millón de años, habría adivinado que un personaje con su apariencia, fuera psicólogo.

-Disculpen mis modales, no los presenté, el doctor Emanuel, está aquí para evaluar la forma de volver el departamento más eficiente. Es enviado por “los de arriba”, así que espero que lo trates con cariño, -dijo Gama, buscando complicidad en Martina, quien no estaba para gentilismos en ese momento.

-Gracias por la presentación, Jairito -dijo Habif, marcando una línea clara de superioridad por su relación personal con el jefe-, pero creo que ya tendremos suficiente tiempo para conocernos con la señorita, ¿no es así?

Martina odiaba la palabra señorita, la hacía sentir inferior, pero sin embargo, intentó conservar la calma, atarse los sentimientos y escuchar.

-En mi opinión, tu teoría es muy creativa y tu trabajo meticuloso, pero es una fantasía, Luciano Carmona no es ningún asesino serial en potencia, -dijo Habif con soberbia, en un tono cantarín que Martina comenzaba a encontrar irritante-, luego de estar involucrado en el caso de Tomás Benton, puedo decirles que no nos enfrentamos a algo parecido.

Las palabras de Habif llegaron a Martina como dagas mortales a su autoestima laboral; era un hombre inteligente, con el carisma y la simpatía que a ella le faltaba, pero le parecía atrevido que destruyera su trabajo con tal desdén, poniendo sobre la mesa, como arma de intimidación, el caso de Tomás Benton, un famoso asesino serial londinense.

-La diferencia entre Benton y Luciano Carmona, es que al sistema judicial le tomó 15 muertes determinar que era un asesino serial, yo por el contrario, estoy hablando de un sicópata en potencia, que si detenemos a tiempo, podría no cobrar más vidas, -argumentó Martina.

-Nuestro trabajo no es evitar crímenes, Martina, -apuntó Gama en tono paternal-, y tienes que aceptar que es algo exuberante verlo como un sicópata

en este momento. Entiendo que tu trabajo rehabilitando victimarios para que no repitan sus acciones, te hace pensar que podríamos prevenir los asesinatos, pero esto no funciona así.

- Concuerdo contigo, Jairito, menos ahora que el acusado ha culpado a su esposa de la muerte de su hija y se ha declarado inocente de asesinato en primer grado.

Martina retrocedió con un nudo en el estómago, la cabeza le dio vueltas y sintió náuseas, necesitaba aire y ahí dentro no había. Se apoyó en la mesa para contenerse y reclamó lo que consideraba era la más brutal de las injusticias, ¿inocente?

- La doctora no tiene acceso a los avances judiciales del caso, -le aclaró Gama a Habif- solemos retener los detalles legales de las audiencias a los psicólogos para no influenciar su concepto sobre el acusado.

-Eso es ridículo, -reclamó Martina sin pensar antes de hablar-, esa información es vital para hacer un perfil psicológico del acusado.

-Es el protocolo, -aclaró Gama.

-Me disculpo, no lo sabía, pero concuerdo con la señorita Martina, es una información que no debería ocultársele al especialista en salud mental, creo que será uno de los primeros cambios que proponga para hacer más eficiente el proceso... La pobre terminó por convertir un hombre inocente en asesino serial, -dijo Habif mirando con pesar a Martina.

Zubizarreta y Gama rieron animados por el comentario de Habif, mientras Martina enfureció y estuvo a punto de estallar en indignación, pero prefirió contener la furia acumulada, y con un férreo control de sus emociones, contestó:

-No convertí a un hombre inocente en culpable, Doctor, analicé su perfil, ahondé en sus motivaciones y puedo asegurarles que si Carmona hubiera matado a su esposa en venganza por la muerte de su hija, la escena del crimen y su actitud, serían muy diferentes. Lo he visto varias veces.

-Las generalizaciones son el origen de la injusticia, señorita, -aclaró Habif con una certeza arrolladora, que lo hizo ganar credibilidad- además, puede que no existieran señales de defensa en la escena del crimen, porque el instinto de los hombres en situaciones de peligro es defenderse y el de las

mujeres petrificarse.

Martina quiso responder con rabia, pero Habif tenía razón, así que se limitó a asentir, lo que la hizo perder por completo su participación en la reunión.

-Bueno, supongamos que la madre mató a la hija y el padre intentó defenderla, pero cuatro puñaladas sin recibir ni un rasguño de vuelta, sugieren sevicia, lo que lejos de convertirlo en un héroe, lo transforma en alguien perverso, -dijo Zubizarreta tratando de ayudar a Martina al ver que se derrumbaba.

-Dividir las acciones de un ser humano entre perversas y heroicas es limitante, hay una increíble variedad de justificaciones que van más allá del blanco y el negro. Así que si me permiten, tengo la forma de satisfacer a “los de arriba” y a “los de abajo”, -dijo con simpatía Habif, mientras se ponía de pie.

Habif se acercó a Martina, tomó de su mano los post-it y empezó a aplastar los que ella había pegado en el tablero. Martina quiso arrancárselos y gritarle que se sentara, pero la influencia paternal de sus maestros, la iglesia y el entorno burgués, la incapacitaron para reaccionar.

-Lo que estoy sugiriendo, es que cuando un hombre siente dolor tiende a devolverlo a la persona que se lo ha infringido, mientras que las mujeres

manejan la ira de una manera muy diferente, haciéndose daño a ellas mismas o a sus extensiones, en este caso a su hija, por lo que es posible, que luego de años de frustración personal y un matrimonio violento, ella haya matado a su hija, pensando que era la mejor opción.

Las ideas en la cabeza de Martina se atacaban entre ellas; Habif estaba usando el sistema para justificar la inocencia del hombre que ella creía un asesino serial de mujeres en potencia.

-Y aunque el acusado pueda ser un cínico con un IQ superior al promedio y un político abusivo, la inteligencia no es un delito, y según el reporte del detective, fue él quién llamó a la policía, lo que jamás haría un asesino serial, -concluyó Habif.

-¿Qué opinas, Martina?, -le preguntó Gama mirándola cavilar.

Martina quiso vociferar que era una estupidez típica de la solidaridad del género masculino, y que le parecía ridículo que se creyera más en la palabra de un asesino que en la de ella para favorecer una contienda electoral, pero de nuevo, optó por reprimirse y no tener una reacción emocional, en el mundo patriarcal que había elegido, las emociones eran vistas como desventajas.

-Opino que aunque el demandado se haya declarado inocente, creerle sin investigar más a fondo, es igual de intrépido a asegurar que mi tesis es completamente cierta. Creo que ninguna de las dos opciones puede ser descartada hasta que tengamos más material probatorio con el que podamos verificar si Luciano hace parte del cliché de los hombres machistas, que temerosos de la burla de las mujeres se desquitan con ellas, o es una víctima de las circunstancias.

-Interesante, -recalcó Gama-, se presenta ante nosotros una dualidad: ¿Luciano Carmona es víctima o victimario?, ¿es la encarnación del misoginia o la justificación del fracaso del feminismo?

El resto de los hombres sonrió por cortesía, mientras Martina respiró con rapidez tratando de contener la ira que sentía. Intentó quitarle la mirada de encima a Habif, pero no pudo, la pelea estaba cazada y ella ganaría la contienda fuera como fuera, comprobaría que Carmona era culpable y que ninguna influencia política, era suficiente para corromper el sistema en el que tanto creía.

-Desafortunadamente, -continuó Gama-, no tenemos tiempo para investigar más a fondo, así que te agradecemos mucho por tu tiempo y dedicación, Martina, pero creo que dejaré el reporte en manos del doctor Habif, así el

fiscal puede hacer su trabajo y tomar la decisión que considere.

Martina aterrada disparó un qué quejumbroso que se disipó en el ambiente por la interrupción de la nueva secretaria de Gama y sus piernas. Martina intentó contener la reunión y continuar aclarando las posibilidades, pero era tarde, sus palabras se extinguían en la habitación y la envolvían en desesperación, acababa de quedar fuera del caso y un asesino de mujeres sería liberado.

.....

## **Manifiesto del Buen Varón**

### **Introducción**

*Las mujeres creen con rapidez que somos su pertenencia personal, como un bolso o un par de zapatos nuevos, y para lograr amansarnos, nos prometen una vida convencional a su lado, pero una vez entramos en su territorio y nos tienen rodeados, las cosas cambian. De la hermosa mujer que nos enamoramos, no queda ningún rastro, y su dulzura se desvanece al tiempo que su belleza. Los dolores de cabeza son más frecuentes, la atractiva diosa sexual se transforma en una mujer frígida que parece tenernos asco, y terminamos rogando por sexo, mientras ellas lo ahorran como una moneda de cambio, sabiendo que haremos cualquier cosa por él. Utilizan sus cuerpos como objetos de control y nos tientan, hasta que en un descuido las fecundas y tienen un hijo. Ese día dejas de existir para ellas, porque lo que les sale entre las piernas, no es solamente un crío, es una granada de fragmentación que arrasa con todo, primero con la hermosa cueva donde lo metías, y segundo, con tu atención. El hijo se convierte en el centro del universo y ya no precisa ser sexy nunca más, le diste lo único que ella necesitaba de ti, tu esperma.*

*La mujer moderna es frígida y apática, cree tenerlo todo resuelto y no*

*necesitarnos para nada, pero se equivoca, y es por eso que siempre termina envuelta en el drama y el sufrimiento. La mujer actual sufre más que nunca, se arrepiente, se deprime, se hace daño, y es nuestra responsabilidad como buenos varones, ayudarla a vivir más tranquila, liberándola de su confusión, y recordándole que millones de años de historia, no pueden equivocarse. Es hora de traerlas de regreso al hogar, así sea de los cabellos como lo hacían nuestros antepasados. Es hora de que desechen sus ideas de igualdad y acepten su lugar en el mundo y en la cama: debajo nuestro.*

-----

**M**artina cerró de un golpe la puerta de su oficina como signo de exclamación; lo que acaba de pasar era una injusticia. No podían dejar en libertad a un misógino para favorecer unas elecciones, ¿en qué mundo estaba viviendo?, ¿a quién le importaba más una curul pública que la vida de los votantes?: a un cerdo violador, -pensó-, mientras tiraba la carpeta sobre la mesa y se recostaba con los puños cerrados maldiciendo su frustración, no debía importarle tanto un caso, pero este era diferente, era el hombre de sus sueños, y posiblemente, su amenaza de muerte. Tenía que hacer algo, callarse la convertiría en cómplice o en víctima, y este último, era un lugar en el que odiaba jugar. Débora entró un par de minutos después, quería saber los

detalles de lo que había pasado, Martina los resumió brevemente, pero no escatimó palabras para describir a Habif, un arrogante, narcisista con ínfulas de director, que representaba la burocracia y la desensibilización de las instituciones.

-Fácil, hagamos ruido, -dijo Débora con decisión- expongámoslos ante el mundo, subámoslo a las redes sociales: #elkentasesinoesliberado.

Martina respiró profundo, el frenesí de Débora en lugar de alterarla, siempre tendía a calmarla, era una forma de recordarse a sí misma lo mal que se vería si se dejaba llevar por el descontrol.

-No puedes detenerte Martina, la mejor defensa es el ataque, y si dejas salir en libertad a ese monstruo, va a ser cuestión de tiempo para que mate a alguien más.

Martina estaba de acuerdo con eso último, debía actuar, pero no utilizaría las redes, aplicaría la astucia y utilizar el sistema a su favor. Martina sonrió

mientras buscaba afanosa entre los papeles de su escritorio un cartilla de páginas azules titulada “seguir las reglas”, había encontrado la solución a todos sus problemas. Débora no lo entendió, su propuesta era fragmentar todos los controles, pero para Martina, la mejor forma de romper el sistema, era hacerlo desde adentro. Martina besó la frente de Débora y salió agradecida ante su mirada de desconcierto, atravesó el frío pasillo de Medicina Legal hasta un lento ascensor que desafió su paciencia, subió los dos pisos que la separaban de la oficina de Lucas Zubizarreta, y entró sin golpear. Lucas se sobresaltó al verla, estaba concentrado frente al computador viendo un video de mujeres besándose o de accesorios para motos, Martina nunca lo sabría, su expresión era la misma cuando se excitaba o cuando hacía una compra, al fin y al cabo, para él, una moto o una mujer desnuda, eran un objeto.

-Ten, revísalos, no puedes decirme que no, -le dijo Martina mientras dejaba la cartilla en su escritorio.

- ¿Qué es esto?

- La forma para que me involucres de nuevo en el caso de Carmona.

A punto de tomar la cartilla que Martina le entregaba, Zubizarreta se

arrepintió, no quería validar su intención ni dejarse tentar por su insistencia.

- Gama fue claro, Martina. Estás fuera, no puedo ayudarte, el caso está en manos de Habif.

- No lo está, tú estás a cargo, Lucas. Habif es un sicólogo forense que va a emitir un concepto para que lo revise el fiscal, pero en últimas, es la justicia quién tomará la decisión final.

- La justicia es el resultado de la suma de todas las partes, y yo ya hice la mía y tú la tuya. Hasta acá llegamos nosotros.

- No, todavía me puedo involucrar, mira - ondeo los papeles con fuerza- antes del juicio, la fiscalía tiene derecho a interrogar al acusado para aclarar los detalles de la declaración inicial y yo podría estar presente, todavía soy la sicóloga de Carmona.

-Sí, pero eso demoraría el caso y ya sabes cuáles son las órdenes de “los de arriba” al respecto. Nadie va a solicitar una prórroga para una entrevista, no en este momento.

-¿Y entonces cuándo?, ¿después de las elecciones?, lo van a juzgar en una semana y si se declara inocente de homicidio en primer grado, sabes que saldrá en un abrir y cerrar de ojos.

-No está en mis manos, Martina, lo siento pero no puedo ayudarte, -respondió altivo, Zubizarreta- y tampoco quiero hacerlo; te obsesionaste con este caso porque Habif apaleó tu ego, pero olvida tu vergüenza personal por un minuto, y obedece las órdenes de un superior.

Martina sintió que toda la energía que contenía explotó como una cascada sin reversa, y con una mirada intensa, atravesó a Lucas iracunda, balanceándose como un bote encallado, incapaz de desplazarse, pero aún así, zarandeado por la corriente. Quería gritarle a la cara que no se trataba de su ego adolorido, o tal vez sí, pero eso no le restaba importancia a lo que estaba determinada a hacer. Se había obsesionado, lo aceptaba, pero no creía que fuera un defecto, al contrario, era la cualidad que hacía tiempo se buscaba a sí misma para salir del efecto narcótico en el que su crisis de ansiedad la había puesto un año atrás.

- El mundo es un lugar de dolor, sufrimiento, pena y agonía, pero intentar dignificar lo que Carmona hizo es pura misoginia. La violencia de los hombres

contra las mujeres, es el anarquismo de una mentalidad anacrónica que se resiste a evolucionar. No nos podemos justificar en la larga cola de casos esperando ser resueltos, para ser mediocres. Si “los de arriba” quieren que actuemos rápido, hagámoslo, pero eso no significa que lo soltemos a las calles. Luciano Carmona es como un adicto a la droga, siempre va a buscar más, y es cuestión de tiempo, para que los periodos de abstinencia se hagan más cortos y sus ataques sean más frecuentes, ¿a cuántas más tiene que matar para detenerlo? Por favor ayúdame, necesito entrevistarlo y comprobar mi teoría, llevo años trabajando con victimarios, yo sé cuando mienten, y sé cuándo no pueden detenerse. Si Luciano queda en libertad, sin supervisión médica, tendrá a la sociedad como patio de juego y a su albedrío podrido como única conciencia.

Un aplauso retumbante interrumpió el silencio que el discurso de Martina había espetado en Zubizarreta, se trataba del fiscal Reyes, quién acababa de escucharlo todo desde la puerta. El detective se puso de pie y saludó con prontitud al fiscal, siguiendo un protocolo de rangos y respeto. Reyes quiso saber quién era Martina y por qué hablaba con tanta fluidez de su caso, Zubizarreta intentó minimizar la intromisión de la doctora como una opinión más que ya había sido descartada por Gama, pero el fiscal pasó por encima del detective y se dirigió cortés a Martina, dándole su lugar. Él era quién había

solicitado el informe expedito para resolver el caso, y así mismo, podía demorar la audiencia. Martina le entregó la cartilla y le explicó su teoría, Reyes apretó su mano y como un milagro le contestó:

-Doctora, yo puedo autorizar esa entrevista.

## Manifiesto del Buen Varón

### Introducción

*Ya les dimos demasiado tiempo para comprobar su teoría de que la liberación femenina era correcta, pero sólo lograron demostrar que si seguimos por ese camino, destruiremos más hogares, traumatizaremos más niños y mataremos a más mujeres provocadoras e irreverentes. Detengamos esta locura, lideremos con el ejemplo y las acciones, recuperemos el mundo, que por dejar en manos de ellas, casi se acaba. El amor es lo fundamental, lo básico, nuestro único motivo. El mundo ha evolucionado gracias a la fuerza motora de este sentimiento; las grandes guerras las han librado hombres enamorados en busca de la simpatía de sus mujeres, sigamos el ejemplo, defendámoslas, así sea de ellas mismas. El feminismo ha provocado un desastre en la humanidad, las mujeres lo saben, aunque jamás lo aceptarán en voz alta, y es por eso, que a pesar de todo el estudio, el empoderamiento y la independencia, persisten silenciosamente en búsqueda de príncipes azules con los que puedan vivir el sueño que todos tenemos: una familia feliz. El problema es que para eso, ellas deben comportarse como princesas, regresar a la cocina, a la complacencia sexual y al débito conyugal, es la única forma que existe. Debemos arrancar la semilla de la autonomía como a la maleza, exterminar sus intentos de liberación como a*

*una plaga y domesticar cualquier atisbo de duda a las patadas. Es nuestra responsabilidad como buenos varones mantener el equilibrio social y atajar el desboque hacia el abismo de las relaciones interpersonales. Utilicemos la sabiduría ancestral que descansa sobre nuestros hombros y hagámonos responsables; por generaciones hemos sido nosotros quienes impedimos el caos social, no nos detengamos ahora. En el pasado debíamos luchar contra enemigos extranjeros que querían colonizarnos, pero ahora el mal se ha infiltrado entre nosotros, en hermosos envases femeninos que amenazan con estallar el sistema desde adentro, sigilosas, infecciosas y desafiantes. Hoy el enemigo está en nuestras camas, abramos los ojos y salvemos nuestra sociedad de la destrucción. Las mujeres claman por una guía que las saque de sus patéticas indecisiones, que sólo las arrastran a la soledad. Hagamos que valga la pena vivir, que cada historia de amor cuente y que no termine antes de tiempo. No es muy tarde para cambiar, es momento de empezar de nuevo, de volverte a sentir bien con tu instinto, con tu hombría, con tu deseo. Baja el yerro de tus hombros, no eres culpable de nada, ellas son quienes claman por tu deseo y tu atención libidinosa. Eres parte de algo más grande que tú mismo, esto es importante para el futuro del universo. Únete al movimiento, comparte este manifiesto, y yo te prometo, que jamás una mujer volverá a burlarse de ti.*

**E**l fiscal Reyes tenía cuarenta y tantos años y exhibía una sonrisa indiferente que parecía indicar que en ese punto de su vida, ya había visto todo lo que valía la pena ver. Era un hombre fornido, de cuello ancho, cabello negro y lacio que llevaba peinado hacia atrás. No era ni muy alto, ni muy bajo, ni muy apuesto, ni muy feo, era alguien normal, como ella, pero con la ventaja de ser hombre y no tener que andar justificando sus emociones, ni evitando los comentarios en los pasillos sobre el día de su periodo menstrual. Reyes llevaba 25 años defendiendo los intereses del estado y conocía bien la forma de sortear el sistema y la burocracia, había visto tantos gobiernos ir y venir, que para él, todos eran los mismo, así que poco le importaban las órdenes de

“los de arriba”, conocía sus secretos y le debían tantos favores, que era intocable. Martina se alegró de conocerlo, era de esos pocos hombres que la trataban como sicóloga y no como mujer. El fiscal cumplió su promesa de llamarla al día siguiente y confirmarle que ahora hacía parte directa de su equipo de investigación; tras almorzar con Gama y tomar media botella de whiskey, había logrado convencerlo. Martina no pudo evitar renegar de ese mundillo de poder masculino al que jamás pertenecería, pero tomó la noticia con gusto; estaría a primera hora en su oficina para empezar a trabajar.

Martina colgó el teléfono animada pero asustada, se frotó las manos como un cocinero que espolvorea sal a un plato, y por un segundo, todo sus miedos la

rodearon, pensó que Lucas tenía razón, se involucraba demasiado en sus casos y se exponía de más, pero una sensación de vacío en estómago, la envalentonó, amaba su trabajo y prefería equivocarse por tratar, que por no haberlo intentado.

Martina no durmió pensando en la lista de preguntas que le haría a Luciano, se imaginó cómo lo encontraría ahora que se proclamaba a sí mismo inocente, si la miraría con esa vulgar mueca de arrepentimiento que tenían todos los victimarios en las primeras citas en su consulta, o si actuaría con indiferencia por el simple hecho de que era mujer; llevaba años lidiando con la anulación de los hombres misóginos que la trataban como un ser humano de segunda categoría por el simple hecho de tener ovarios, pero aún así, le parecía extenuante. Martina se dio la vuelta con la cabeza en la almohada para revisar su celular en la mesita de noche, quería saber cuánto tiempo había pasado desde la última vez que miró la hora, pero en el oscuro camino, sus dedos se toparon con la libreta de sueños y no pudo evitar acariciarla, no la había olvidado, nadie olvida una amenaza de muerte, pero sí la había pospuesto,

como lo hacía con todo en su vida, en una hábil manera de evitar enfrentar la intimidad. Encendió la luz y con el fastidio del resplandor, supo que su cuerpo estaba más dormido que su mente, apretó los párpados con fuerza, y tras unos segundos, abrió el diario y buscó la última frase: *¡acabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!*, y por primera vez no le pareció tan amenazante como la recordaba. Subrayó con una pluma las letras, en un intento por adueñarse de los trazos y convencerse de que sí era su caligrafía, y tras lo que fueron unos minutos o tal vez unas horas, se quedó dormida, buscando una nueva frase para su diario, pero no encontró nada, estaba sola y vacía, como la oscuridad de esa mañana que se negaba a amanecer para permitirle ir a trabajar.

La oficina de Reyes era más bien una pequeña sala de juntas deprimente, gris y de iluminación hiriente, sin un milímetro cuadrado despejado de formularios e informes de casos inconclusos, dispuestos, al parecer, sin orden. A la mesa estaban sentados el fiscal, Martina y un grupo de tres estudiantes de derecho que no superaban los 20 años, y que tenían como misión, responder preguntas de actualidad. Reyes la presentó por su nombre, en su sala no había espacio para formalismos, y ante la cálida bienvenida, Martina sintió que podía quitarse la careta de mujer fría y calculadora. La reunión empezó con el fiscal lanzando una pelota antiestrés contra la pared.

-El Kent asesino pasó de la primera página de los periódicos a la sección judicial, -informó uno de los practicantes.

-En los portales de internet se habla de que el acusado quiere declararse inocente, -complementó el otro.

-Y hay un movimiento virtual de mujeres enamoradas, que exigen su liberación, -apuntó la última aspirante a abogada, dándoles la razón.

Martina se alarmó con el comentario, mientras el resto soltó una larga carcajada discordante y fuera de lugar, hacía tanto que no tenía su edad, ni estaba con gente más joven que ella, que se sintió anticuada. El fiscal notó su expresión y le lanzó la pelota, en una forma de darle la palabra, quería saber qué opinaba. Martina se sintió más nerviosa que nunca, podía manejar con tranquilidad una reunión acartonada de hombres, pero la frescura de esos jóvenes, la intimidaba.

-Opino que el despliegue mediático que se le dé al caso puede favorecer que no pase al olvido, pero hay que intentar que el contenido no idealice a Luciano. La violencia hacia la mujer es una adicción, el acusado está tomando

sus fantasías y convirtiéndolas en realidad con su popularidad, lo que lo hace sentir superior y capaz de deshumanizar a las mujeres y hacerlas sus víctimas. Si se gana la simpatía del público, habrá ganado, así pierda.

Las palabras de Martina sonaron acartonadas para la informalidad de la reunión, pero el fiscal le dio la razón.

-Ya oyeron todos a Martina, vamos a filtrar información a los medios, que se sepa cómo mató a su esposa, consigan un par de imágenes y repártanlas.

Los practicantes se pusieron de pie con la rutina aprendida, una mezcla entre lo habitual y lo surrealista, y salieron hablando por sus celulares con la prensa y chateando en sus tabletas. Martina quiso detenerlos, vacilando alterada por la algarabía insólita y desbocada, ella no se refería a eso con su afirmación, era un delito filtrar información a los medios sin autorización, pero el fiscal levantó los hombros, nadie sabría que detrás de aquella treta estaban los practicantes, esos muchachos eran unos genios cubriendo sus rastros, y Martina y él necesitaban ganar tiempo para seguir adelante con el caso.

-¿Cuándo entrevistaremos al acusado?

-En diez minutos, -respondió Reyes mirando el reloj- primero entraré yo solo, tú podrás escuchar desde el cuarto contiguo y veremos cómo evoluciona la entrevista.

Martina asintió entusiasmada, aunque quería entrar, sabía que era hora de obedecer. El fiscal dijo que tomaría una siesta de diez minutos y la hizo esperar en el hall. Mientras lo hacía, Martina contó cuarenta y dos pasos de longitud del pasillo, dos alarmas contra incendio y una manija oxidada de la única ventana en la pared, de cuya existencia era vagamente consciente. Cada segundo pasaba como un minuto y la ansiedad de su cuerpo se trasmitía a su mano derecha que temblaba como siguiendo un ritmo acompasado. A los diez minutos exactos, el sonido de una cadena de metal vibrando contra el piso atrajo su atención, era Luciano esposado de pies y manos, que se acercaba para ser interrogado. Martina vio sus ojos desde el otro lado del pasillo atravesándola como dagas, a pesar de estar restringido y con dos guardias limitando sus movimientos, Luciano venía hacia ella como un toro desbocado determinado a ensartarla. Martina alzo el cuello y no se permitió parpadear, ese hombre la intimidaba con su innegable atractivo y su hombría hechicera y violenta, pero no había llegado hasta ahí para amilanarse. El fiscal salió de su oficina y con una seña le dio la orden de seguirlo, había llegado el momento.

.....



## **Manifiesto del Buen Varón**

### **Introducción**

*Separemos las ovejas de las cabras, dejémoslas a ellas ser el rebaño en el que se sienten tan cómodas y regresemos a ser los líderes de la manada. Es hora de alzar nuestras voces y no apenarnos por ser hombres, las mujeres pusieron de moda avergonzarse de la hombría, pero esto no es un concurso de belleza, nadie puede obligarnos a reprimir nuestra masculinidad, como si nuestro instinto fuera una especie de delito. Ellas insisten en convertir todos nuestros comportamientos innatos en perversiones, pero los hombres siempre hemos sido y seguiremos siendo víctimas de nuestro deseo, jamás controlaremos nuestra apreciación por el cuerpo femenino, ni dejaremos de resumir nuestras vidas en el placer que experimentamos, así que si ellas lo saben y lo usan a su favor, ¿por qué debemos nosotros abrigar pena por nuestra naturaleza? Es hora de alzar la frente y sentirse nuevamente orgulloso de ser hombre; la igualdad de género nos está convirtiendo en débiles damiselas que reprimen su sexualidad y su verdadero pensamiento. Los invito a hacer público el espacio privado que compartimos en los bares, a dejar de esconder nuestras ideas y a subir la voz cuando tenemos una mujer al lado. No es pecado ser hombre, necesitamos luchar por la libertad de la masculinidad, para que nuestras verdades dichas en voz alta, suenen*

*tan válidas como las de las mujeres. Hemos sido catalogados como victimarios por el simple hecho de ser hombres y nos han obligados a controlar nuestro instinto y a censurar nuestros pensamientos, como si las mujeres tuvieran una especie de perfección religiosa y jamás actuaran mal, pero eso es mentira, cada mujer que he amado, me ha traicionado, me ha dañado y se ha burlado de mí. Si permitimos que ellas tomen nuestro lugar, nosotros lo perderemos y terminaremos en el único espacio que queda: la dependencia absoluta.*

-----

**E**n una fría sala de paredes grises, un ventanal opaco, una mesa de metal y un par de sillas atornilladas al piso, el fiscal solicitó a los policías que soltaran a Luciano Carmona, en una forma de demostrarle que no lo intimidaba y que tenía el poder de alivianar sus cargas si cooperaba.

-¿Un cigarrillo?, le preguntó el fiscal sentándose frente a él.

Luciano negó cruzando los brazos y sosteniendo una mirada alerta, como la de un animal que acaba de ser capturado y busca entender a su captor para encontrar una salida. El fiscal Reyes encendió la grabadora que descansaba al lado del expediente del caso sobre la mesa de metal y comenzó a hablar.

-Bien, entonces comencemos, señor Luciano Carmona, ¿entiende que ha sido citado por la fiscalía para aclarar los sucesos que ocurrieron el catorce de febrero del año en curso, y que está en toda su libertad para llamar a un abogado y solicitar asesoría legal en el momento en que lo considere necesario?

Reyes realizó una breve pausa a la espera de una respuesta que confirmara su pregunta, pero Luciano siguió mirándolo impávido con una expresión imperturbable, como si estuviera jugando una partida de póker y tuviera que ocultar un full o una mano perdedora.

-Usted se encuentra acá porque la fiscalía cree que en la noche del sábado catorce de febrero, degolló a su hija y asesinó a su esposa a puñaladas en la

residencia familiar, donde se encontraba cumpliendo una sentencia de casa por cárcel por agresión agravada a una mujer que lo acusó de abuso sexual, - continuó el fiscal.

La mirada de Luciano se hizo más profunda y continuó en silencio, igual de apático a sus emociones.

-También la fiscalía cree que usted limpió deliberadamente la escena del crimen, se cambió de ropa, tomó un baño y llamó a la policía una vez hubo llevado a cabo su plan.

Luciano dirigió su mirada hacia el ventanal opaco en la pared a su derecha, sabía por lógica y por las películas, que alguien lo miraba desde el otro lado, y que ese alguien, era Martina. El fiscal notó su distracción, pero aún así continuó hablando, esta vez de manera más íntima.

-Se realizó una autopsia al cuerpo de su esposa, en la que se pudo confirmar que murió desangrada, que entre puñalada y puñalada hubo un intervalo de media hora, y que tuvo una muerte agónica, larga y dolorosa.

La mirada de Luciano, volvió a centrarse en el fiscal, pero esta vez, con una

expresión de rabia que rápidamente se desvaneció. No le molestaba que supieran lo que había hecho, sino pensar en que el cuerpo de su mujer estaba siendo tocado por otras manos.

-Su hija, por otro lado, fue degollada y su cuello fue encontrado unido al cuerpo tan solo por un par de centímetros de tejido.

En la habitación contigua, Martina de pie frente al vidrio oscuro, observaba con cautela la imagen en blanco y negro de Luciano y el fiscal. Era la primera vez que estaba en esa situación, pero la sentía muy familiar, y ni sus emociones parecían distraerla del trabajo de investigación. La falta de reacción del acusado resolvía muchas de sus dudas, y sus brazos cruzados, concordaban con lo que ella esperaba, un hombre cauteloso que había sido acorralado, y utilizaba la paciencia y la prevención, como arma de ataque.

-Quiero que me escuche con atención, -le pidió el fiscal a Luciano que permanecía aún congelando sus emociones- voy a pedirle que me dé una explicación de los hechos, la razón por la que voy a hacerlo, es porque creo que estos hechos demostrarán que usted es culpable, tanto del asesinato de su esposa, como el de su hija.

Luciano entrecerró sus párpados, tratando de ver con más claridad a lo lejos, como si se concentrara en algo más allá de lo evidente, en una especie de espejismo, aún sin interesarse en las palabras del fiscal.

-Debo recordarle que esta entrevista está siendo grabada y que puede ser utilizada como evidencia, ¿me entiende?

El silencio de Luciano continuó siendo sepulcral y al contrario de lo que esperaba Reyes, parecía saborear cada una de las palabras que se tragaba. El fiscal respiró hondo y sin más opción prosiguió a utilizar una estrategia que como caballero habría evitado en otras circunstancias, pero no en esta: el sadismo.

-Le pido que describa la forma en que degolló a su hija, la manera en que la sujetó y atravesó el puñal de un lado a otro de la garganta. Quiero saber si disfrutó ver cómo la sangre salía de su cuello, si la sostuvo con fuerza mientras se desangraba o sintió algún arrepentimiento al ver cómo su piel blanca se teñía de rojo.

Carmona se recostó en su silla, lo que hizo pensar a Reyes que dentro de aquel objeto inanimado, había un atisbo de humanidad, pero en cambio de ello,

Luciano levantó sus pies y los puso sobre la mesa con impertinencia, la muerte de su hija poco parecía impactarle. Reyes sintió como la sangre le calentó la piel, y aunque llevaba años interrogando sospechosos, tuvo ganas de romperle la boca y meterle su arrogancia por la garganta, así que antes de hacerlo, apagó la grabadora y dio por terminada la sesión, mañana retomarían temprano. El fiscal salió de la habitación y dio paso a la policía para que encadenara de nuevo al sospechoso, mientras que con una mirada sardónica, Luciano se encontró con los ojos de Martina al otro lado del espejo. Sabía que lo veía aunque él no la viera y que estaban jugando una guerra de poderes, en la que ganaría quien tuviera más resistencia. El fiscal abrió la puerta contigua a la sala de interrogatorio e interrumpió los pensamientos de Martina, para darle una orden directa:

-Mañana entras conmigo.

.....

## *Manifiesto del Buen Varón*

### *Justificaciones*

*1. El feminismo ha infringido un daño severo en el mundo natural, sometiendo al hombre a grandes indignidades que lo arrastran a un gran colapso social y psicológico que termina por avocar un sufrimiento físico irreparable. El cambio abrupto en el comportamiento femenino provoca violencia y es por eso que cientos de hombres víctimas de abuso psicológico y agresión verbal, terminan por expresar su frustración a los golpes. Ningún hombre quiere matar a su mujer, hacerlo nos deja exhaustos y derrotados, pero muchas veces no nos queda otra opción, el daño que nos imprimen es tan sobrecogedor, que la única respuesta que nos queda, es la violencia.*

*2. La respuesta del hombre es ampliamente incomprendida, pues la mujer se ha encargado de silenciar nuestra voz e impedir que nuestras justificaciones sean escuchadas, reduciendo nuestro pensamiento a una reacción criminal, pero detrás de cada golpe, hay un hombre llevado al límite por la histeria femenina, una pareja*

*provocada defendiéndose de la humillación.*

*3. Las mujeres atacan la verdad apuntando con la incongruencia de sus necesidades psicológicas, y cuando se quedan sin argumentos, apelan a su emocionalidad teatral para volver a ocupar el papel de víctimas que tanto usufructúan.*

*4. Más mujeres mueren de sobredosis de calmantes y cirugías para adelgazar, que de la ira masculina, así que por qué preocuparse tanto por nuestra supremacía, cuando el verdadero problema son ellas mismas y sus actitudes extremas.*

-----

A la mañana siguiente, parada frente al closet, Martina analizó con detenimiento la falta de reacción de Luciano como la mayor de sus reacciones.

No sabía qué ropa ponerse, quería verse profesional, pero a la vez comunicarse directamente con el instinto básico de un depredador sexual como Luciano. Tal vez sus conclusiones eran demasiado radicales, pero en su experiencia, detrás de todo hombre que comete violencia intrafamiliar extrema, hay un asesino serial en potencia y un acosador sexual. Nadie llega a matar a su mujer sin haber golpeado a muchas otras en el pasado, como tampoco, nadie llega a considerarla su propiedad, sin pensar en todas como un objeto sexual. Finalmente, Martina se decidió por una camisa azul de seda con

escote, una falda negra corta y ceñida y una botas largas con tacón. Tomó su labial rojo y se dirigió a trabajar.

-¿Me estabas buscando?, -dijo Martina, mientras entraba a la oficina de Reyes que miraba concentrado un video en su computador.

El fiscal asintió y dio media vuelta a la pantalla de su computador para mostrárselo a Martina.

-Siempre he pensado que la muerte de un hijo es para cualquier padre, culpable o inocente, un golpe devastador, y que aunque no lo demuestre en público, genera un sentimiento de luto, una especie de pausa y soledad, -dijo Reyes solemne- así que pedí la grabación de la celda de Carmona de anoche para analizar su reacción a nuestra conversación.

El video en blanco y negro, grabado desde una esquina de una solitaria celda en mampostería, con una cama, un inodoro y un lavamanos, mostraba a Luciano Carmona retorciéndose bajo una cobija. Martina se inclinó hacia la pantalla para ver mejor y le tomó unos segundos entender lo que pasaba, el

preso se masturbaba frenéticamente, con la frustración de no poder terminar, pero con la ansiedad de hacerlo. El fiscal posó sus ojos en Martina, queriendo analizar la reacción de una mujer, y lo que vio fue rabia, a medida que ella entendía lo que pasaba, su respiración se aceleró casi al compás de los movimientos rítmicos de Carmona.

-No me sorprende, es un sádico sexual y aunque puede sentir el mismo dolor que cualquier otro padre al perder un hijo, él lo disfruta, -concluyó Martina.

-Interesante, -dijo Reyes, al ver la forma en que razonaba Martina-, yo creo lo mismo, y he estado pensando en ello toda la mañana, así que te pido que guardes silencio durante el interrogatorio, hasta que yo te diga lo contrario.

-¿Por qué?, el video no me intimida, al contrario, quiero desarmar su soberbia con mi teoría -respondió seria Martina, ese video para ella era la comprobación de todas sus teorías, un hombre que en lugar de llorar la muerte de su hija se desbocada a los placeres sexuales, era un depravador sexual.

-Lo sé, pero quiero que te sientes frente a él y no digas una sola palabra, así como lo hizo él ayer conmigo; como hombre te digo que no hay arma más provocadora en una mujer, que la indiferencia.

Martina se guardó sus opiniones, no era hombre y confiaba en el instinto del fiscal.

-Sea lo que sea que él diga, sólo guarda silencio, no permitas que te provoque y dale toda tu atención. Luciano está obsesionado con el deseo por las mujeres, veamos cómo reacciona con alguien que no reacciona ante él.

Martina asintió, se puso de pie y salió de la oficina, se verían en diez minutos en la sala de interrogatorio. Aunque no era la estrategia que tenía en mente, no desacordaba del todo, por esa misma teoría de la manipulación psicológica del lenguaje no verbal, había elegido la ropa que llevaba puesta. Martina se dirigió a la máquina de café, donde fue abordada por Zubizarreta, quien antes de hablarle caminó hacia ella y retrocedió apretando su labio inferior, dándose tiempo para ordenar sus palabras.

-Sé que esta investigación significa mucho para ti, que tus últimos cinco años trabajando con victimarios, te han preparado para este momento y sientes que si logras que el acusado se declare culpable, estarás comprobando que tenías razón y que puedes mejorar el mundo para las mujeres, ¿pero estás segura de sea una buena idea?

- El fiscal me pidió que estuviera presente, -evadió en automático, Martina.

- No es el protocolo normal.

- Lo sé, pero quiero hacerlo. Fui yo quién buscó esta oportunidad.

- Luciano Carmona ya te ha visto y utilizará cualquier detalle que sepa de ti en tu contra, -le advirtió Zubizarreta, mientras se acercaba con sincera emotividad-, yo he enfrentado el mal cara a cara, Martina, y Carmona nació con él en la sangre.

- Detente, Lucas, -le solicitó fastidiada Martina- ¿otra vez con lo mismo? Luciano ni siquiera es un caso en un millón, es un hombre común, como cualquier otro.

- Yo soy un hombre común y no soy como él.

- No matas mujeres, ni niños, pero tienes en origen el mismo comportamiento.

La afirmación de Martina, hizo que Zubizarreta retrocediera ofendido, ese tipo

de afirmaciones eran las que hacían que los hombres terminaran por odiar a las feministas.

- Tienes tu celular repleto de videos en los que las mujeres se presentan como objetos, basas tu masculinidad en tu sexualidad, y no puedes evitar morbosear el cuerpo de una mujer atractiva en la calle, - recalcó Martina, ante su actitud indignada.

- Soy hombre, -contestó Zubizarreta, como si se tratara de una explicación suficiente para justificar las acusación de Martina.

- Luciano Carmona también lo es, él hace lo mismo, sólo que en su caso, atraviesa esa delgada línea que constantemente se traspasa sólo en el pensamiento de los hombres.

- Es diferente, -replicó Zubizarreta-, si fuéramos a juicio por nuestros pensamientos, a todos nos darían la pena de muerte.

- Es cierto, por eso no puedo evitar involucrarme en este caso, quiero que sirva de ejemplo para que ustedes dejen de excusarse en ser hombres para acosarnos, y nosotras dejemos de comportarnos como objetos por ser mujeres.

Hay que dejar de cocinar el caldo de cultivo que produce Lucianos Carmonas.

Una seña del fiscal al otro lado del corredor, interrumpió su disertación, había llegado el momento, era hora de que Martina entrevistara al hombre de sus sueños.

.....

## *Manifiesto del Buen Varón*

### *Justificaciones*

*5. Vivimos en una sociedad profundamente violenta, empapada por la histeria y contaminada por la ideología psicológica de que los comportamientos femeninos son correctos y los masculinos incorrectos, pero todo está basado en el sentimiento de inferioridad de las mujeres. Su baja autoestima, su impotencia, la depresión, el derrotismo y la victimización, más que argumentos, son emociones que pueden cambiar en cualquier momento y desestabilizarlas, llevándonos al anarquismo social.*

*6. Las mujeres no tienen la capacidad física ni genética para manejar el poder, miles de justificaciones económicas, fisiológicas y científicas lo demuestran, pero siempre que una fémina está ante un argumento válido, lo desprecia llamándolo misógino.*

*7. Las feministas presentan una conducta paranoica típica de su hipersensibilidad que confunde el machismo con la misoginia, sin darse cuenta de que el primero se basa en el amor, y el segundo en el odio. El buen varón busca restablecer los parámetros conservadores*

*en los que la mujer cumplía un rol y era feliz, el misógino, en cambio, permite su autodestrucción, liberándola y permitiéndole un lugar que no le corresponde para verla fracasar y regodearse en su dolor.*

**8.** *El amor requiere sacrificios y correctivos, si de verdad te preocupas por tu pareja, no permitas que se haga un daño permanente, demuéstrole cuanto te importa educándola como a una hija.*

-----

**E**l fiscal abrió la puerta de la sala de interrogatorio, permitiendo que Martina entrara primero para estudiar la reacción de Luciano, quién al verla, apartó la mirada de la nada, y con un rápido parpadeo, movió la cabeza hacia ella, como si viera pasar un fantasma por la habitación. Martina se sentó frente a él con parsimonia, dejándose ver, pero sintiéndose ausente, como lo había hecho él el día anterior con el fiscal. Reyes entró y con su presencia interrumpió lo que para Luciano era un momento de intimidad, se sentó al lado de Martina, encendió la grabadora y comenzó.

-Bien, vamos a volver a intentarlo, señor Luciano Carmona. Le recuerdo que está aquí para aclarar los sucesos del catorce de febrero como parte de la

investigación en su contra, en el momento en que lo quiera, puede solicitar un abogado y todo lo que diga será usado durante el juicio. Su colaboración afectará positivamente sus posibilidades de una condena más corta, ¿entiende?

-Sí, -respondió Luciano, sin quitarle de encima la mirada a Martina quién permanecía impávida al otro lado de la mesa.

Era un gran paso el que la presencia de Martina lograba en ese lugar, por fin Carmona abría la boca y parecía dispuesto a hablar, -pensó Reyes.

-Entonces comencemos por los sucesos más tempranos del día del crimen. Según el monitor de rastreo que llevaba puesto en el tobillo por su condición de casa por cárcel, ese día se levantó en su cama y no salió del hogar hasta que llegó la policía, ¿es eso correcto?

-Así es, -contestó con la misma parsimonia Luciano, a la espera de que Martina fuera la primera en desviar su mirada, pero no lo consiguió.

-¿Cuénteme cómo transcurrió el día?

Luciano suspiró y miró al fiscal, como queriendo deshacerse de él lo más

pronto posible, para quedarse a solas con Martina, su escote, sus botas y su falda corta.

-Me levanté temprano con una erección, -respondió Luciano con ganas de provocar incomodidad, pero sólo logró la del fiscal, Martina hacía mucho que se había hecho inmune a los intentos vulgares de sus pacientes para intimidarla con su sexualidad, así que ni parpadeó-, intenté tener sexo con mi esposa, pero como siempre, ella se negó. Aliviané mi afán con mis manos, y cuando terminé, tomé un baño. Al salir, escuché la puerta de la calle cerrarse, mi esposa había salido sin despedirse a llevar a mi hija a estudiar, como siempre lo hacía, en su eterna manía de ignorarme y culparme de sus frustraciones.

Martina pensó que este sería un buen momento para preguntarle por sus motivaciones más profundas, sus pensamientos sobre las mujeres y sus perversiones sexuales, pero el fiscal estaba ahí para hablar de hechos, no de justificaciones.

-¿Su esposa trabajaba?, ¿o se dedicaba al hogar?

-Ninguna de las dos, era demasiado holgazana para trabajar o lavar la ropa. Yo me encargaba de los quehaceres domésticos y de proveer.

-¿Qué hizo durante el lapso de tiempo en que su esposa se ausentó?

-Ver porno en Internet y buscar trabajo.

-¿Qué tipo de trabajo estaba buscando?

-De profesor, creo que al mundo le hace falta educación y me interesa ayudar.

Martina pensó que era lo más ridículo que había escuchado, pero no le extrañaba, la misoginia va de la mano con el exhibicionismo y el orgullo de un comportamiento expansionista.

-¿A qué hora regresó su esposa?

- Tres horas después, dijo que había pasado por la peluquería, pero yo la veía igual de desagradable y nauseabunda que siempre.

-¿Y luego qué?

-Pasé un rato más en la computadora, hice cincuenta lagartijas y fui a la cocina

por algo de comer, mi esposa de nuevo había salido a recoger a la niña del colegio.

Martina sabía que Carmona divagaba en minucias insignificantes como parte de la prueba de resistencia en la que acababan de embarcarse, pero ella tenía todo el tiempo y la paciencia del mundo.

-¿A qué hora regresó su esposa a la residencia familiar?

-Al final de la tarde, la niña venía llorando, estaba cansada, por lo que le sugerí a su madre que la llevara a descansar a su habitación. Unos minutos después, dejó de llorar, y pensé que se había quedado dormida.

-¿A qué se refiere con “pensó”?

-A que no estaba durmiendo, estaba muerta, mi esposa la había degollado con un cuchillo. Yo no me di cuenta hasta después de cenar, cuando fui a darle un beso de las buenas noches y la encontré arropada y con el cuello lleno de sangre, -Luciano hizo una breve pausa y concluyó-; la muerte y el silencio son la misma cosa.

-¿Por qué no llamó una ambulancia en ese momento?

-¿Para qué?, ya estaba muerta.

Martina entendía su respuesta gélida, en el razonamiento de un sicópata, la vida y la muerte son la misma cosa y se sienten tan poco atraídos por cualquiera de las dos, que no se molestan en interesarse.

-¿Qué sucedió después?

-Me dirigí a la cocina, donde mi esposa se preparaba un té como si nada estuviera pasando, tomé un cuchillo de la alacena, que aún estaba mojado, así que asumo que fue el mismo que mi esposa utilizó para degollar a nuestra hija, y la apuñalé cuatro veces, dos por la espalda y dos por el frente.

-¿Por venganza?

-Por miedo, temía por mi vida, -dramatizó Luciano con exageración.

Martina intentó no moverse, pero la provocaba la desfachatez con que Carmona intentaba encasillarse en el papel de víctima.

-¿Qué hizo después?

-Llamé a la policía y esperé junto a su cuerpo hasta que llegaron.

-Según el reporte de la policía, tenía el pelo mojado, la ropa limpia y la escena del crimen estaba en orden, como sino hubiera pasado nada,- dijo Reyes, mientras revisaba sus apuntes en una libreta.

-No soy consciente de eso, después de matar a mi mujer, perdí la noción de la realidad.

Y en esa respuesta mentirosa estaba lo que Martina buscaba, esa manía descubierta que diferenciaba un crimen pasional, de un asesinato. El control de la escena del crimen y la frialdad en la planeación de los sucesos que no recordaba, eran la confirmación de su teoría.

-¿Por qué llamó a la policía?

-Para que se hiciera justicia. Acababa de resolver un caso, tenía que entregarlo a las autoridades.

-¿A qué se refiere con resolver un caso?

-Mi esposa era una asesina, una mujer con un corazón frío y la soberbia caprichosa de salirse siempre con la suya. Una diva manipuladora, mentirosa y autoritaria, que nunca cumplió con sus obligaciones como esposa, y que reprochaba contantemente mi masculinidad.

-¿Odiaba a su esposa?

-No más de lo que cualquier esposo odia a la suya.

El fiscal encontró la afirmación cierta, llevaba 15 años casado y le fastidiaba más su esposa de lo que la amaba. Reyes echó un vistazo a Martina, que para ese momento era el centro de atención de las miradas de la mesa, los hechos que relataba el acusado eran bastante claros y no cambiarían, Carmona tenía organizado un guión que no aportaba nada y más bien distraía; era momento de saber los verdaderos motivos, las emociones y las pasiones para descifrar la verdad, demoler el muro de mentiras del victimario y hacerlo confesar. Martina le devolvió la mirada a la espera de una señal para protagonizar el momento, y tras una mueca del fiscal que le dio su bendición, Martina

comenzó a hablar.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

9. *Tras años disfrutando de los beneficios de ser mujeres, las feministas han decidido odiar la civilización y reprochar la racionalidad, condenando todo lo fuerte y lo exitoso, no porque detesten la superioridad masculina, sino porque quieren el lugar para ellas. Un buen varón es capaz de diferenciar una lucha justa de una venganza; el feminismo sólo busca el deleite mujeril al ver al hombre arrastrarse como una cucaracha.*

10. *Las mujeres se enfocan en la sordidez, la derrota y la desesperación para no tener que enfrentar la culpa y responsabilizarse por su aporte en la creación de la sociedad que tanto critican. Culpan a los demás de una carencia individual y acusan al hombre por su inestabilidad emocional.*

11. *Las feministas critican nuestra sinceridad sexual, pero juegan con ella a su antojo, y siempre que desean rendirnos a sus pies, abren sus piernas para desbloquear nuestro freno libidinoso y someternos a su voluntad.*

-¿Cuándo comenzó todo esto?, -preguntó Martina, sin perder el tiempo.

-¿Todo esto?, -se sorprendió Luciano al escucharla.

-Sí, tú vida. Llévame al principio, a tu infancia, a tu familia.

-¿Por qué?

-Porque desde mi punto de vista, la capacidad de matar, se origina desde varios momentos en la infancia: el ambiente violento, las relaciones familiares deficientes, la victimización, el estrés emocional, -recitó Martina- y tú eres la oveja negra de una familia adinerada que gira alrededor de una madre, que por lo que veo en los records, no ha venido a visitarte.

Luciano sonrió, demeritando las apreciaciones de Martina y sabiendo que ganaría.

-No pensé que fuera de esas sicólogas que cae en el cliché de culpar a las madres de los pecados de sus hijos.

-Tus actos no son culpa de tu madre, son sólo culpa tuya, pero quiero entender cómo llegaste a ser un niño tan solitario.

-¿Qué le hace pensar que era un niño solitario?

-Que aún eres un hombre solitario, -Martina varió su táctica y continuó-, ¿a qué edad empezó tu compulsión por la pornografía?

-A la misma edad que a todos los hombres, tal vez doce o trece años.

El fiscal Reyes guardó absoluto silencio, esa conversación superaba sus habilidades y sabía por su experiencia como pescador, que cualquier movimiento que hiciera, prevendría a la presa de enredarse en la carnada que Martina empezaba a soltar con habilidad.

-¿Cuándo comenzaron esos impulsos sexuales a volverse violentos?

-Está entrando en terreno desconocido, Doctora. Está batallando para entender cosas que son muy lejanas a su experiencia.

-Explícamelas entonces, -le sugirió Martina, tratando de encender en él una

mecha de soberbia y poder que lo haría hablar de manera docente y ególatra.

-Es muy consciente de usted misma para entenderlo. En su forma de hablarme se nota que pasa mucho tiempo observándose, analizándose, razonando cada una de sus actitudes para no exhibirse como es. Le teme a la mujer que contiene.

-¿Y tú? ¿No le temes al hombre que eres?

-No, soy el hombre que elijo ser. Los pensamientos, los sentimientos que yo experimento, van mucho más allá de lo que usted llamaría fantasías. El mundo exterior no significa nada para mí, sólo el mundo interior es real.

Martina escuchó fascinada las palabras de Luciano, descubriendo tras cada una de ellas la personalidad sicópata que sospechaba, pero debía avanzar, no estaba en una de sus consultas, sino en un interrogatorio.

-¿Hay otras víctimas aparte de tu esposa y tu hija?

-Yo no maté a mi hija.

-¿Hay otras víctimas aparte de tu esposa?, -se corrigió Martina, para no

permitirle regodearse en culpas.

-No, -contestó Luciano en automático.

-¿Le habías hecho daño a tu esposa antes?

-No, mi hija era demasiado pequeña, -contestó Carmona adelantándose a la pregunta del por qué.

-Aún era pequeña, tenía tan solo cinco años.

-Por lo visto usted es una solterona infértil que no entiende la diferencia entre un niño pequeño y uno de cinco años. Los más chicos quitan demasiado tiempo y no permiten ningún lujo personal, ni siquiera de comportamiento.

Para Martina los intentos de provocación con los que empezaba a protegerse Luciano, eran la mejor prueba de que lo estaba llevando al lugar en que tanto ansiaba ponerlo: la verdad.

-¿Fue un lujo para ti matar a tu esposa?

-Sí, no todo el mundo tiene la posibilidad de hacer sus fantasías realidad.

-¿Desde cuándo querías matarla?

-Desde que me casé. Todos fantaseamos con desquitarnos de la amargura y la soberbia de una pareja, -dijo mirándola con pesar-, pero claro, usted tampoco ha estado casada para entenderlo.

-¿Describeme cómo mataste a tu esposa?

-Ya lo hice.

-No para mí, ¿cómo mataste a tu esposa?

Luciano bajó su mirada, como hurgando en una base de recuerdos personales y analizando si podía hablar con sinceridad, y luego de un breve silencio aprobatorio, levantó la cabeza y empezó a narrar los sucesos.

- La maté lentamente, suspendiéndola entre la vida y la muerte por un largo rato, quería que supiera lo que yo sentiría por siempre ahora que no estaba mi hija. La primera puñalada en su médula espinal la dejó inmóvil, pero lo suficientemente consciente de la realidad, como debía estar. La segunda, le

quitó el aliento, la tercera, la obligó a arrepentirse de todos sus pecados, y con la última, me pidió perdón.

-¿Hablaste con ella mientras la torturabas?

- No, el silencio en respuesta a los gritos es más estremecedor.

-¿Entonces sí la torturaste?

-No más que ella a mí en estos siete años que pasamos juntos.

-¿Cómo supiste dónde apuñalarla para no matarla en el acto?

-No lo sabía, fue pura casualidad, -recitó Luciano, en un guión aprendido que era difícil de creer.

-Cuando llamaste al 911, dijiste que la emergencia era que tu esposa no moría.

-Y no mentía, ¿qué puede ser más urgente que tomar el tren de la muerte en el momento preciso?

-Pensé que no recordabas nada después de haberla matado, -señaló Martina

con la altivez de quién descubre una mentira.

-Y no lo hago, solo respondo a su pregunta, -completó Luciano con habilidad para entretejer mentiras.

Martina sabía que Luciano intentaba jugar con ella y que cada palabra contaba, así que debía ser más precisa que nunca, si quería acorralarlo.

- ¿Infringiste actos sexuales violentos sobre ella?

- No, yo no soy un violador.

-Te impulsan las fantasías sexuales y las manifiestas con fuerza, eso es una violación.

Luciano calló por un segundo, reconociendo la verdad en las palabras de Martina, mientras el fiscal Reyes aprovechó para mirar con un sutil movimiento su grabadora y cerciorarse de que funcionaba.

- ¿Cómo te sentiste al terminar?, -continuó Martina.

-Renovado.

-¿Sentiste culpa, vergüenza, remordimiento, miedo?

-No.

En la habitación contigua, al otro lado de la ventana, Zubizarreta escuchaba con atención, atento al relato de un hombre violento con el que en ocasiones estaba de acuerdo. Habif entró sin tocar, con unos papeles en la mano.

-¿Hace cuánto están ahí adentro?

-Un rato, es el segundo día de interrogación, -respondió sin interés, Zubizarreta.

-¿Y el acusado está cooperando?

Zubizarreta levantó los hombros con una fatiga mal disimulada y teñida de sarcasmo sin dar respuesta a la pregunta de Habif.

-Martina siempre se sale con la suya, ¿verdad?

-No siempre, -contestó Zubizarreta con un tono despectivo que daba a entender

justo lo contrario.

Habif sonrió para sí mismo y se acercó al vidrio, como si esos centímetros de más, le permitieran escuchar mejor lo que estaba por pasar. Mientras tanto, en la sala de interrogatorio, el silencio envolvía a Martina y a Luciano, construyendo un lazo de intimidad, que ella interrumpió con otra pregunta:

-¿Por qué nunca le hiciste daño a tu hija?, -preguntó Martina incrédula, pero con la intención de hablar el mismo idioma del victimario.

-Porque era mi hija.

-Tu esposa también era una hija...

De nuevo, Luciano quedó en silencio, sin saber cómo contestar a esa afirmación, había llegado el momento que Martina estaba esperando para atacar.

-¿De dónde salió tu odio por las mujeres?

-Del mismo lugar que sale el odio de ustedes por los hombres: del miedo, - dijo con tensión.

Hasta ahora le parecía lo más sensato que había dicho. Los hombres temen que las mujeres se burlen de ellos y las mujeres que los hombres las maten.

-¿Por qué te estás declarando inocente?

-Porque lo soy.

-No lo eres, puede que en tu mundo imaginario, donde todos tus impulsos te embeben en el reino de la fantasía, sea así, pero en el mundo real, mataste a tu esposa.

-Ella se lo merecía...

-Así que si una persona “merece” morir por algo, uno tiene el derecho de matarla.

-El deber, diría yo.

-¿Matarías a otra mujer que se lo “mereciera”?

-Sí, las mataría a todas, -dijo Luciano, inclinándose hacia ella sin filtrar una palabra.

El fiscal Reyes no pudo evitar un gesto de asombro y victoria, que alertó a Luciano y lo hizo retroceder sin engancharse en el anzuelo. Martina sintió cómo su presa se alejaba, pero en un último intento, trató de enlazarla.

-¿Mataste a tu hija?

-Quiero a mi abogado, -contestó Luciano, consiente de que su última afirmación lo ponía en evidencia.

Martina apretó sus labios en gesto de frustración, acababan de perder la ventana de una confesión. Reyes se tomó el rostro sintiendo cómo la oportunidad se les escapaba entre los dedos, y tras unos segundos de entendimiento, dio por terminado el interrogatorio. Luciano se puso de pie y extendió su mano hacia Martina, pero antes de que ella hiciera el más ligero movimiento, la reacción de la policía y el fiscal, lo apartaron bruscamente.

Carmona sonrió:

-Nos vemos pronto, doctora, espero que le guste el regalo que va a recibir de

mi parte.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

12. *Las tácticas feministas son masoquistas y se secundan en un activismo motivado por la manipulación de los principios morales para expresar su propia hostilidad y generar más odio. Exigen igualdad, pero no la practican; persisten en aferrarse a su posición de víctima, desde la que pueden hacerse inocentes de su provocación sexual, de su holgazanería en el hogar y de incitar a los hombres a que las golpeen.*

13. *La inferioridad femenina está tan arraigada a su comportamiento, que necesitan la validación masculina para que sus actos tengan poder, requieren la adulación para sentirse hermosas y la presencia de un hombre para creerse protegidas. Las mujeres no tienen más problemas que los que ellas mismas crean, así que en busca de excusas, rechazan el equilibrio; nuestra capacidad de ser felices con actividades simples como dormir plácidamente y tener orgasmos reales, son usados como excusa para hacer un alboroto.*

*14. La búsqueda de la perfección moral de la mujer moderna, es una hipocresía que lo único que trama, es justificar un sistema en el que puedan sostener su comportamiento travieso sin ser juzgadas, un régimen en el que esté bien serle infiel a sus parejas, humillarlas por sus fallas sexuales, hablar mal de otras mujeres, y recibir los beneficios del mundo machista, sin entregar nada a cambio. Las mujeres se creen merecedoras de mercedes que superan el propio bienestar social, la individualidad sobre la colectividad, el fracaso de la civilización por el regreso a la barbarie.*

-----

Las palabras de Carmona retumbaban en la cabeza de Martina, mientras el fiscal sentía ganas de abrazarla por lo que consideraba había sido un interrogatorio exitoso; no era la primera vez que escrutaba a un sospechoso con la ayuda de un sicólogo, pero sí, que veía una transformación tan radical. Martina en cambio, no tenía nada qué celebrar, su confesión no era suficiente, y aunque en su opinión profesional cada vez era más claro que se enfrentaba a un asesino serial en potencia, nadie era juzgado por lo que aún no había hecho, y si Carmona se declaraba inocente y seguía manteniendo que su esposa había matado a su hija, las probabilidades de que quedara en libertad, eran altas. El fiscal la contradijo enfático, se acababa de abrir una oportunidad, Luciano

había confesado que le haría daño a otras mujeres, lo que era suficiente para solicitar una prórroga y continuar con la investigación. Reyes salió sin despedirse a iniciar el trámite para el papeleo, mientras Martina se quedó pensando en qué se refería Carmona con el regalo que iba a enviarle. La doctora abrió la puerta del cuarto contiguo para hablar con Zubizarreta y fue ahí cuando se encontró de frente con Habif.

-¿Qué hace él aquí?, -preguntó con acidez Martina a Zubizarreta.

-Viene a traernos información muy delicada, -respondió Zubizarreta.

-¿Que “los de arriba” le ofrecieron la dirección a cambio de una orden de libertad?, -completó Martina con sarcasmo.

-Creo que es mejor que lo dejes hablar, lo que trae nos interesa, -insistió

Zubizarreta.

-A mí no me interesa nada que usted tenga que decir, ya leí su reporte sobre el acusado, y además de insulso y frívolo, lo encuentro delirante y muy polarizado. Es claro que su único interés es favorecer a “los de arriba” y que poco le importa conocer la verdad.

Zubizarreta sintió algo de vergüenza, pero a la vez admiración, le encantaba la forma en que Martina ordenaba sus pensamientos más iracundos. Habif sonrió inmune a sus ataques y comenzó a hablar.

-Luego de esta agradable bienvenida, Martina...

-Doctora Stevenson, -lo corrigió Martina.

-Doctora, -dijo Habif tras una pausa-, he recibido material de una fuente anónima que será publicado mañana en todas las redes y periódicos locales, y creo que este es el regalo al que se refería Carmona.

Habif le entregó los papeles que tenía en la mano y Martina los recibió desconfiada. Era un documento muy bien redactado a favor del machismo

escrito por Luciano Carmona, que se titulaba “Manifiesto del Buen Varón”. Martina alzo la mirada y le preguntó a Zubizarreta si ya lo había visto, a lo que él asintió.

-Esto es ridículo, no pueden publicar algo así. Tiene que haber una forma de impedirlo.

-No la hay, -confirmó sin dudas Zubizarreta-, el contenido de los medios es absolutamente independiente, no existe ninguna consideración legal para detenerlo.

Martina leyó en voz alta el título, tratando de no caer en una vulgar repulsión, pero no pudo evitarlo, las palabras le parecieron obtusas, crípticas e irreverentes.

-“El Manifiesto del Buen Varón” ¿Cuándo te enteraste de esto?, -preguntó Martina a Habif, con una mirada gélida y desafiante, como si de algún modo, él fuera culpable del documento.

-Hace un rato. Verifiqué que fuera real y que viniera del acusado, al parecer su familia contrató un buffet de abogados muy prestigioso, y es a través de ellos, que Carmona filtró esta información.

Martina renegó; la popularidad del “Kent asesino” se dispararía por las nubes, las justificaciones facilistas de los comportamientos antisociales, siempre eran atractivas. Echar atrás años de lucha feminista, sería para las masas, una intelectualidad elevada y seductora, que respaldada en la inocencia de Luciano, se convertiría en una nueva tendencia. Estaban presenciando el punto de origen de la maldad, -pensó Martina-, mientras se tocaba el rostro para evitar morderse las uñas.

-Pues yo le veo algo positivo a todo esto, la publicidad hará que los candidatos quieran ponerlo tras las rejas, así todo el mundo esté de acuerdo con el “Manifiesto del Buen Varón”, en las contiendas electorales, siempre gana la mojigatería. El pasado político de Carmona, lo convertirá en un chivo expiatorio muy útil para las campañas, -concluyó Zubizarreta.

-Puede ser,- confirmó Martina-, aunque estoy por creer que a Carmona no le importa el veredicto, nos está usando como su trampolín a la fama, somos el micrófono más grande del mundo.

-Por eso se declaró inocente, porque se cree una víctima de las mujeres y su feminismo. Si queda en libertad se convierte en un héroe y la muerte de su

familia hará que su decálogo prevalezca y se justifique, -le complementó Habif.

-Tenemos que comprobar que mató a su hija, los niños son inocentes y el público no perdona su muerte, es la única forma de que pierda credibilidad y este no sea el inicio de un Armagedón, -dijo Martina mientras se acercaba al vidrio a ver a Luciano en la sala de interrogatorio, quien aún esperaba la custodia policial para volver a su celda.

-Eso va a ser imposible, -concluyó Zubizarreta.

-Es nuestra única oportunidad, debemos pensar como él, usar en su contra su arma más poderosa: la hombría, -contestó Martina, sin quitarle los ojos de encima a Carmona-, se cree muy inteligente, pero no es un ganador.

Habif se paró a su lado y aunque de espaldas podían verse como una pareja enamorada mirando el infinito, sus ojos se habían fijado en el reto más grande de sus vidas: hacer confesar a un hombre de un asesinato sin la certeza de que lo había hecho.

-Tienes una semana, o el caso será puesto en manos del Tribunal de Justicia y

se nombrará un nuevo equipo de especialistas, -le dijo Habif a Martina, apático, marcando una línea clara que dividía sus intereses personales de la justicia.

Martina lo miró con rabia por su indolencia, aunque sabía que detrás de su acto de buena fe, venía un cartucho lleno de veneno, después de todo, Habif no era más que un burócrata. Martina agarró el manifiesto con furia y se abrió paso con rabia. No había llegado hasta allí para quedarse inmóvil, era momento de seguir adelante compulsivamente, así empezara a sentir el mismo calor iracundo que había experimentado un año atrás al inicio de su ataque psicótico, prefería volver a ser internada en un psiquiátrico, a dejar a un asesino de mujeres en libertad.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

15. *La mujer es tan egoísta, que su ánimo de estudiar no es más que una excusa para socializar y conseguir una pareja que le permita ser un ama de casa que ostenta un título universitario, sin reparar en el costo que esto significa para el sistema educativo del país. En su afán por la igualdad, ni siquiera se toman el tiempo para reflexionar sobre sus intenciones, y cuando tiene un hijo, abandona el mundo laboral para dedicarse a su familia, enterrando el diploma en su hogar, dónde sus nuevas habilidades no sirven de nada, y en cambio, carece de la formación necesaria para ser buena esposa y buena madre.*

16. *Las mujeres se justifican diciendo que la sociedad es hostil y que no está viviendo conforme a ellas. Reprueban la violencia, pero su comportamiento es agresivo, nos humillan, nos abandonan y nos provocan con su cuerpo, pero si reaccionamos de manera congruente, explotan. Las feministas usan la violencia como una forma de liberación, olvidando que para pelear se necesitan dos fuerzas opuestas, y que cualquier acto agresivo de nuestra parte, es*

*el resultado de su oposición.*

**M**artina pasó la noche en su oficina leyendo, releyendo y memorizando cada palabra del “Manifiesto del Buen Varón”, un decálogo en defensa del machismo, que de forma estructurada y coherente, justificaba la necesidad del comportamiento misógino, en la creación de una sociedad funcional. Su escritorio estaba lleno de montañas de papeles y un cuaderno con las anotaciones del caso, palabras, frases, asociaciones críticas y ocurrencias espontáneas, que tenía durante el tiempo que llevaba de conocerlo. El desorden de su entorno era la mayor comprobación de que el proceso de análisis era tan artístico como médico, porque por frenético que se viera su

alrededor, todo estaba ordenado en su cabeza, tan ordenado como un diagnóstico psicológico podía ser. A Martina le sorprendió la claridad con que el documento exaltaba los defectos del feminismo, y de inmediato supo, que llegaría a oídos de muchos, que aunque no lo dijeran en voz alta, estarían de acuerdo, y a otros tantos, que concordarían abiertamente. Las redes permitían la seguridad de detonar una guerra desde casa sin correr ningún riesgo, así que adivinaba que a pocas horas de ser publicado, el manifiesto sería tendencia y daría mucho de que hablar. Era la primera vez que ella se asomaba tan fácilmente a la mente de un hombre violento, se sentía como una intrusa y lo encontraba fascinante y digno de estudio, pocos eran los hombres que

aceptaban sus motivaciones y se mantenían con la frente en alto, orgullosos de su hombría engreída ante la mirada de reproche de la doble moral. La mente abierta de Carmona era algo grande y perjudicial que desestabilizaba los cuidadosos equilibrios que ella misma se imponía. Estaba de acuerdo con algunas afirmaciones, y si dejaba de lado su conocimiento profesional sobre el asunto, debía reconocer que el machismo había prevalecido por años, porque muchos de esos comportamientos eran necesarios y convenientes para las mujeres. Recordó que en un seminario de empoderamiento femenino escuchó que la violencia de género no había aumentado en número sino en cantidad de denuncias, y negó convencida de que para pelear se necesitaban dos, y ahora

que la mujer había optado por un comportamiento menos sumiso y más detractor, la violencia en los hogares aumentaba, haciendo a la mujer víctima de su propio feminismo, como si de alguna forma, tuviera que pagar por los años de complicidad masculina y su falta de empatía con otras mujeres.

Luciano sustentaba muy bien sus afirmaciones y había logrado un trabajo digno de una tesis de análisis social, -pensó con preocupación Martina-, con razón lo consideraba un regalo, no sólo para ella, sino para la humanidad, su escrito era distintivo e inconfundible, y en él se reconocía un tono, un estilo de pensamiento, una personalidad, como si cada palabra fuera una huella dactilar imposible de duplicar. El texto estaba lleno de arrogancia, agresividad, lógica y cicatrices internas, con una desesperación infecciosa que incapacitaba su forma de ver y que no sería curada con ningún antibiótico para el alma. Estaban frente a un misógino serial obsesivo, si existiera el término, y el decálogo era un texto de pistas reveladoras a las que debían estar atentos, pues Luciano llevaba mucho tiempo preparando este momento.

-¿Quién eres?- se dijo en voz alta sacudiendo la cabeza -No- se corrigió-,  
¿qué eres?

Pensó que si podía responderse, podría descifrarlo y lograr que dijera la verdad, o por lo menos, la verdad que a ella le convenía escuchar. Cerró los ojos por un momento, exhausta pero a la vez tan ansiosa que no creyó poder dormir, en el fondo tenía miedo de hacerlo, no quería que los sueños perturbaran más su realidad y aunque para ella eran acertijos inconscientes que retaban el análisis, no quería agotarse más, se sentía abrumada. Zubizarreta interrumpió sus pensamientos y la invitó a unirse a la reunión en la oficina de Gama, estaban discutiendo el futuro del caso de Carmona y no querían empezar sin ella. Martina asintió y lo siguió, sintiéndose como una mujer que salía de un refugio subterráneo después de pasar un tornado. Al entrar, Gama, Habif y Reyes se pusieron de pie y Martina sintió que por primera vez era vista como lo que era, una investigadora social, y no una mujer obsesionada con desquitarse de los hombres.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

17. *La descomposición de los valores tradiciones implica la descomposición de los huesos que sujetan los grupos sociales a pequeña escala, desprotegiendo a la familia en nombre del nepotismo modernista de la liberación femenina. La mujer no se ha dado cuenta de que el poder masculino subordina a los hombres a una red de reglas y regulaciones que frustra muchos de sus impulsos básicos, y que si ella tuviera que cumplir, fracasaría.*

18. *Los impulsos humanos se dividen en tres grupos: aquellos que pueden ser satisfechos con un esfuerzo mínimo; aquellos que requieren el costo de un esfuerzo serio; y aquellos que no pueden ser satisfechos adecuadamente, sin importar cuánto esfuerzo se imprima. La necesidad de las mujeres se centran en el último grupo, porque no se trata de lo que el sistema haga por ellas, sino de lo que ellas mismas han hecho por el sistema. Las mujeres se avergüenzan de su participación en la perpetuación del machismo, porque eso sería reconocer su incapacidad de liderar el cambio que proponen. Este es otro de sus caprichos y cuando ya no lo quieran, nos lo*

*devolverán tan maltrecho, que será imposible recuperar las relaciones humanas.*

Para las nueve de mañana, el Manifiesto del Buen Varón había sido descargado más de un millón de veces y los comentarios no cesaban de aparecer en las redes. Como se esperaba, estaba lleno de opositores y aficionados, que con sus comentarios, cumplían el sueño de Luciano Carmona: la egolatría. Gama comenzó presentado los acontecimientos hasta el momento, mientras Martina pensaba en que conocer los hechos, no necesariamente implicaba comprenderlos.

-La defensa alega la inocencia del acusado, asegurando que no es culpable del asesinato en primer grado de su esposa, ya que la mató en un arranque de ira e

intenso dolor, tras enterarse de que asesinó a sangre fría a su hija. La autopsia de la madre no muestra heridas de defensa, ni drogas en su organismo, sólo cuatro puñaladas espaciadas por media hora. La hija fue degollada con la misma arma, un cuchillo casero de uso frecuente, que Luciano dice haber encontrado mojado en la alacena, ¿estoy en lo correcto Fiscal Reyes?, -preguntó Gama, mirándolo.

-Sí, a grandes rasgos ese es el caso que presentará la defensa en la corte, pero gracias a la investigación de la doctora Stevenson, -reconoció Reyes, con un gesto de complicidad-, la fiscalía ahora reúne una serie de pruebas que pueden complicarles las cosas. En primer lugar, la limpieza de la escena del crimen y la ausencia de salpicaduras de sangre, apuntan a premeditación; en segundo lugar, que entre puñalada y puñalada haya una diferencia de media hora, elimina por completo un arranque de ira e intenso dolor, ya que el acusado sabía lo que hacía y las partes del cuerpo que debía comprometer para que la víctima permaneciera con vida sin desangrarse; y en tercer lugar, el acusado confesó durante el interrogatorio que mataría a cualquier mujer que en su opinión lo mereciera, concordando con el perfil psicológico que presentó Martina desde el comienzo: un asesino serial en potencia.

-Lo que los abogados de Carmona interpretarán como circunstancial, -

intervino Habif, con su acostumbrada facilidad para regresar a todos a la realidad-, conozco el buffet y se especializan en crear duda razonable y dejar en libertad a asesinos y violadores. Su único interés es el dinero y los Carmona tienen de sobra, así que en un abrir y cerrar de ojos, convertirán la limpieza de la escena del crimen, en una evidencia del estado mental alterado del acusado; el hecho de que las puñaladas no mataran a la esposa, en un golpe de suerte; y la personalidad fría y apática de Luciano, en una reacción postraumática.

El fiscal airado quiso defenderse como abogado en un juicio, pero Martina intervino a favor del arrogante que tanto le fastidiaba.

-El doctor Habif tiene razón, no tenemos nada contundente que asegure la captura del acusado por el asesinato de su esposa y de su hija. Por ahora, nuestra única prueba de su personalidad violenta, la única pista que ha dejado de su psicopatía, es el manifiesto.

-Aunque no es un delito tener un pensamiento sexista ni estar en defensa del machismo, -recordó Zubizarreta.

-No lo es, pero pone en evidencia su pensamiento y lo hace menos víctima

ante los ojos del jurado, -complementó Martina.

-Lo cual tampoco es suficiente, -agregó Habif-, para que el caso sea infalible, tendrán que encontrar una prueba sólida de que él mató a su hija, o por lo menos, una confesión de un crimen que no sabemos si cometió.

-Lo hizo, -afirmó Martina sin titubear.

Habif no la contradijo, habían llegado hasta allí gracias a su altivez y su rebeldía para aceptar órdenes, así que le daría el beneficio de la duda. Gama recordó la presión de “los de arriba”, que ahora los obligaba, no sólo a resolver el caso y quitar la atención de los medios lo más pronto posible, sino a encontrarlo culpable; así la sociedad estuviera de acuerdo con sus afirmaciones, eran éticamente reprochables, y el alcalde actual, que se postulaba para la reelección, quería usar el caso como el caballo de batalla de su campaña, promocionando que él jamás sería un político abusivo y machista como Luciano. Martina no pudo evitar sonreír, le parecía infantil la forma en que se manejaba el mundo del poder, pero sentía que por primera vez, las cosas jugaban a su favor.

-Debo insistir, el manifiesto es nuestra mejor arma, no sólo por el tema moral,

sino porque Carmona está jugando con nosotros y cree que va un paso adelante. En este momento, tenemos al acusado sintiéndose el centro de atención, con toda la audiencia captiva y más poderoso que nunca.

-Entonces lo primero que hay que hacer, es limitar su acceso a la información y cualquier contacto con el público, -determinó Zubizarreta.

-Al contrario, -respondió rápidamente Martina-, yo aumentaría la presencia de los medios, permitiría que lo entrevistaran y que tuviera acceso a Internet, es el momento de que se embelese con el entorno para volverlo vulnerable. Necesitamos que confiese y creo que esa falsa sensación de superioridad, es la única forma de lograrlo.

-Eso va en contra de “los de arriba”, -insistió Gama.

-Pero juega a favor de la fiscalía, -dijo Reyes-, yo creo que podemos convencer a “los de arriba” de que la atención es la mejor forma de acelerar las cosas, si quieren que el caso esté cerrado antes de las elecciones, tendrán que autorizarlo.

-Estamos en una encrucijada, y sino hacemos las cosas bien, miles de hombres

culpables se sentirán en derecho de apelar sus condenas alegándose víctimas de las mujeres, y lo que hoy es un caso, se convertirá en una bola de nieve que crecerá y crecerá, -concluyó Martina.

Gama no estuvo de acuerdo, era él quién ponía la cara con “los de arriba” y no quería arriesgar su trabajo, ahora que estaba tan cerca de pensionarse.

-También podríamos hacerlo sin autorización, -comentó Reyes-, quiero decir, hoy en día las redes tienen vida propia y se filtra contenido por todas partes, así queramos controlarlo, está fuera de nuestro poder.

Gama negó, lo peor que se podía hacer en una situación como esta era abrirla como un caudal, así que ante la amenaza solapada de Reyes, decidió que con la ayuda de Habif, se encargaría de los arriba, mientras Zubizarreta encontraba una prueba física que uniera a Cardona con la muerte de la menor, y el fiscal Reyes y Martina, lograban la confesión imposible.

La reunión terminó y con ella el aire se llenó de inconformismo, eran muchas las tareas y pocas las posibilidades. Habif miró a Martina dándole su apoyo, pero ella no le sonrió de vuelta, no tenía por qué, este era su trabajo, no un favor personal. Para el final de la reunión, el decálogo ya tenía millón y medio

de descargas y el plan de Luciano funcionaba a la perfección. Martina se acercó a Zubizarreta, como un borracho que intenta disimular su zigzagueo, y le dijo:

-Quiero ir a la escena de los hechos, ¿me llevas?.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

**19.** *Por fortuna, no todas las mujeres hacen parte del problema, algunas declaran estar muy satisfechas con la sociedad y han encontrado la forma de calmar sus impulsos de poder siendo líderes en el hogar, trabajando en la crianza de los hijos y dirigiendo la formación de una familia. Estas mujeres, satisfacen sus necesidades con lo que tienen a su alcance y representan la figura de felicidad ideal, negarlas, sería desafiar años de historia, ellas son la prueba de que las mujeres eran más felices sometidas, amparadas y dominadas.*

**20.** *¿Qué tipo de libertad están clamando?, no aquella que necesita responsabilidades elevadas y que requiere enfrentar los problemas de la vida y la muerte, el tipo de libertad que exigen, es el de controlar la vida de los demás y darse una permisividad selectiva. Cualquier cambio en la estructura, terminará con el estrechamiento de nuestra libertad y la esclavitud masculina.*

-----

**E**l apartamento de Luciano no era como lo imaginaba, tenía más calor humano que el de Martina y un ambiente muy familiar, en el que sólo faltaba el olor a galletas recién horneadas, para sentirse en casa. Las paredes estaban tapizadas por fotos de una familia feliz en diferentes épocas del año, mostrando una realidad muy diferente a la que ocurría. Zubizarreta se dirigió al cuarto de la menor, mientras Martina echó un vistazo alrededor y pasó su mirada por el comedor en el que descansaban unas flores marchitas como centro de mesa, -un regalo de Carmona a su esposa, -pensó- seguro en un

intento de buscar su perdón por algún episodio violento. Había aprendido en sus años de terapia, que más peligroso que los golpes, eran las flores de la reconciliación, los primeros espantaban, los segundos ataban. Martina avanzó examinando los libros que posaban en los estantes de la biblioteca, inclinó la cabeza para leer los títulos densos y aburridos de enciclopedias y novelas antiguas que no creía que nadie hubiera leído, pero que eran obligatorios en cualquier casa con alto nivel intelectual, ya que conferían cierta legitimidad. Pasó un dedo por el lomo de un volumen y al comprobar el polvo que se acumulaba en la yema, meneó la cabeza, acertando en su afirmación. Se acercó a la pared de color crema donde colgaban las fotos familiares de diferentes

dimensiones, como evocando recuerdos felices omnipresentes, en los que Luciano se veía pleno y ciertamente enamorado, y ponderó que nada provoca tanto odio como el amor. Martina continuó caminando por la casa con su mirada vibrante, como si procurara memorizar todo lo que contenía, a la espera de contaminarse de los eventos del catorce de febrero. Cerró los ojos e inspiró profundo, volteó su mirada hacia la puerta e imaginó a la esposa entrando a la casa con su hija tras recogerla del colegio. Pudo ver a una niña sonriente que venía hablando de su día en la escuela y cómo la madre la enviaba a su cuarto para protegerla de su marido, quien seguramente estaba masturbándose en el sofá. Martina siguió contemplando como una espectadora

invisible lo que ella creía que había pasado, vio a la mujer atravesando la sala e iniciando una pelea con Luciano, quien tras el éxtasis sexual, estallaba en un altercado violento. Primero vinieron los insultos, luego los golpes, y finalmente, la puñalada que atrajo la atención de la hija, quien no paró de gritar hasta que el padre la degolló. Martina vio todo como en cámara lenta, como si ella pudiera hacer algo para detenerlos. El dolor de la madre con la primera puñalada debió ser inconmensurable, -caviló-, verse ahí tendida en el suelo, impotente, mientras su hija se desangraba. Luego vino la segunda, la tercera y la cuarta puñalada, y entre cada una de ellas, el tiempo suficiente para que Luciano se adueñara de la situación, llevara la niña al cuarto,

organizar la cocina y se cambiara de ropa. Lucas interrumpió los pensamientos de Martina, tenía malas noticias, no había encontrado nada fuera de lo normal, o por lo menos, nada que pudiera vincular a Luciano con el asesinato de su hija, pero Martina pareció no escucharlo y continuó en actitud indagadora.

-¿Cuándo ustedes llegaron, la niña estaba cubierta con la manta?

-Sí, completamente, -dijo Zubizarreta revisando sus apuntes, era un detalle que no recordaba- lo que es normal cuando hay un vínculo afectivo con la víctima.

-Sí, pero también prueba que Carmona no fue a socorrerla, de haberlo hecho, la habría destapado- Martina caminó en círculos sobre la cinta blanca en forma de silueta de cuerpo en el piso y continuó preguntando- ¿La sangre que encontraron alrededor de la madre era sólo de ella o también de la hija?

-No lo sé. El ADN correspondía a la madre, pero podría también coincidir con el de la hija... ¿Por qué?

-Creo que el asesinato de las dos víctimas fue en este espacio y que luego Carmona acomodó a la niña en la habitación. El charco de sangre alrededor de la madre, podría contener muestras de las dos.

Zubizarreta se sorprendió con la agudeza de Martina, no había pensado en esa posibilidad. Martina caminó hacia la pared de los cuadros y se detuvo frente a uno de ellos para hablar.

-Siempre lo imaginé como un homicida de sangre fría, alguien calculador con la capacidad de anticipar riesgos, pero el asesinato de su hija, debió descontrolarlo. No creo que estuviera en sus planes, por eso su necesidad de ordenarlo todo, para compensar el imprevisto.

Martina levantó uno de los retratos de familia perfecta colgados en la pared y evidenció una realidad oculta detrás de él: la huella de un golpe. Detrás de cada una de las fotos, se cubría la evidencia de un acto de violencia. Zubizarreta asombrado empezó a ayudarla, corrió los muebles, los tapetes, las lámparas, y fue entonces, que ante sus ojos apareció una escena violenta de paredes rotas, baldosas quebradas, mesas lesionadas y esquinas despicadas.

-Creo que encontré la forma de hacerlo confesar, -dijo Martina mirando a los ojos a Zubizarreta, con la avidez de una niña que descubría un acertijo; había hallado una locura más grande para sacarle a Luciano la que ya tenía en la cabeza.

Zubizarreta no entendió a qué se refería, ¿eran acaso las pruebas de violencia intrafamiliar escondidas tras la decoración?, ¿la muestra de sangre de la hija que aún no comprobaban?, ¿o algo más que él no sabía? Martina respondió con una sonrisa y salió apurada en busca del fiscal, no quería dejar escapar entre los dedos sus segundos de gloria.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

21. *Para que el feminismo triunfe, hará falta un ajuste largo y penoso, que reducirá al hombre a un mero objeto del excesivo consumismo de la mujer. Las secuelas serán inevitables y quedaremos privados de la libertad y la autonomía. Entre más permitamos que esta ilusión onírica y disparatada crezca, más desastrosos serán los resultados de su fracaso, debemos unirnos para delinear el camino de retorno a la hegemonía patriarcal.*

22. *Las mujeres pretenden filtrar el machismo y separar las partes “buenas”, de las partes “malas”, pero es imposible hacerlo, la tradición no puede transformarse para favorecer una polaridad; todo existe en correlación a sus partes, el sistema no tiene equilibrio sin la suma de la totalidad de las fuerzas. No se le puede exigir a un hombre ser protector y castrar su instinto violento, como tampoco, se le puede pedir que sea proveedor y cortar su carácter expansionista.*

23. *Cuando se sobrepasa el límite de la resistencia humana,*

*las cosas empiezan a ir mal, la rebelión, el crimen y la corrupción florecen. Si no protegemos la maquinaria del intento imperialista femenino, terminaremos de regreso a la era de las cavernas.*

-----

-¡No!, ¡imposible!, no puedo permitirlo, -contestó el fiscal, al escuchar la descabellada idea de Martina- no pienso autorizar que tengas una consulta a solas con un asesino, un homicida es un hombre de acción, un sicólogo no.

Martina insistió, era el único escenario en el que no habrían abogados y ella podría hacerlo confesar; estaba segura de que Luciano no le haría daño, no podía darse ese lujo, con los nuevos hallazgos en la escena del crimen y el manifiesto, su libertad estaba en duda. El fiscal caminó de un lado a otro como un león enjaulado, disertando entre la razón y sus sentimientos paternalistas hacia la sicóloga, sabía que estaba más que calificada para hablar con él, pero no quería exponerla al riesgo. Martina insistió de nuevo, jugarían la partida en un terreno en el que ella se sentía elevada, era una situación en que sus propios puntos fuertes compensaban los de su contrincante, su formación contrarrestaba la violencia del asesino, y las mismas razones por las que el fiscal se oponía, eran su mayor ventaja, la presencia de una mujer sola activaría el instinto de superioridad de Luciano, lo que abriría una ventana para llevarlo al límite de la cólera y lograr su confesión. -La ira corroe

nuestra creencia de que algo bueno puede sucedernos, y es por eso que ahí, al borde de las emociones más intensas, todos confiesan la verdad, -explicó Martina. El fiscal lo pensó una vez más y siguió pareciéndole una locura, pero ante la falta de tiempo, la presión de “los de arriba” y la posibilidad de que el “Kent asesino” quedara en libertad, aceptó. La doctora dio un estridente aplauso celebrando lo que sería la apuesta psicológica más grande de toda su vida, utilizaría su experiencia como terapeuta y como mujer para perfilar la anatomía de la mente de un criminal.

Luciano Carmona aceptó reunirse con Martina en su consulta, intrigado por saber lo qué opinaría del manifiesto, después de todo, era gracias a las mujeres independientes como ella, que su documento era más vigente y necesario que nunca.

La noche fue muy larga para los dos, conectados por el pensamiento, adivinando los movimientos del otro y anticipando la conversación que tendrían a la mañana siguiente. Martina apagó su celular, cansada de las llamadas insistentes de Zubizarreta que buscaba advertirle de los peligros de reunirse a solas con el paciente, y aunque pensó que no dormiría, el instinto de su cuerpo le ganó a la razón, y sin darse cuenta, se rindió a los brazos de Morfeo hasta sumergirse en un sueño profundo, donde al borde del acantilado,

se vio a ella misma con 12 años de edad, cantando su ronda favorita:

Mambrú se fue a la guerra,  
Mire usted, mire usted, que pena,  
Mambrú se fue a la guerra,  
No sé cuándo vendrá.

La noche caía y el viento enfriaba el rostro de Martina, que mientras cantaba, lanzaba piedras desde lo alto del acantilado tratando de atinar al mar. Tenía rabia, le molestaba que las olas no se detuvieran a hacerle una venia y nadie estuviera a su lado, se sentía sola, con el mundo en deuda y decepcionada. La voz de un hombre detuvo su canto, era su padre llamándola por su nombre, pero Martina no volteó a mirarlo, con la esperanza de que si ella no lo veía, él tampoco lo haría.

Que Mambrú ya se ha muerto,  
¡qué dolor, qué dolor, qué entuerto!,  
que Mambrú ya se ha muerto, lo llevan a enterrar.

Continuó cantando en voz baja, hasta que un golpe en su espalda la hizo callar de un tajo, era su padre empujándola por el abismo del acantilado y

gritándole: *¡acabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!* Martina despertó agitada, con la frente empapada como si el mar la hubiera alcanzado a rozar. Le tomó un par de segundos darse cuenta de que estaba a salvo y todo había sido una pesadilla; la estremecían los hechos y cómo la frase de su diario se había colado en la voz de su papá. Aún era de madrugada y aunque la separaban varias horas del interrogatorio, ya no pudo dormir más, prefería una realidad extenuante, a un sueño desequilibrante. Martina encendió la luz y releyó el expediente de Luciano, acallando la necesidad imperiosa de autoanalizarse y responderse por qué soñaba que su padre la mataba, no quería reconocer lo que ya sabía: estaba al borde de un ataque de ansiedad como el que había tenido un año atrás.

.....

## Manifiesto del Buen Varón

### Justificaciones

24. *Otra de las formas de manipulación de la mujer, es considerarse una minoría, cuando en realidad, nos superan en número, pero les conviene hacerlo, pues al llamarse minoría, pueden reaccionar vehementemente ante cualquier obstáculo y hacerse escuchar a la fuerza.*

25. *La mujer moderna está desesperada por demostrar que las féminas son igual de fuertes a los varones, pero en realidad son mucho más fuertes, pues han podido camuflarse tras la fachada de la debilidad, para librar las guerras mas sanguinarias, esas que guillotinan hombrías y llevan al varón a su propia muerte.*

26. *Si las mujeres llegaran a ganar el poder, estaríamos sujetos a la variabilidad de sus emociones, las normas cambiarían a diario y sus inseguridades consumirían el orden, llevándonos a un caos inevitable. La igualdad entre los hombres y las mujeres no puede existir, no debe hacerlo, ellas fracasarían en su intento de liderar, al igual que nosotros naufragaríamos si pretendiéramos ser*

*madres.*

-**V**olvemos a encontrarnos a solas, -dijo Luciano Carmona con un aire conquistador, desde la incómoda silla del consultorio de Martina, sin esposas y sin más vigilancia que una cámara de seguridad colgada en la pared.

-¿Entiendes que la confidencialidad médico paciente no aplica en este caso, ya que te encuentras siendo procesado por un delito y cualquier información que reveles, puede y será usada en el juicio?, -le contestó Martina, sentando las reglas de la consulta y dejando claro que no caería en su vulgar provocación.

Luciano asintió atento a cada uno de los movimientos de la sicóloga, con la intención de analizarla, mientras le hacía creer que era él quien estaba siendo examinado. Martina tomó su libreta de apuntes y echó un vistazo al plan que había diseñado la noche anterior para el interrogatorio, comenzaría con preguntas sobre el manifiesto, seguiría con el día del crimen, y terminaría debatiendo su intento de declararse inocente, con el propósito de que aceptara

no hacerlo. Martina alzó su mirada y la fijo en Luciano, leyendo con detenimiento cada uno de sus gestos, el tic ansioso de su pierna izquierda, el palpar de la yugular en el cuello y su lenguaje corporal abierto.

-¿Le gustó mi regalo, Doctora? – preguntó con soberbia Luciano.

-¿Te refieres al Manifiesto del Buen Varón?

-Por supuesto, me hubiera gustado envolverlo, pero como entenderá, tengo pocos recursos a mi alcance- bromeó con cinismo.

-Pensé que era un regalo para mí, no para todo el mundo.

-No hay que ser envidiosos, Doctora, un documento así es digno de publicación. ¿Sabe usted cuántas descargas lleva?

-Cuando lo leí, llevaba cinco millones, -exageró Martina para alimentar su ego.

Luciano sonrió con altivez, hallando en ella el interés que esperaba, pero a la vez sintiendo la desventaja de un escritor que ha desnudado su alma y espera

la opinión del lector. Martina remarcó un silencio paciente y aguado para incomodarlo, mientras Luciano ansioso intuyó un mal comentario, y como cualquier autor ávido de una opinión positiva, comenzó a justificarse antes de que ella pudiera darle su dictamen.

-Mi intención era ordenar el pensamiento de la sociedad, recopilar lo que se escucha en las calles, en las mesas de los bares, en la intimidad de los hombres, eso que todos sabemos, pero nadie se atreve a decir en voz alta. Ya era hora de poner en palabras lo que nuestros actos violentos respaldan. El mundo necesita volver a la normalidad, y para ello, tenemos que domesticar nuevamente a las mujeres, -concluyó Luciano con delirios de grandeza.

Martina parpadeó, registrando en su disco duro lo que acaba de escuchar, que aunque sonara ofensivo y antisocial, tenía algo de veracidad. Llevaba años descifrando las motivaciones detrás de la fachada de arrepentimiento de los hombres privados de libertad, y si de algo estaba segura, era de que ninguno se atrevía a decir la verdad.

-¿Mataste a tu esposa porque fallaste en domesticarla?, -le preguntó con algo de ingenuidad Martina.

-Por supuesto, si no hubiera fallado, ella jamás habría matado a mi hija, - contestó Luciano con una certeza arrolladora-, yo lo único que busco es mejorar el mundo ¿Sabes la cantidad de muertes de mujeres que se ahorrarían al año si las pasiones femeninas no se desbocaran en esa fuerza irreverente con la que nos provocan? Quieren libertad, pero a la vez exigen gozar del hombre proveedor, quieren ser putas y a la vez vírgenes, gastan fortunas en cubrir sus inseguridades con cirugías y maquillaje, y aún así, se asombran al ser tratadas como objetos. Los comportamientos femeninos no son lógicos, ustedes nunca saben lo que quieren, necesitan tanto la aprobación masculina, que un no, no siempre significa no.

Martina ladeo la cabeza, tratando de ver las cosas desde otra perspectiva y aplacando esa corriente caliente que recorría su cuerpo y la tentaba a gritar. Las teorías que Luciano elucubraba sobre las mujeres, eran tan machistas, pero a la vez tan claras, que la estremecían; podía entender que un hombre concluyera de la emocionalidad femenina tanta debilidad. Carmona era lo más cercano a una versión masculina de ella misma: un investigador social apasionado por entender la raíz de la violencia de género.

Al otro lado de la cámara de seguridad, en un cuarto de monitores al final del pasillo, el fiscal se recostó en su silla con el entrecejo fruncido y cerró los

ojos por un momento, obligándose a sí mismo a descartar cualquier atisbo de verdad en las palabras del asesino. Se quitó los audífonos y respiró profundo, agotado por el nivel de profundidad de la conversación entre un paciente y su psicóloga, pensó que él mismo no sería capaz de realizar ese trabajo o acabaría involucrándose demasiado, suficiente tenía con las mentiras que contaba la gente en los juicios para justificar su conducta. Zubizarreta entró, no traía buenas noticias, la sangre analizada en la cocina de la casa de Carmona, sólo contenía el ADN de la madre.

-Lo que no comprueba nada, se recolectó tan solo una pequeña muestra, no podemos estar seguros de que la sangre de la hija no hubiera estado en ese charco también,-desestimó el fiscal sin dudarlo.

Zubizarreta sabía que era cierto, pero el juez interpretaría la falta de pruebas, como prueba de inocencia.

-Nuestra última esperanza es la confesión, -dijo Zubizarreta sin mayor ánimo, y se sentó a su lado.

-Martina la va a lograr, en este momento él puede tener la ventaja, pero con cada segundo que pasa, su posición se debilita,- contesto Reyes, más que para

tranquilizar a Zubizarreta, para convencerse a sí mismo de que había hecho lo correcto al permitir ese encuentro.

El fiscal apenas suspiró y volvió a colocarse los audífonos, atento al instante en el que el plan de Martina empezaría a funcionar y se develaría el misterio.

-¿Habías fantaseado con matar a tu esposa antes?, preguntó Martina a Luciano.

-Por supuesto, desde el primer dolor de cabeza, -dijo con algo de gracia Luciano-, todos los hombres hemos fantaseado con deshacernos de nuestras esposas y reemplazarlas por una mujer fácil de entender y con mejor cuerpo, porque de eso se trata en últimas, de la vida sexual -apuntó con desdén Carmona.

-Resumir todo el plano sexual le quita profundidad a la existencia masculina, ¿no te parece?

-Profundidad que sólo las mujeres quieren ver, en su intento por convertirnos en príncipes para sentirse princesas. Los hombres no somos filósofos, somos depravados sexuales, todo nuestro conocimiento, nuestros buenos actos, nuestra forma de ver el mundo, apuntan al mismo rincón oscuro en la

entrepiera. Esa intención de apartarnos de nuestra hombría animal es netamente femenina, el resultado de años de mojigatería reprimiendo sus deseos para volverse más deseadas. Los hombres nos regimos por nuestra sexualidad, el resto es decoración.

-¿Asesinar a tu esposa partió de un impulso sexual?, -aprovechó Martina para preguntar.

Luciano hizo una breve pausa recordando la sensación adictiva que había experimentado un segundo antes de matarla, saboreando el gusto dulce que le venía a la boca.

-Asesinar es como eyacular, una fuerza interna que no puedes parar. Cuando matas a alguien, te mueve una motivación irresistible y fascinante, nada puede jalarte del borde, ninguna ley, ninguna amenaza de castigo, moralidad, religión, ni miedo, todo se vuelve insignificante al lado de la vida que estás a punto de extinguir.

-¿A cuántas mujeres has matado?

-A una.

-¿A cuántas mujeres has intentado matar?

Carmona guardó silencio, eran demasiadas para responder de un tajo. De niño fantaseaba con envenenar a su madre, y en la preparatoria, con arrollar a su primera novia, que lo dejó por un jugador del equipo de baloncesto.

En la sala de cámaras, Habif interrumpió con su presencia, traía un periódico con nueva información sobre el caso. El fiscal lo recibió con algo de recelo y le agradeció, no entendía bien su actitud de agradar a los de arriba y a los de abajo, como ahora se llamaban entre ellos como burla. Sería un buen político, -pensó-, pero en este momento no le importaba de dónde venía la información, sino cómo podía usarla. Reyes quedó en entregárselo a Martina, y ante la mirada seca de Zubizarreta que le dio a entender que en la sala de cámaras no cabían tres, Habif desapareció.

-¿Por qué quieres declararte inocente?, preguntó Martina con curiosidad.

-Porque lo soy. La violencia es reprochable, pero la provocación de las mujeres también lo es y no pueden librarse de culpa. El peso histórico que ustedes llevan en sus hombros las hace víctimas, pero no lo son, y el

feminismo moderno lo ha revelado, las ha hecho dueñas de su sexualidad, de su educación, de su economía... Debería darme las gracias, doctora, -dijo Carmona magnánimo-, si yo logré que el mundo vea que soy una víctima, estaré contribuyendo con el feminismo, convirtiendo a las mujeres en victimarias, igualándolas al nivel de los hombres.

A lo mejor sí era una víctima y había guardado su resentimiento por demasiados años, -pensó Martina-, una persona abusada experimenta miedo y ansiedad y luego intenta contener esos sentimientos actuando sádicamente. Si las mujeres querían igualdad, tendrían que despojarse de la posición de víctima tras la que se habían refugiado por décadas, en eso tenía razón, pero asegurar que una persona merecía la muerte por una provocación, le parecía, para cualquier sexo, un depravación inescrupulosa.

-¿En alguna ocasión piensas en lo que dejas a tu paso?

-¿Se refiere a mi manifiesto?, ¿a la revolución mundial que voy a lograr cuando salga de acá caminando como un hombre libre y sustente mis palabras con mis actos?

-No, me refería a la muerte de tu esposa y de tu hija.

-Yo no maté a mi hija, -dijo con tono sereno e inexpresivo.

-Tal vez no la mataste con tus manos, -aclaró Martina, siguiéndole la corriente-, pero seguro fue tu presión la que hizo que la madre lo hiciera ¿No has pensado que si tú llevaste a tu esposa a desquitar su ira contra su propia hija, por miedo o por venganza, serías el autor intelectual de esa muerte?

Zubizarreta y el fiscal se inclinaron hacia la pantalla del monitor de la cámara, intrigados por la más mínima reacción de Carmona ante las palabras provocadoras de Martina.

-Te sientes poderoso, invencible, pero igual estás bajo arresto. Tal vez poseíste a tu víctima, pero no pudiste conservarla y ahora que se ha ido, estás solo.

Luciano temía a la soledad desde que su madre lo encerraba en un closet para que dejara de llorar.

-No lo estoy, -contestó prepotente sintiéndose más popular que nunca-, tengo el apoyo de miles de hombres por los que levanté la voz y quienes hoy me

admiran. Soy más libre que nunca, porque la primera forma de serlo, es tener otra perspectiva de las cosas.

-No si eres hallado culpable.

Luciano miró hacia el suelo, entrando en introspección al rincón de su cerebro donde organizaba las ideas. Sabía que el éxito de su inocencia estaba atado a su manifiesto y el del manifiesto a su inocencia. Martina observó de reojo sus notas, había llegado el momento de interceptar los ánimos de inocencia de Carmona. El fiscal y Zubizarreta empezaron a emocionarse, Martina parecía haber encontrado una grieta en el disfraz del acusado por donde entrar a acorralarlo. Era el momento decisivo, el segundo antes del cobro del penalti en la final del mundial.

-Declararte inocente e ir a juicio, sólo expondrá públicamente tu condena y desacreditará tu manifiesto, -dijo Martina, apoyándose en una carpeta llena de documentos del caso-, las pruebas de la fiscalía son suficientes para encarcelarte por muchos años. Por más limpio que intentaras dejar el lugar del crimen, hay evidencia de violencia escondida bajo cientos de adornos por toda tu casa. Tu hija estaba cubierta con una manta, lo que hace dudar que intentaras salvarla, y ahora mismo, el charco de sangre alrededor de tu esposa, esta siendo investigado para comprobar que la niña murió en la cocina.

¿Entiendes lo que va a pasar? La fiscalía te va a enterrar bajo una montaña de evidencia, y toda tu autonomía se irá volando el primer día del juicio. Tu manifiesto será mal entendido y todos te verán como un hombre violento. Si insistes en declararte inocente, pero eres hallado culpable, tu teoría se irá al estanco y perderás el control de todo en tu vida, -dijo Martina en tono casi dulce, como si fuera una amiga aconsejándolo en un momento crítico de su vida.

Luciano levantó su mirada y con una expresión inocente la miró en deuda, como agradeciendo el consejo que le daba.

-Yo maté a mi esposa por que ella se lo merecía, yo era su víctima, ella mi victimaria.

- La ley no se rige por emociones, sino por pruebas, y la evidencia combinada con tu manifiesto, multiplican tu culpabilidad. Si vas a juicio, ya no serás una víctima de las mujeres modernas, sino un victimario anacrónico que le dará la razón al feminismo.

Luciano se reclinó en el frío espaldar de metal, usando sus manos como apoyo en la cabeza, pensando, analizando, viendo las cosas desde el punto de vista

de la sicóloga.

-¿O sea que usted cree que debería declararme culpable y evitarme una vergüenza pública?, -preguntó con algo de ingenuidad.

Martina asintió, limitando al máximo cualquier distracción, haber sembrado en él la duda, era un paso gigante. El fiscal se puso de pie sin poder contener su emoción, pensando que lo tenían acorralado, que era cuestión de llevarlo de la mano y no alterarlo para que se declarara culpable; conocía esa reacción, la había visto en el pasado cuando trabajaba como abogado defensor y aconsejaba a sus clientes. Martina echó un vistazo a la cámara como cantando victoria y se conectó con los ojos del fiscal que empezaba a celebrar.

-¿Puedo hacerle una pregunta?, -indagó Carmona con voz quebradiza.

-La que sea, -contestó Martina, dejándole saber que ahora que accedía a colaborar, ella también estaría dispuesta a ayudarlo.

-¿Por qué me parece que no tienen ninguna evidencia para condenarme por la muerte de mi hija? Los daños en las paredes de mi casa, podrían ser considerados antiguos, viejas reparaciones, inclusive de antes de que

viviéramos allí, -comenzó por decir Luciano, mientras salía de su actitud reflexiva y erguía la espalda en pose de ganador-, con que haya una gota de sangre mía en el charco de sangre alrededor del cuerpo de mi esposa, la presencia del ADN de mi hija podría ser puesta en duda, después de todo, es el producto de la combinación de sus padres. Por otro lado, el exceso de orden del lugar, solo habla de mi estado de shock, actitudes normales en tiempos anormales, son el resultado de desbalances emocionales muy fuertes, hay hombres que intentan matarse, ocultar el cuerpo o salir huyendo, yo en cambio, ordené y llamé a la policía... Y por último, sí, cubrí el cuerpo de mi pequeña, porque ese pedazo de carne, ya no era mi hija. Ser padre no es más que ser el custodio de un álbum de recuerdos perfectos, pero claro, usted nunca lo entenderá, las mujeres modernas se convierten en frías y estériles para no necesitar a los hombres.

Zubizarreta maldijo, el desgraciado estaba jugando con ellos. No tenía la menor intención de detener su juego, y en cambio había descubierto la mano de cartas que ellos tenían para atacarlo. Hay que ayudarla, -dijo el fiscal saliendo de un tajo de la habitación y dirigiéndose a pasos agigantados hacia Martina.

-Imagine por un segundo que toda la evidencia de la fiscalía fuera considerada especulación y no se aceptara en el juicio, -continuó Carmona, bajo la mirada

alterada de Martina que intentaba buscar una salida de emergencia a la situación que acababa de dejarla sin palabras-, no habría nada más, porque todas son suposiciones. Mis abogados dirán que el manifiesto es una prueba de mi sinceridad, que amaba a mi hija y que arremetí contra su madre en un ataque de ira e intenso dolor. Así que eliminando todas las presunciones, la evidencia de la fiscalía sería inadmisibile, y sin falta de pruebas, me declararían inocente de asesinato en primer grado, -concluyó con una sonrisa Luciano, mientras se inclinaba hacia Martina-, su perfil psicológico me señala como un asesino serial en potencia, pero a ningún hombre se le puede juzgar por un delito que no ha cometido. Así que la pregunta que mi abogado le hará al juez, es: ¿creemos que la doctora Stevenson es tan inteligente, tan objetiva y tan talentosa que puede adivinar el futuro?, ¿o recordamos que trabaja con hombres victimarios y su criterio está sesgado por su oficio? Es una apuesta, Martina, no se trata de quién tiene la razón, de si soy culpable o no, se trata de lo que crea el juez, y usted y yo sabemos, que ante la justicia, la duda razonable es suficiente para que yo camine por esa puerta como un hombre libre.

Martina sintió un chapuzón de realidad que la zarandeaba, era la primera vez que el acusado la llamaba por su nombre, y la primera vez que se quedaba sin argumentos ante un paciente. Luciano tenía razón y aunque ella intentara

aferrarse a la esperanza abyecta de la justicia divina, la única justicia que existía en la realidad, era la de los hombres. Un golpe en la puerta interrumpió el incómodo silencio, Martina se puso de pie y salió bajo la mirada de Luciano que la manoseó con sus ojos.

-¿Cómo estás?, -preguntó Reyes en voz baja, a lo que Martina respondió asintiendo con la cabeza, sin darle mayor importancia a su estado-, llegaron los resultados del laboratorio, la sangre de la víctima no tenía trazas de la hija, debieron recolectar una muestra insuficiente.

-O tal vez Luciano es inocente, -dijo en automático Martina.

-No digas eso, -la corrigió airado el fiscal-, no permitas que ese desgraciado nuble tus conceptos sobre lo correcto y lo incorrecto, he visto a mucha gente perderse en esa elucubración y terminar renunciando.

-No lo digo porque tenga dudas, Luciano es culpable de su odio hacia las mujeres, de la muerte de su esposa, a quién no mató por su hija, sino porque llevaba años buscando una oportunidad para hacerlo y la encontró. Es un profeta de una filosofía barata y narcisista que lo único que busca es llamar la atención, su ego es muy importante y requiere del Viagra del reconocimiento.

Ahora más que nunca, estoy segura de que matará a cualquier mujer que lo desafíe, y de que ponerlo en libertad, presume un riesgo inconmensurable para la sociedad, pero hasta que no tengamos una prueba tangible de la violencia que incuba adentro, será inocente.

El fiscal suspiró, tenía razón, esa era una de las ventajas y desventajas del sistema.

-Hay algo más, -se lamentó Reyes con desánimo, mientras le entregaba el periódico que le facilitó Habif-, pero no creo que sirva de nada, es una noticia sobre los abogados de Carmona, planean alegar demencia para liberarlo.

El rostro de Martina se iluminó y le quitó de las manos el periódico con ansiedad, ese era el milagro que estaba esperando, había encontrado la forma de hacerlo responsable por sus acciones. Reyes intentó entenderlo, pero no había tiempo para explicaciones, Martina regresó al consultorio de un tajo, mientras el fiscal quedó en el pasillo con un aire de desconcierto, sin imaginarse lo que estaba a punto de pasar.

.....

## **Manifiesto del Buen Varón**

### **Acciones: El uso de la violencia**

*El propósito de la violencia no es provocar un sufrimiento irreparable, es aclarar las reglas del hogar, encaminar malos comportamientos y demostrarle a la mujer que ha ido demasiado lejos. Al integrar los golpes a la rutina de pareja, se evita que el hombre acumule ira y pierda el control, lastimando a su mujer como si le diera puñetazos a una pared. Seguir el sencillo protocolo presentado a continuación, recompone el orden y ayuda a las mujeres a librarse del insufrible descontrol al que las lleva su histeria.*

*1. Demuestre sus sentimientos de enfado frente a un situación en particular, empezando por restringirle el disfrute con sus amistades y el contacto con sus familiares. Espere un tiempo, y si esto no resulta, reprima el acceso al dinero y amonéstela prohibiéndole el goce de todo lo que ella disfruta.*

*2. Si esto no ayuda, prívela de su presencia. No llegue a dormir en las noches, rechace compartir la cama con ella, no le provea alimentos y limite el diálogo o deje de hablarle por completo.*

*3. Pero si la mujer se muestra feliz de estar sola y disfruta de su ausencia,*

*procede al castigo físico. Los golpes deben evitar el rostro para no afearlo y nunca pueden superar en número a los dedos de la mano. Procure abstenerse de dejar heridas permanentes que dificulten su recuperación y reintegración a la normalidad del hogar.*

*Y siempre recuerde, el cuerpo de la mujer es delicado y frágil, ellas están diseñadas para utilizar sus emociones más que sus cuerpos, y es por eso que emplean sus lágrimas para domesticarnos, mientras que nosotros, debemos usar la violencia física para disciplinarlas a ellas. No olvide sus derechos y obligaciones como protector del hogar, su autoridad sobre los miembros de la familia procura la salvación de los mismos, está curando a la mujer del virus de la independencia feminista que ha infectado su mente.*

-----

-Tengo algo que mostrarte, -dijo Martina sentada frente a Luciano, segura de que la combinación entre la cólera acumulada y la sensación de victoria, serían una bomba de tiempo.

-¿Respeto?, -respondió con ironía Carmona-, después de todo, yo soy tu legado.

Luciano recibió a Martina tras la breve pausa con agresividad, con ánimo de recuperar el tiempo perdido y volverla a acorralar en el rincón dónde la tenía antes de la interrupción del fiscal. Creía saber lo que pasaba por su cabeza, lo que sentía, toda esa indecisión y confusión eran habituales en su vida.

-Tú no eres mi legado, -respondió con cinismo burlón Martina, ante la soberbia de su paciente, quien por primera vez la tuteaba.

-Sí lo soy, -continuó sin parpadear Luciano, mientras chasqueaba la lengua como un maestro de escuela-, tú estás aquí porque atraparme será lo más

grande que logres en tu carrera; yo represento tu miedo más grande, y si me declaran inocente, el trabajo de toda tu vida no habrá valido de nada.

Los músculos de Martina se tensaron, notando como la adrenalina le subía a la cabeza y el pulso se le aceleraba, estaba dejando de tomar precauciones con cada paso que daba y la incertidumbre se reflejaba en todos sus movimientos.

- Si te declaras inocente, perderás tu legado.

-¿Hablas de ti o de mí?, -respondió Luciano provocador-, has dedicado toda tu vida a probar que eres más inteligente y osada que la gente a tu alrededor, y por un tiempo lo fuiste, pero estoy a punto de ser liberado y todo tu mundo se estremecerá, perderás credibilidad y te convertirás en otra víctima de la superioridad masculina.

Martina hubiera querido decirle que era el mismo sentimiento de superioridad el que hoy lo tenía privado de la libertad y enjaulado con su soledad, pero se abstuvo de caer en sus provocaciones, no había pasado tantos años en terapia escuchando afirmaciones sediciosas para caer en la trampa de este psicópata, tenía que realizar su siguiente jugada.

-Eres un gran actor Luciano, un ilusionista que ataca para proteger el temido agujero negro de su corazón, pero adivina qué: es hora de madurar, de tomar responsabilidad por lo que has hecho y terminar con esta farsa patética, -dijo Martina, mientras le tiraba el periódico al otro lado de la mesa.

-¿Qué es esto?, -preguntó Luciano con soberbia-, ¿quieres que lo recorte y lo pegue en mi muro de la fama?

-Por ahora léelo- dijo Martina con tranquilidad.

Luciano obedeció intrigado por conocer más sobre la polémica que su manifiesto estaba generando en el mundo, pero se encontró con una sorpresa inesperada y su sonrisa desapareció tajante al enterarse de que sus abogados intentaban declararlo loco. Martina pudo ver cómo la grieta que se había abierto al principio de su conversación, ahora se desgarraba más extensa y profunda.

-Al parecer, existe una posibilidad en la que no habías pensado, y por más que yo no esté de acuerdo, parece lógica en su totalidad: van a poner en tela de juicio tu sanidad mental.

Las pupilas de Carmona se dilataron mezclando la irritación con la confusión, y por un momento olvidó respirar, nada de lo que leía tenía sentido.

-Esto tiene que ser idea del fiscal, -concluyó Carmona mientras el tic de su pierna se activaba involuntariamente.

-No, en realidad es una estrategia de tus abogados para liberarte.

-¿Por qué?, -preguntó Luciano con desconcierto, enderezándose con brusquedad y notando que los músculos de su espalda se tensaban y la garganta se le secaba de repente.

-Si tú no lo sabes, -respondió Martina levantando los hombros y acercándose el periódico sobre la mesa para poder leer-, “para que entiendan lo que pasó por la mente de mi hijo cuando mató a su esposa y publicó ese vergonzoso documento, primero deben entender su verdadera historia: la historia de un enfermo mental sin diagnosticar. Desde muy niño tuvo un comportamiento delirante y típico de un paranoide esquizofrénico que empeoró con su adicción al alcohol...”

Luciano se cruzó de brazos y frunció el seño, reviviendo años de odio hacia su

madre, a quien consideraba una entrometida que entorpecía su vida y limitaba sus sueños, como cualquier otra mujer.

-Qué ridiculez, mi madre ni siquiera cree en las enfermedades mentales.

-Pero el público sí, y es la forma más fácil de entender lo que has hecho. Tu madre está en todos los medios en este instante repitiendo lo mismo, como si hubiera memorizado un guión. Si te declaran loco, tu Manifiesto del Buen varón, será enterrado en la demencia, pero si aceptas que eres culpable, te encarcelarán y tus ideas prevalecerán.

Luciano acercó el periódico a sus manos de nuevo y releyó el alegato de su madre en tono burlón, para él, las palabras de las mujeres eran de segunda categoría.

-A quién le importa lo que ella piense, mis abogados deben hacer lo que yo les pida, y puedo utilizar el testimonio de mi madre a mi favor durante el juicio, ella fue la primera victimaria en mi vida, -dijo con alevosía Luciano, canalizando la cólera que sentía, encauzando su rabia, reuniendo todas sus emociones en algo único y centrado, mientras se recostaba en el espaldar de la silla, a la espera de otro golpe para defenderse y salir airado, la justicia

necesitaría más para doblegarlo.

Martina tomó el periódico, pasó la hoja y continuó leyendo.

-“El reporte psiquiátrico de los abogados de Carmona, sugiere que el acusado ha sufrido de enfermedades mentales desde que era un niño y que cualquiera de sus actos debe ser considerado como un delirio sicótico”

En la sala de cámaras, el fiscal entendió la estrategia de Martina y sonrió con su perspicacia, intentaba atacar su vanidad con la amenaza de enterrarlo en la locura y hacer que perdiera el control para que confesara. Zubizarreta en cambio, sintió un cosquilleo de mal presagio que lo recorrió, no le gustaba la forma en que Martina estaba provocando a ese sicópata en un cuarto vacío.

-Tus propios abogados te están tendiendo una trampa, -dijo Martina, en un tono bajo y calmado-, son ellos los que han escrito el guión de tu madre y han dado la información a los medios.

-No lo creo, esas son maniobras de mi mamá para acallar el qué dirán; mis abogados no están autorizados a hacer algo así sin que yo lo diga.

-En realidad sí lo están, porque si eres insano mental, no tienes poder de decisión. Este es el momento de decidir cómo quieres que el mundo considere tu legado: ¿un manifiesto o las palabras de un charlatán?, ¿una iluminación o un brote de locura?, ¿un acto de justicia o una explosión de ira?, ¿defensa propia o misoginia?, ¿equilibrio o violencia? Tú decides.

Luciano negó tratando de zarandear los pensamientos en su cabeza para buscar una explicación lógica y salirse con la suya, pero no la encontró, estaba entre la espada y la pared, su situación se resumía en qué importaba más para él: sus ideas o su libertad.

-Te consideras un maestro del simbolismo y la interpretación, puedes analizar el mundo que te rodea, pero eres demasiado ciego a la hora de confiar en la gente. Parte del machismo que defiendes, también ampara el silencio y la buena honra; no puedes ser selectivo a la hora de recibir la respuesta del sistema, *“ni pretender filtrar el machismo y separar las partes buenas, de las partes malas”*, como dices en tu manifiesto. Tus ideas avergüenzan a tu familia, tu actitud modernista va en contra de lo convencional, y la tradición hará lo que sea para callarte... Lo sé, lo he vivido en carne propia, -confesó Martina, compartiendo ese sentimiento de desaprobación, con el que ella como mujer, era censurada cada vez que intentaba desafiar las reglas.

Luciano cerró los ojos conteniendo el derrumbe de sus emociones, pero Martina insistió irrespetando ese breve espacio en el que se necesita silencio.

-Van a darle la vuelta a todo lo que escribiste para que encajes en el perfil de un loco, aparecerás en las redes y en los noticieros, y el mundo escuchará el diagnóstico de tu demencia, y cuando pienses que lo peor que te puede pasar es ser culpable, entenderás que es más infame ser declarado loco, porque perderás tu capacidad de defenderte, de hablar, de opinar, serás el hazmerreír de la gente en la calle y tus ideas serán sinónimo de alucinación.

Luciano no pudo frenar más el caudal de emociones que sentía ante el nuevo escenario y se quebró con la idea de que el trabajo de toda su vida fuera visto como una insensatez, no quería creerle a Martina, pero había aceptado reunirse con ella, porque consideraba que era la única mujer capaz de entender su pensamiento y valoraba su opinión.

-Apelaré cuantas veces sea necesario, -dijo Luciano con vehemencia.

-No existirán apelaciones, perderás el derecho de hacerlas. Nadie da validez a las palabras de un loco. Serás recluido en un hospital psiquiátrico, donde te

quedarás hasta ser ajustado, reeducado, reintegrado a la sociedad.

Martina tuvo una fugaz sensación de miedo, estaba en el instante en el que el ánimo y la resolución podían fallarle, ese en que la duda se apodera de la mente e intenta convencerla de que nada de lo que espera, sucederá. Era el momento de dar un paso valiente, hacia delante o hacía atrás. Martina se puso de pie y orbitó alrededor de Luciano, quien ahora temblaba de rabia buscando sostener el seguro para no explotar como una granada de fragmentación.

-Tal vez tome años de terapia, pero con el tiempo pasará, y terminarás pensando que el machismo es malo, porque estarás tan drogado con medicamentos que ya no recordarás lo que eras, ni por lo que luchabas, y te convertirán en un hombre “normal”. Tú mismo lo dices en tu manifiesto: *“en tiempos de tanto engaño, quien dice la verdad, será rotulado como un demente para deslegitimizar sus quejas válidas en contra de la sociedad”*, - citó Martina con voz pausada mientras se apoyaba en el espaldar de la silla de Luciano como si fuera su sombra, dispuesta a ir a la tumba si su sacrificio valía la pena- y cuando vuelvas a la sociedad, -prosiguió-, tendrás un trabajo de 8 a 5 y tu jefe será una mujer, y tal vez alguien te reconozca en la calle y te diga: ¿no eras tú el tipo que defendía el Manifiesto del Buen Varón?, y tú dirás: sí era yo, pero estaba enfermo y ya me corrigieron, gracias.

El fiscal y Zubizarreta notaron la rabia de Luciano hirviendo como una olla exprés a punto de estallar y lamentaron el desliz de dejar a Martina a solas con el acusado en ese pequeño consultorio, sin policías ni esposas.

-Te convertirás en la prueba de que el feminismo termina por aplacar las pasiones masculinas, y entonces la única persona que recordará tus ideas y que creerá que decías la verdad, porque la veo todos los días en mi consulta, seré yo: una mujer.

Martina se agachó, moviéndose con cautela, despacio pero sin miedo, como una depredadora experimentada, y susurró algo al oído de Luciano que terminó por desatar la última hebra que mantenía sujeta su cordura, y en un acto brutal e inesperado, Carmona le saltó encima con toda su ira asesina y la golpeó como a un saco de carne convirtiéndola en un escombros más.

El tiempo pareció perder el control, los segundos agrupados ordenadamente en minutos se esparcieron arrastrados por el viento de los golpes y el shock se apoderó rápidamente del cuerpo de Martina entorpeciendo su raciocinio. La doctora se mantuvo inmóvil, aferrándose a la posibilidad de respirar como un tesoro y agradeciendo los impulsos eléctricos que le recorrían las venas para

recordarle que aún estaba viva. Los golpes le parecieron una detonación irreal, como si le pasaran a otra persona, que no guardaba relación con ella. Su cuerpo se retorció con un grito ahogado mientras una oleada de adrenalina superaba la fuerza de los impactos que había recibido y la animaba a moverse con sus músculos destrozados y sangrantes, pero lo único que logró, fue llevarse el brazo derecho a la cara para protegerse del tiro de gracia. La cólera, el odio, el miedo y la suma de todo lo que había pasado se le juntó en la cabeza, y sólo pudo pensar que estaba pagando el precio de su victoria. Antes de perder el conocimiento y sentir la cercanía de la muerte, Martina escuchó a Luciano gritarle:

-¡Cállate, zorra! Suenas tan fastidiosa como los berridos de mi hija cuando la maté... Mi manifiesto prevalecerá porque fue publicado y yo no seré declarado loco. En cambio tú morirás como deben morir todas las mujeres libertarias: solas y miserables.

Tomó dos policías y la fuerza del fiscal para contener la rabia de Carmona y sacarlo de la habitación, Zubizarreta se tendió en el piso al lado de Martina, quien temblaba con el rostro lleno de sangre, intentó tocarla para revisarla, pero no pudo, y sólo atinó a pedirle perdón. Un par de minutos después, una ambulancia trasladó a la Doctora Stevenson a la clínica, dónde tras un TAC,

un par de puntadas en la ceja izquierda y una cirugía de nariz, le ordenaron dos semanas de incapacidad y dieta blanda, convirtiéndola en una víctima más.

*Mujer blanca de 28 años de edad con lesiones en el rostro, fractura del cuerpo mandibular anterior y posterior, múltiples hematomas faciales, excoriación de superficie descubierta en ceja izquierda, epistaxis anterior activa en el paralelo nasal y tumefacción general. Lesiones en tejidos blandos abdominales, pequeña hemorragia interna esplénica y dislocación del brazo derecho.*

.....

### **Manifiesto del Buen Varón**

#### **Conclusiones**

*Cierra los ojos por un segundo, imagina un mundo donde los hombres y las mujeres viven en armonía, en el que tu pareja es fiel y no se burla de ti. Un lugar lleno de amor y respeto, donde estar en casa es un placer y tu mujer se dedica a complacerte; ahora abre los ojos y mira a tu alrededor, siente la rabia y la cólera que se está gestando en tu pareja, las ganas de tragarse tu poder y vomitártelo en la cara. Nos enfrentamos a una encrucijada, sino hacemos nada, las mujeres nos arrastrarán hacia lo desconocido, la verdad será falsificada y remplazaremos nuestros sueños por su odio. Ya no*

*existirán hogares, llegaremos a camas vacías y nos enfrentaremos al patíbulo constante, en el que hasta una caricia será considerada abuso sexual; viviremos siendo acusados y acosados, por el simple hecho de ser hombres. Es momento de actuar, con este documento hemos descubierto la verdadera filosofía detrás del código feminista; ellas no buscan la igualdad sino la superioridad, que sólo es posible con nuestra inferioridad. Defendamos los valores tradicionales, evitemos el declive del matrimonio y la ubicuidad del sexo casual. Es hora de salvar a la humanidad de la cólera feminista, ¡es tiempo de actuar como un Buen Varón!*

-----

**M**artina abrió los ojos en casa de sus padres, pero sintió que lo hacía debajo del agua, perdida y desorientada. Le tomó unos instantes darse cuenta de que estaba en el cuarto que aún guardaba sus recuerdos de juventud y esperaba por ese día para volverla a ver. La habitación era casi cuadrada, con un ventilador en el techo que chirriaba y paredes pintadas en blanco vibrante.

Al frente de la cama, sosteniendo un televisor de pantalla plana, estaba la cómoda de su ropa y el tocador en el que jugaba a ser grande cuando niña.

Eran las primeras horas de la noche, llovía con fuerza y los truenos y relámpagos atacaban con furia, como si gritaran por su dolor. Desde dónde estaba, podía ver los haces de los faros de los coches que proyectaban las sombras de los árboles a través de la ventana y escuchar el rugir de los motores de los autos en la penumbra. Estaba sola, con los sentidos aguzados y la mente alerta a cualquier matiz de su entorno, pero sola, con un inmenso dolor que no controlaban los analgésicos. Escaneó cada centímetro de su cuerpo, su nariz rota y sus ojos hinchados, su cuerpo aporreado y sus costillas

a punto de quebrarse, como las ramas de los árboles que crujían a punto de partirse en dos, como si ellas también tuvieran un asunto pendiente. Se sintió débil, no sólo por el impacto de los golpes en su cuerpo, sino por su incapacidad de reaccionar ante la fuerza brutal de un hombre. Era la primera vez que recibía una paliza y aún no podía decidir si estaba agradecida por haber salido con vida o avergonzada de haberse puesto en esa situación. Sabía cuando pidió una consulta a solas con el acusado que se exponía a ello, pero su ego la hizo creer intocable, como a Luciano.

La tormenta cesó y se redujo a una calmante llovizna, la temperatura descendió, lo que le aportó a la noche un frío que parecía fuera de lugar. Martina intentó detener el mareo que sentía recostando su cabeza, pero el mundo no se detuvo y debió controlar las ganas de vomitar, aún le faltaba

mucho para recuperarse, pero aguantaría estoica, pensaba que se merecía su suerte por haber desatado la ira de un hombre. Intentó no hacer ruido y permanecer oculta de la vida, como un cazador en un escondite a la espera de su presa, pero la madre de Martina, supo que su hija estaba despierta y entró al cuarto a ayudarla, traía con ella una maleta con ropa y otras de sus pertenencias. Martina sonrió con dificultad pero con agradecimiento, tratando de devolverle la esperanza de que todo estaría bien.

-Tu papá habló con Gama, y estuvo de acuerdo en que no volvieras a trabajar en un mes, -comentó su madre con esa voz dulce y relajante que siempre tenía.

Martina asintió, aunque quería hacerlo, debía aceptar la innegable verdad, no podía, su cuerpo no se lo permitía.

-Aunque hija, hemos pensado que es mejor que dejes tu trabajo y te dediques a un consultorio particular, -concluyó con la misma voz agradable.

Martina quiso contestar que ahora más que nunca regresaría a trabajar con victimarios, el caso la había hecho crecer como analista y no desaprovecharía ni un segundo sus nuevas habilidades, pero cuando iba a abrir la boca para revelar todos los detalles y dejarlos fluir con la claridad que ahora tenía,

entendió que no era el momento de tener esa discusión, su madre estaba muy preocupada y su padre ni siquiera se atrevía a entrar a su cuarto a verla, ahora entendía lo que aseguraba Luciano sobre el álbum de recuerdos que custodian los padres. Martina guardó silencio, y aunque su madre supo que no le haría caso, le quitó el pelo de la frente, la besó y salió de la habitación para dejarla descansar. Martina tomó un par de segundos para olfatear la estela de perfume que su madre dejó al salir de la habitación, encantada con el olor a fresco que enmascaraba el hedor a sangre que la invadía por dentro. Se sentó lentamente contra el espaldar de la cama para no dejar que sus músculos se atrofiaran y estuvieran listos cuando los necesitara, apoyó su brazo izquierdo para impulsarse y tuvo que obligarse a contener un grito agudo por el dolor punzante que apaleaba su abdomen. Miró su brazo derecho inmovilizado y tuvo un flash back de lo que había pasado, la deshumanización con la que el primer golpe la había convertido en objeto, el sabor rancio de la sangre en su lengua, el aliento saliendo de su boca con cada golpe, la conexión entre sus miradas, la intimidad de ese momento privado, su incontrolable instinto de petrificarse y la victoria de haber expuesto a los ojos del mundo, el descarnado odio de Luciano por las mujeres. Por fin entendía por qué la mayoría de víctimas de violencia no presentaban cargos contra los hombres que les pegaban, no era solo el miedo, era la superioridad que la victimización daba, la compasión que recibían de los demás y la manipulación de la

situación a su favor. Ahora todos la veían como una víctima, cuando en realidad no era más que la victimaria, había llevado a Luciano al límite para lograr una confesión, usando las tácticas psicológicas que sabía, tal y como lo haría cualquier otra mujer.

Martina tomó un sorbo de agua que sin duda le supo amargo y sintió cómo cada gota recorrió su tracto intestinal, hasta difundirse en alguna parte del cuerpo, que por fortuna, no sentía. Tomó el control remoto de la mesita de noche y encendió el televisor, el noticiero acababa de empezar, recostó su cabeza en la almohada como si hubiera hecho un esfuerzo descomunal y se concentró en la pantalla que cubría el debate electoral entre los candidatos para la alcaldía, “los de arriba”, -recordó Martina-, tras uno de ellos, estaba Habif, el nuevo asesor de campaña. Martina sonrió, eso le hubiera inquietado antes, pero ya no, ahora podía ver más allá de su ingenuidad y entenderlo todo. El noticiero continuó con el cubrimiento de un robo a un banco, un incendio forestal y el pronóstico del clima, pero antes de terminar, dio paso a la noticia del “Kent asesino”, Luciano se había declarado culpable para evitar ser pronunciado loco. La paliza había valido la pena, el descontrol violento de un hombre, había terminado por convertirse en la comprobación de que sus teorías eran ciertas. Estar en la posición de víctima la protegía del escrutinio con lupa de los demás, tras sus ojos hinchados y su nariz rota, nadie se atrevía

a escarbar la verdad: era una cazadora despiadada, que manipuló la cordura de un hombre hasta activar su instinto más primitivo de sobrevivencia. Se diagnosticó a sí misma un ataque de ansiedad y pánico, que empezó con un periodo de manía y terminó en la explosión de un episodio violento, pero nadie lo notaría, el mismo machismo contra el que tanto luchaba, hoy jugaba a su favor, y por su rostro amoratado, era más fácil catalogarla como víctima, que creer que ella, al borde de un ataque psicótico, había actuado como una victimaria fría y calculadora. Los golpes habían ordenado su desequilibrio mental, y finalmente lo podía ver todo con claridad, había repetido el mismo cuadro que el año anterior, las alucinaciones, la personalidad múltiple y la obsesión maniaca. Luciano jamás había aparecido en sus sueños, la frase en su diario era de su puño y letra, y su dedicación por el caso, no era más que una pasión demencial. Por un momento pensó en lo que pasaría si dijera la verdad, si hiciera público su desvarío temporal, pero inmediatamente desechó la idea, su legado se iría al suelo, y todo lo que había trabajado en la vida, se convertiría en un chiste. Terapeuta y paciente en la misma situación, -pensó-, entendiendo por completo los motivos de Luciano para declararse culpable y no aceptar el veredicto de loco.

La llovizna se detuvo completamente, dejando el mundo reluciente y resbaladizo, el frío que había acompañado la tormenta desapareció y Martina

notó que un calor húmedo y denso se apoderó del lugar. Respiró despacio, temerosa de que por la aspereza de su nariz hinchada, cada inspiración pudiera oírse a kilómetros. Observó el pedazo de cielo que se asomaba por la ventana y vio el contorno de una nube gris surcando el aire, como propulsada por un remero invisible. Lucas Zubizarreta tocó a su puerta y entró con un ramo de flores y los ojos llorosos, había ido a verla en el hospital, pero no se atrevió a entrar, porque cada golpe en el rostro de Martina, era un golpe a su capacidad de protegerla. Lucas la saludo en voz baja, casi como un susurro, cuidando de no dañarla, Martina estuvo complacida de verlo, era uno de esos momentos en los que lo único que necesitaba, era la compañía de alguien que sintiera su dolor para compartirlo y hacerlo más tolerable. Zubizarreta le contó que habían ganado el caso y a Carmona le darían cadena perpetua por el asesinato de su esposa y su hija, todo gracias a ella y sus tácticas psicológicas para hacerlo confesar. Martina quiso celebrar y dejar atrás el caso, pero sabía que nunca olvidaría a Luciano, era su némesis, su versión masculina, y aunque estuviera en la cárcel, mientras sus pensamientos siguieran libres, él no estaría encerrado. Lucas lamentó que las cosas se salieran de control, pero Martina desechó su culpa, el plan había funcionado y la victoria respaldaba los hechos. Zubizarreta suspiró, pensando que era un precio muy alto.

-Martina, ¿puedo preguntarte algo?, -dijo Zubizarreta con delicadeza-, ¿qué

fue lo que le dijiste a Carmona al oído antes de que estallara?

Martina recordó ese momento con atención, el roce de su cabello en la nuca de Luciano y el pabellón frío de su oreja. Se vio de pie a espaldas de Carmona, agachándose para ponerse a su nivel y hablarle al oído, mientras cada una de sus palabras activaban la bomba de ira contenida en Luciano, como si fueran la combinación correcta de una caja fuerte.

-¡Acabaré con tu dignidad, hasta que me ruegues para que te mate!, -dijo Martina, sosteniendo la mano de Zubizarreta con todas sus fuerzas.

Martina había susurrado la frase del diario de sueños a Luciano, que resultó no ser una amenaza para ella, sino para él, otro síntoma de su delirio frenético para camuflar sus ataques de ansiedad tras deberes cumplidos. Por fin lo entendía todo, no existían víctimas ni victimarios, los malos no llevaban sombreros negros ni miradas furtivas, como en las películas; en la vida real, cualquiera era sospechoso. Luciano y ella eran la misma cosa, los dos impulsados por el deseo de poder y control, obsesivos, diferentes, intrépidos, incomprensidos y superiores, desbalanceados mentalmente, respirando un relativismo moral, en el que ella se regía por conceptos convencionales que pivotaban entre lo correcto e incorrecto, y él era libre de las ataduras

dogmáticas. Martina le agradeció a Zubizarreta por estar a su lado, así su relación fuera una bala perdida, su presencia calentaba como un sol su desamparo y la hacía sentir bien consigo misma y con lo que quedaba de ella. Lucas prometió regresar después y ella sonrió sin esperar nada, porque allí, quebrada en mil pedazos, se sintió más poderosa que nunca.

Al amanecer, Martina pudo ver una pequeña lagartija verde limón desafiando la gravedad en la pared, el animalito se movía por rachas antes de salir disparado para volver a detenerse y girar su cabeza, como comprobando si había algún peligro a su alrededor. La Doctora sintió que de alguna forma, su vida sería así desde ahora y dirigió su mirada hacia las colinas que se elevaban por encima de la ciudad para ver lo insignificante que era en un mundo tan grande. Recordó a Luciano con rabia, pensando en él como el último hombre al que había dedicado su vida; una aguda contracción en el pecho la estremeció, tenía el ánimo por los suelos y el corazón frío de desesperación, como si le hubieran remplazado la tenacidad por un odio tan fuera de su carácter, que le resultaba irreconocible. Intentó atajar un pensamiento inescrupuloso, pero no pudo, ese hombre desconocido, había logrado lo que pocos: agitarla por completo. Extrañaría sus encuentros, a pesar de lo que había pasado, lo hallaba fascinante, y sabía que se había obsesionado con probar que estaba equivocado, porque en el fondo, lo

encontraba auténtico. Sus manos temblaron ante la idea y unas gotitas de sudor, perlaron su frente. Cerró los ojos y sintió que él estaba pensando en ella como ella en él, un vínculo indestructible se había creado entre los dos, una especie de síndrome de Estocolmo, -pensó-, sólo que en este caso, los dos eran captores. Odiaba aceptarlo, pero nunca un hombre había apresado su atención de esa manera, y no encontraba la forma de sacarlo de su cabeza. Se quedó en la cama un rato más, sorprendida de que las sábanas fueran tan suaves y el colchón tan cómodo, apreciando cada detalle, como lo haría cualquiera que se hubiera enfrentado a la muerte. Tras un largo rato, Martina intentó sentarse para ponerse de pie, pero no pudo, se sentía ebria, flotando en el vacío, sin rumbo, como si el piso bajo ella no existiera y oscilara al filo del acantilado. Por un momento, tuvo la tentación de volcarse al pesimismo, pero se censuró, concentrándose en la idea de recuperarse; la mejor venganza era un éxito rotundo, y no iba a permitirse la mediocridad de las víctimas. Humectó sus labios con la lengua, irguió su espalda como un símbolo de valentía y tomó el diario de sueños de la mesita de noche para pasearse por él como por un álbum de recuerdos. Al llegar a la última página, notó con interés que mientras dormía había escrito una nueva frase, pero esta vez, en lugar de estremecerla, la animó a ponerse de pie y rearmarse. Martina esbozó una sonrisa desahuciada y leyó el que sería el nuevo mantra de su existencia:

-¡Tú eres el Buen Varón!

FIN